Una temporada con Lacan es el testimonio de Pierre Rey sobre sus diez años de tratamiento con el famoso psicoanalista francés. Con la autenticidad del periodista que ya era y la capacidad descriptiva del narrador literario en que se convertirá merced al análisis, el autor logra, a través de las diferentes escenas, corrientes o excepcionales, en torno al consultorio de la calle Lille número 5 (el robo de un bastón, las largas horas en la sala de espera, y, por supuesto, las geniales intervenciones del maestro), un nítido fresco del estilo clínico de Jacques Lacan.

Con más de sesenta mil ejemplares vendidos en las dos primeras semanas desde su aparición, el relato que hace Pierre Rey de su análisis y de los efectos y avatares de éste se ha convertido en un texto imprescindible para quienes se interesen por la creación artística, la escritura o el psicoanálisis.

ISBN 950-649-102-X
9 789506 491024

LV Letra Viva

Pierre Rey

Una temporada con Lacan

LV

Pierre Rey

Una temporada con Lacan

LV Letra Viva

PIERRE REY

UNA TEMPORADA CON LACAN

LV Letra Viva

Rey, Pierre
Una temporada con Lacan – 1° ed. – Buenos Aires : Letra Viva, 2005.
240 p. ; 20 x 12.5 cm.

ISBN 950-649-102-X

1. Narrativa / Psicoánalisis. I. Título
CDD 150.195

© 1989, Éditions Robert Laffont, París.

© 2005, Letra Viva, Librería y Editorial
Av. Coronel Díaz 1837, (1425) Buenos Aires, Argentina
www.letraviva.elsigma.com
letraviva@arnet.com.ar

I.S.B.N.: 950-649-102-X
Título original: *Une saison avec Lacan, récit.*
ISBN de la edición original: 2-221-06502-6

Traducción: Luciano Padilla

Primera edición: Marzo de 2005
Impreso en Argentina – *Printed in Argentina*
Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra bajo cualquier método, incluidos la reprografía, la fotocopia y el tratamiento digital, sin la previa y expresa autorización por escrito de los titulares del *copyright*.

A la memoria del Gordo,
sin quien las cosas...

Esperen lo que les guste

Jacques Lacan,
en "Televisión"

I

Pacífico

1

No lejos de Los Angeles hay una playa de arena gris adonde van a deshacerse las olas del Pacífico.

El lugar se llama Venice. Paralela al mar, se extiende una avenida flanqueada por minúsculas casetas hechas de tablas multicolores, que suelen estar adornadas por frescos ingenuos y chillones: en ellas se venden salchichas calientes, sándwiches de fiambre y comidas vegetarianas. Entre el mar y la avenida, se cubrió la arena con una capa de hormigón y se la utilizó como gimnasios al aire libre. Bajo la mirada de los paseantes, quienes los frecuentan juegan al paddle, hacen ejercicios de barra, golpean bolsas de box o se deslizan por la superficie dura del hormigón, los pies calzados en patines.

Venice no es más que ese paralelo entre arena y espuma erizado de palmeras que encierra la plataforma de hormigón. El suelo está colmado de papeles grasientos, vasos de cartón vacíos y montículos de arena que el viento empujó desde el mar. En los estadios en miniatura se ejercitan atletas, con pantalones ajustados otrora azules, el torso desnudo de músculos exagerada-

mente desarrollados por la incesante práctica con pesas, cuya enorme masa de metal fundido cae con un doble choque sordo mientras, indiferentes, alas de patinadores giran entre el chirriar apagado de las ruedas; cada cual lleva el correspondiente walkman en la cintura, los auriculares atornillados a las orejas, escandiendo su sinuoso fluir, con esa música privada que lo aísla.

Octubre llegaba a su fin. Yo avanzaba lentamente por la playa en medio de una bruma dorada que sigue a la hora de la siesta. No había muchos bañistas; pero los que encontraba no parecían ser del lugar. Con eso quiero decir que, contra el uso de la costa Oeste de los Estados Unidos, habían permitido que su historia se inscribiera, día tras día, sobre las líneas de sus rostros. La que habían vivido la víspera, y tantas otras más del pasado, acaso de otros sitios. Yo tenía puesto un traje de baño, como los demás. Por momentos, me tendía sobre la arena y echaba la cabeza hacia atrás hasta sentir vértigo por seguir el vuelo ágil y silencioso de una gaviota. O bien miraba hacia el oeste, hacia alta mar, contemplaba el sol que enrojecía, y al separarse de él mis ojos no percibían a su alrededor más que fugaces manchas blancas cuyas vibraciones oprimían mi retina en una pulsación rítmica de dolor suave. Algunas imágenes erraban dentro de mi cabeza; las toleraba, limitándome a dejarlas desfilar en el aparente desorden en que manaban antes de desvanecerse, aparentemente desprovistas de cualquier relación entre sí, por más que intuyera confusamente que se articulaban alrededor de un centro por descubrir, pero todavía invisible para mí: era probable que no tuviera deseo alguno de verlo.

A veces, me cruzaba con hombres y mujeres que corrían a lo largo de la playa y los imitaba, feliz al sentir que la sangre golpeaba mis sienes y los calambres se adueñaban de los músculos de muslos y pantorrillas cuando aceleraba el ritmo, al sentir que la arena húmeda resonaba cada vez más rápido bajo mis pies. El sol ingresaba ahora en una bruma lejana que velaba su destello, transformándolo en un disco rojo posado sobre una llanura de bruma más opaca que cortaba la línea del horizonte. Más adelante, llegué a un dique rústico cuya avanzada mordía la playa con sus bloques rugosos de piedra de aristas hirientes. En su base, el mar había dejado pequeños estanques y las rocas húmedas y verdosas recibían el embate de refinadas y largas puntillas de algas que danzaban succionadas por el agua, cuando caía en remolinos sobre la piedra para morir en ella con un chasquido de sal y resaca. Tomé entre mis dedos un pequeño cangrejo y observé la línea blanca dibujada en mi dedo índice por la presión de sus pinzas. Lo dejé sobre la arena. Se alejó en dirección opuesta al mar, hacia los médanos. Volví a atraparlo, lo sostuve una vez más y lo devolví al mar.

En ese instante, una enorme ola inesperada me ahogó bajo su descarga helada. Retomé mi carrera. Encontré cubierta de arena mi ropa enrollada como un hato. Me friccioné largamente, me puse la camisa, el jean, dejé las alpargatas bajo el brazo y tuve la tentación de volver a la calle: necesitaba un bar y una cerveza. Di una última mirada al mar.

Hacia mi izquierda, muy lejos, tanto más allá de Marina del Rey, notaba el penacho de humo que escupían los grandes aviones que alzaban vuelo desde el

aeropuerto para trazar un largo arabesco camino a Santa Monica antes de desvanecerse hacia el este. Por ese lugar del Pacífico, en mar abierto, solían pasar las ballenas. Muchos de mis amigos habían hecho avistajes, mientras ellas se desplazaban en grupos bufonescos a algunas millas de la costa. Muchas veces las seguían lanchas, sin que se conmovieran ni interrumpieran sus juegos, lanzando sus enormes masas ágiles y grises, sobre la cresta de las olas, o bien sumergiéndose en las profundidades, con un coletazo dado al descuido, para reaparecer cien metros más adelante lanzando un géiser de vapores irisados. Todavía no había tenido la suerte de verlas. Como contrapartida, un año después del instante que estoy describiendo, me fue dado hacer la pesca milagrosa de los Evangelios. Yo vivía en Malibú, una ribera gris en que por la tarde un enjambre de palafitos se tambaleaba con el oleaje de la marea alta. La tierra firme más cercana se hallaba a seis mil kilómetros en dirección oeste.

Una noche, hacia las dos de la mañana, los ladridos insistentes de un perro hicieron que dejara mi lectura. Salí a la terraza. Como todas las noches, violentos reflectores ubicados en la fachada de las casas iluminaban el mar con su luz cruda, horadando cada montón de arena con sombras rígidas. No comprendí de inmediato por qué la playa se había vuelto, hasta donde llegaba mi mirada, un palpitante tapiz plateado.

Bajé atropelladamente la escalera, salté a la arena y me hundí hasta los tobillos en una capa viscosa, espesa y fría, de peces inquietos bajo las plantas de mis pies. Había miles. Cuando el impulso de las olas cubiertas de espuma volvía a acercarlos con un gruñido

hacia mis muslos, bajo su presión, el agua negra y fosforescente se metamorfoseaba en densa capa de mercurio. Me bastaba abrir las manos bajo el agua y volver a cerrarlas para sentirlos atrapados entre mis dedos, en pleno intento de escapar a esa presión con sinuosas sacudidas: Subí a mi casa en dos zancadas y volví a bajar con una bolsa de plástico que en pocos minutos se llenó. La apoyé, a reparo de las olas, sobre una roca, y fui de nuevo hacia el mar para observar.

Y oír.

Pues en verdad oí el grito de los peces. Las hembras estaban plantadas verticalmente en la arena; sólo emergía su cabeza, con la boca espasmódicamente abierta como en una respiración dificultosa, dejando escapar una suerte de gemido sordo, mientras que en haces los machos se estrujaban contra ellas, indiferentes en esa danza de amor y muerte por asfixia en ciernes, cada vez más y más alejados de la marea, que ya no llegaba hasta ellos. Algunos intentaban con saltos desordenados volver al mar en un postrer instinto de supervivencia; pero la mayor parte se dejaba estar, inerte, con el dorso contra la arena. Al día siguiente habría de saber que eran *grunions*. Una vez al año, quince días antes de la marea más alta, llegan desde la noche para desovar sobre las costas del Pacífico a lo largo de centenares de kilómetros, entre el norte de San Francisco y el extremo sur de México. Cuando los huevos fecundados son confiados a la endeble custodia de la arena seca que los cubre, los sobrevivientes vuelven a partir, tras cumplir su destino, a mar abierto para morir allí. Trece días después de depositados, la minúscula cascarilla de un amarillo traslúcido estalla.

Cuarenta y ocho horas más tarde, con rigurosa precisión de relojería, la ola más alta de la más alta marea barre la ribera y lleva consigo los alevinos hacia el vientre del mar. Por su parte, ellos acaso también deban morir un día en el postrer acto sexual, para que otros puedan vivir.

Cuando me disponía a dejar la playa bajo esa mortecina luz de Venice, todavía no había sido testigo del llamativo ceremonial de los *grunions*; pero de pronto me impactó la idea —acaso aquella rechazada tiempo atrás por mí— de que estaba muerto. Morir es olvidar; y no recordaba nada, pese a ciertos amigos que se obstinaban en servirme de memoria, al relatarme las ignotas hazañas de otro tiempo, de un extraño que según juraban era yo.

Ya no sabía por qué estaba allí ni desde cuándo; tampoco por cuánto tiempo más, o qué hacía en ese lugar.

Con todo, no era la primera vez que moría.

En París, cuando —entre dos muertes— estaba vivo, algunas veces hacia las cuatro de la tarde iba a La Coupole para almorzar solo: langostas y carne cruda. Los camareros todavía no habían encendido las luces, y el fondo del local, donde me gustaba refugiarme, parecía una inmensa caverna sombría. A esa hora, no había clientes.

A menudo éramos dos.

El otro era Sartre. Nunca presté atención a los platos que pedía, pero recuerdo que siempre tomaba el mismo vino, delicioso y muy caro, un *château-canon*.

Admiraba a Sartre por gran parte de su obra, pero tenía mis dudas respecto a la perennidad de sus escri-

tos filosóficos, en los que invención, creación e imaginación cedían el paso al discurso más convencional de la cultura universitaria.

La cultura es la memoria de la inteligencia de los demás.

A excepción de algunos aparatos digestivos excepcionales, no produce más que cultura, discursos sobre discursos al infinito, que se despliegan dentro de los límites, nada sorprendentes, de las inflexiones de la ley. Negarla, combatirla o padecerla: en cualquiera de los casos se la seguía reconociendo. Hegel, en quien Sartre se inspiró ampliamente, lo había admitido, por su parte, con humildad al constatar que tras veinticuatro siglos las ganancias de la filosofía se limitaban a "índices de notas a la obra de Platón".

Un índice remite a la cultura. Y la cultura es *continuidad*.

Su contrario, la creación, es *ruptura*.

Al azar de la imprevisible dinámica de su surgimiento, excreta su propia ley sobre los escombros del sistema que la precede, como demuestra el monótono parricidio de la historia del pensamiento. Por eso es *maldita*, tal como fueron *malditos* todos los grandes creadores.

¿Sartre es uno de esos malditos?

Todavía resuenan en mis oídos las palabras de Lévi-Strauss respecto a los tres momentos de la dialéctica hegeliana: "El día en que comprendí que tesis, antítesis y síntesis eran el fundamento de la Universidad, dejé la Universidad."

¿Sartre había salido de aquello?

En ese momento vi las ballenas.

Conté seis. Cabalgaban la línea del horizonte, trazando su senda impetuosa sobre una placa de cobre. Eran tan maravillosas y auténticas como me las habían descrito.

Quise dar las gracias. Pero no sabía muy bien quién me había hecho ese favor, agradecí en pleno azar al océano.

Las seguí con la mirada todo lo que pude. Desaparecieron.

La noche estaba por caer e imponerse sobre ese manantial de púrpuras. Retomé mi marcha por la arena seca y fresca, feliz de saber que las ballenas existían en verdad.

Más tarde me pregunté cómo había podido pensar en Sartre en ese confín de California, bajo esa vacilante luz de otoño. Rehice el itinerario al revés —Marx, Lévi-Strauss, Hegel, Sartre, La Coupole, bar, cerveza—, y supe que era por causa de una cerveza. Él había escrito: "Uno es lo que hace."

Por mi parte, tenía la absoluta certeza de lo contrario: uno es lo que no hace. Sabía de qué hablaba; recién al dejar de hacer había empezado a ser. Desde hacía cuatro años, mi vida era una no-acción perfecta. Hacía estrictamente nada. Me había vuelto un bebedor de tiempo. Lo aspiraba a cuentagotas, atento a su fluir, cuyo sentido y gusto ignoraba, mientras que supuestamente no lo perdía: de ese tiempo para el que jamás me tomaba el tiempo de tener tiempo. La gente hueca se armaba un decorado de acciones fútiles como esas habitaciones mediocres con mesas ratonas cargadas de bibelots idiotas que, por compensación metafórica, colman el vacío mental de quienes los apilan. Todavía

no sabía decir no. Animaba grupos, prestaba oído —para tener sensaciones fuertes de mi importancia— a la logorrea de desconocidos insulsos, entraba a un negocio para comprar camisas, salía con zapatos nuevos, llevando del brazo a la vendedora y, cuando por milagro no era fagocitado por los demás, llamaba a amigos para hacerles la pregunta más estúpida que pueda salir de boca de un ser humano: "¿Qué hacés esta noche?" Hacía como todo el mundo.

Sentía horror de enfrentar el vacío, y me fabricaba vacuidad. Por temor inconsciente a mi propia liquidación, anulaba con un "hacer" el espacio que adelgaza a cada instante para acercarnos a la muerte. A lo largo de los siglos, se había producido un deslizamiento desde el *Cogito ergo sum* hacia el "Hago, luego soy", tan desprovisto de lógica como el *Credo quia absurdum*.

Desgraciadamente, había absurdos que no se iban. Desde que me había colocado bajo la divisa del "Soy porque no hago", había aprendido que no existe tiempo *objetivo* alguno porque podía tornarlo elástico, reducirlo a nada mientras las estrellas daban su giro o hacer de lo que dura un chispazo un infinito, cuanto me placiera.

El "no-hacer" me había brindado ese don, poder dar al tiempo la extensión que uno deseara. Según mi humor, creaba tiempos vegetales en que me transformaba en árbol, tiempos mamíferos en que era perro, tiempos terrestres que me volvían nube, tiempos cósmicos para la metamorfosis de una vibración y tiempos minerales en que finalmente me tornaba *piedra*, con o sin mayúscula (*Pierre / pierre*).

La apuesta daba acceso directo a un "yo" sin el cual

el "vos", el "usted / -es", el "ellos" nos quedan vedados para siempre. Y a la ley no escrita que impone su tonalidad a nuestras existencias: duración e intensidad se rechazan. La barrera que las separa marca la frontera entre placer y goce: para alcanzar el goce, es preciso morir al placer. Para entrar en la intensidad, evadirse de la duración que acota el placer en cuanto la jalona. El goce la aniquila, tiempo sin duración, tiempo fuera del tiempo de los poetas y de su famoso instante de eternidad que sólo ofrece miedo, muerte, triunfo y amor.

Hasta el aburrimiento se me había vuelto goce, sobre todo el aburrimiento, que me había enseñado esta verdad: "Uno es lo que hace" para la mirada del Otro; para la suya propia "uno es lo que goza".

Mientras otros escribían acerca del tiempo, su historia, el origen de la clepsidra, el funcionamiento del reloj, el hallazgo que representa el cuadrante solar, la invención del calendario, o cómo recortarlo, organizarlo, y demás, yo perdía el mío con voluptuosidad, vigilando celosamente para que nadie me robase la más mínima fracción. Mi cuerpo o mi fantasía me servían de péndulo. Comía cuando tenía hambre, dormía cuando tenía sueño y me despertaba cuando abría los ojos. Veía cómo salía el sol, cómo trazaba su elipse, desaparecía en el océano, y casi me chocaba ese movimiento que desordenaba el silencio al escandir horas cuyo sentido yo poseía, si bien había perdido la cifra.

A veces tenía ganas de crear. En mi cabeza trotaban algunos acordes, tres líneas de texto, la disposición de un cuadro, el inicio poco claro de un poema, la proyección de un croquis. Pero nunca llegaban a la guitarra, la pluma o el papel, y se desvanecían por la fuerza

de las cosas con la misma brusquedad con que se habían presentado ante mí.

Yo estaba demasiado bien para crear. El goce es un estado de plenitud que se basta a sí mismo. Por eso, nada puede decir uno al respecto, si tiene esa vivencia. En el caso contrario, uno suple con el discurso.

A menor goce, mayor explicación. A menor comprensión, mayores aserciones. En ese sentido, los ensayos respecto a la creación son tan pintorescos como los estudios acerca del tiempo.

Por fuera de, acaso, Platón, Malraux, Berenson o Faure, no son más excepción a la regla del catálogo histórico comparado, que Hegel en su *Estética*: cien respuestas al "cómo", ni una al "por qué".

La creación nunca proviene de la dicha. Es resultado de una falta. En tanto contrapeso de una angustia, se inscribe en el vacío a colmar con un deseo del que se desea goce y el fracaso de su consecución. Eso equivale a decir que sólo puede surgir de algo malogrado, la *ausencia de gozo*. Por mi parte, incluso había deducido que desde el comienzo de los tiempos cualquier creación estaba contenida en los diez centímetros que mediaban entre la mano de un hombre y el culo de una mujer. El hombre arde por posar su mano sobre dicho culo. Si culmina su gesto, si la mujer lo acepta, ellos se encuentran en una cama y hacen el amor. En ello hay goce: nada se ha creado. Si él no se atreve, loco de frustración, vuelve a casa solo, compone la Novena Sinfonía, pinta *El hombre del casco de oro*, escribe *La Divina Comedia*, o acomete el *Pensador*.

Simplemente, había olvidado que la creación reside en otra parte, dondequiera que se hace manifies-

ta la ausencia —pues concierne a la estructura y nos condiciona, no importa dónde, siempre—. También que, aunque hubiera hecho contacto con aquel culo, esa mano nunca hubiera hallado lo que creía poder encontrar. Menos aun, habida cuenta que ese culo, siempre que los culos piensen, no habría obtenido del arribo de esa mano la plenitud esperada. ¿Por qué el goce, en cuanto escapa a lo sexual, no habría de residir en el mismo acto de crear?

Pensaba en ello precisamente mientras contemplaba ese castaño, en ese bar de Venice donde por fin tomaba mi cerveza. El castaño era parte integrante de la reproducción de un grabado del siglo XVIII que no encajaba encima de las botellas de whisky, entre el tumulto de tipos en jeans y shorts de luchadores de feria, de chicas rubias, todas de piernas bronceadas, que habían subido al máximo el volumen de la fonola. Bajo el castaño, había una aldeana que custodiaba sus corderos en la paz campestre de otro tiempo. Pero lo que me intrigaba era el castaño. Estaba trazado con tal precisión que no se lo podía confundir con otro árbol: encina, haya, álamo, acacia. Comprendí de inmediato qué tenía de especial: el punto sobre el que yo me había negado a hacer foco durante esa larga jornada de paseo por la playa, ese a cuyo alrededor habían convergido mis ideas sin alcanzarlo, era él, el castaño. No el del grabado ante el cual permanecía boquiabierto entre la agitación de los decibeles, sino su análogo, algo más frágil, entrando, a la izquierda justo después de haber pasado por el pórtico de la encargada en el patio interior adoquinado del número cinco, rue de Lille, París VII.

Durante una temporada más prolongada que las usuales para los castaños, le había echado una mirada maquinal, y constatado en primavera la eclosión de sus flores escasas y débiles o, en otoño, la caída de sus hojas. Al fondo del patio, una puerta a la que se accedía al subir unos escalones de piedra desgastada. Ya estaba apartado de la calle, el ruido, el mundo.

Una pequeña escalera en espiral, un vestíbulo, dos felpudos, dos puertas negras. Yo llamaba a la que estaba a la derecha: allí estaba.

Lacan.

Allí también había puesto en juego mi vida, a lo largo de diez años. Allí había hecho el más largo de mis viajes. Allí me había juramentado dar, tarde o temprano, testimonio.

Ya había pasado tiempo; no había cumplido la promesa que me había hecho. Y pasaría mucho tiempo más entre el instante en que, acodado a la barra, contemplaba el grabado de la aldeana bajo el castaño, y este en que escribo estas líneas.

No me habían faltado pretextos para aplazarlo.

El principal era una pregunta que fingía hallar insoluble: ¿Cómo escribirlo?

Con todo, la respuesta era evidente: Como lo escribo.

II

Genealógico

2

La felicidad nunca hizo feliz a nadie. Justo antes de pasar al acto, la mayor parte de mis amigos suicidas muertos mostraban los signos exteriores del equilibrio y clamaban desesperadamente que todo marchaba bien.

Simplemente, morían. Amtes que se mataran, nadie hubiera podido sospechar el peso de la antigua sombra que anulaba su vida. Había movilizado las fuerzas de aquellos en vistas de un combate perdido a priori contra un enemigo sin rostro. Por último, su manera de morir lo revelaba: demasiado tarde. La muerte precedía el diagnóstico. Uno se había obtenido a expensas de la otra.

G. S. estaba repleto de mujeres, lo que no le impedía sentir frío. Las consumía por decenas, con el sombrío apetito de quienes ya están saciados, cuya regla es no poseer a cada una más de una vez. Gran señor, dejaba que sus íntimos aprovecharan sus restos. Había transformado su departamento de París XVI en burdel permanente, donde noche y día los iniciados podían hacer realidad sus fantasías. Abolido cualquier espíritu

de conquista o de rivalidad, la alternancia de partenaires se efectuaba en la calurosa complicidad de la abundancia. Fuera del deprimente ceremonial de la seducción en que roles, diálogos y actitudes ya están convenidos hasta el desaliento —para bien o para mal, ya se sabe cómo va a terminar la historia— la brutalidad a cara lavada de la situación posibilitaba el distanciamiento interior que en un primer momento trae consigo la percepción de lo relativo.

Una mañana, alguien se acercó para informarme que G. S. había puesto fin a sus días la noche anterior. Se había atiborrado de barbitúricos, enrollado en posición fetal dentro del agua tibia de una bañera y seccionado las venas de las muñecas con una hojita de afeitar. Los que descubrieron su cuerpo me dijeron que en los labios tenía una sonrisa apacible. Yo frecuentaba a G. S. desde hacía tanto tiempo que no me sorprendió: acababa de culminar su camino. Al hacer manar su sangre en el líquido amniótico —nuestros sueños nos otorgaron la equivalencia en el inconsciente del esperma y de la sangre—, había plasmado metafóricamente el incesto perfecto, crimen y castigo confundidos en algunos minutos de pura intensidad que por arte de magia desbloqueaban la pesadez de una existencia apresada por la prohibición.

Contrariamente a quienes pierden la vida por haberse negado a hablar de la muerte, yo solía evocarla, acaso con la ingenua esperanza de protegerme de ella. Sin embargo, ella me había rozado una mañana de primavera, en Cannes, dentro de un palacio en que todo estaba concebido para la placidez de ser. Eran las cinco de la mañana. Para olvidar otra, cuyo recuerdo

me taladraba, había pasado la noche con una chica. Ella acababa de dejarme. Yo fumaba en mi cama sin conseguir dormirme. Arrastraba desde hacía seis meses esa herida abierta. No se vislumbraba cicatrización alguna, pese a la iridiscente fachada que resguardaba mi falta de contemplación hacia los demás. Capté entonces al vuelo una frase que un instante atrás atravesó mi mente, y la aislé: "Entiendo que uno puede matarse." Instantáneamente entré en pánico: acababa de verbalizar la posibilidad de mi propia desaparición. No circunstancialmente, como cuando uno teoriza acerca del tema, sino en cuanto expresión inconsciente de un deseo mortífero.

En ese preciso instante, sonaron una tras otra las campanadas de Pascua.

Helado, me acerqué a la ventana, abrí del todo las cortinas, y tuve que cerrar los ojos ante la intensidad de la luz.

Volví a abrirlos, y fue como si saliera de una tumba.

A lo lejos, unos jardineros que parecían jugar al tatetí entre las largas sombras de las palmeras a la salida del sol, rastrillaban el césped alrededor de la pileta en la incandescente salpicadura de esa mañana de abril que rejuvenecía al Mediterráneo, tanto como si hubiera nacido al alba. Unas palomas blancas se arrullaban, misteriosamente el mundo había hecho eclosión recién en el esplendor cálido del sol. Supe que estaba curado, pero no dejaba de temblar. Cerré las cortinas para recrear la noche, tomé un somnífero y me dormí.

Me desperté al mediodía. Fui a la terraza del restaurante que estaba justo debajo de mis ventanas y pedí los platos más refinados, el vino más exquisito. Instin-

tivamente sabía que debía tomar en consideración el estado de ese enfermo al que por primera vez contemplaba porque él había estado a punto de morir. Hacía falta que yo me quisiera un poco. Sufrir me había tornado un médico. Terminaba de aprender el precio de una pena de amor.

Con todo, hacia esa época, el concepto de pago me era desconocido. Era cronista en un diario, vivía sumergido entre facturas muy por encima de mis recursos y seguía con delectación la mudanza frívola de las máscaras que proponía, creyendo en ellas, a la admiración de mis lectores. Tomaba por dioses a enanos, por seres humanos epígrafes de fotografías. Engullía rumores, luego escupía viento.

Las jornadas empezaban casi invariablemente con visitas de agentes que habían ido a "embargarme".

¿Embargar qué? Contaba con nada más que oxígeno.

Todavía no había llegado a los treinta años; las fiestas formaban fila, mis deudas se acumulaban, el diario me encandilaba, lo extraordinario era mi ordinario, mis noches, fuegos de artificio, y maldecía el sueño que me robaba placer.

Mi confusión de valores era total. Se volvió aberrante el día en que descubrí el juego, por aburrimiento de las galas. Abandonaba cada vez más temprano la mesa de las cenas para ir a sentarme en la del treinta y cuarenta. Muy pronto, quedé atornillado a ella doce horas seguidas: tres de la tarde, tres de la mañana, al ritmo del latido del corazón de los casinos, treinta vidas, treinta muertes cada treinta minutos, entrecortadas de purgatorios en que los croupiers mezclaban las cartas

para volver a ponerlas en el sabot antes de que empezar una nueva partida.

La vida sin frenos. Y sin embargo, lo contrario de la vida real, en que cualquier empresa requiere invertir ideas, trabajo, reflexión y tiempo. Principalmente tiempo. Al cabo de tres días, seis meses, diez años, la respuesta llega bajo la forma de un "puede ser". En el juego, es instantánea, irremediable. Sí o no, sin demoras. Ningún tiempo muerto entre el deseo y la sanción en que culmina, resplandor o desesperación, según sea que los objetos te amen, obedeciendo a tu llamamiento secreto o se aparten de vos, respondiendo a los deseos de otro. Uno encuentra muy pocos idiotas en los casinos (el idiota es el sujeto de la idiocia porque no es objeto más que de la Ley, y de no transgredirla, en ningún caso del goce); pero los monstruos pululan en ellos: yo formaba parte de la cofradía. Franquean las barreras escépticas de los fisonomistas, y pasan del otro lado del espejo para identificarse con los signos enigmáticos que descifran su suerte. Devienen colores, cartas, números. Adquieren caras de dados. Los negocios terrenos ya no les conciernen. Fueron a jugar (*jouer*), nada les impedirá gozar (*jouir*).

Jugar-gozar: seguramente no habría que cavar demasiado para descubrir que *jocare*, *joculari* y *gaudere* tienen una muy antigua etimología en común. Así, la triple deriva de sus sentidos se concentraba en una sola raíz con los significados simultáneos de jugar, eyacular, gozar.

Hasta el día en que, tras tanto hacerme gozar, el juego me la jugó. Era el final del verano, Desde hacía bastante tiempo, para conseguir fichas en la caja, fir-

maba vales que reemplazaban el dinero. Su total me fulminó.

Los regresos a París nunca son agradables. Ese fue catastrófico: ¿sospechaba entonces que había hecho todo adrede para ponerme en peligro? Viejo hábito que databa de la infancia e ilustra la fórmula de Dalí (sus sentencias me encantaron antes que sus pinturas): "La patada en el culo es el electroshock del pobre." No bien una situación me pesaba, inconscientemente me las arreglaba para hacerme excluir de ella: después supe que la libertad, por motivos evidentes que ya obedecen a la estructura de la lengua, era a expensas de la *exclusión*.

Y uno no puede hacer *e-closión* a menos que se lo eyecte de cuanto está clausurado (*clos*).

El juego no había sido más que una escapatoria más para quebrar la circunferencia de los círculos. Yo me ahogaba para que alguien me sacara del jardín de infantes, me enfermaba para evitar la escuela pública, entraba en peleas para que me expulsaran de la secundaria y, cuando no copiaba abiertamente de mi compañero de al lado, iba a pasear por los muelles los días de concurso para ser *ex-pulsado*, con qué alivio, de la Universidad.

Lo mismo pasaba en el amor. Para quitarme la culpa, la ruptura nunca debía parecer proveniente de mí, mientras que, por mis dichos o mi actitud, la había hecho inevitable. Incluso había logrado que me echaran de una cárcel militar donde purgaba una pena por un motivo que ya olvidé. Obviamente, mi vida profesional no era la excepción a esa sonriente furia de dañar. Desplegaba una energía inmensa en acometer contra

distintas plazas fuertes. Una vez conquistadas, mi impulso me llevaba a huir de ellas.

Sentía un terror morboso por las posiciones ganadas, por la repetición, por las certezas. Todo lo que involucraba un futuro me arruinaba el presente. Esa vez, resulté arruinado. Perdí mi trabajo, rompí con los míos, me ocupé de evitar amigos y relaciones, y me aparté de los lugares que había frecuentado.

Tabula rasa.

Hacía años que corría a la zaga de mi sombra. Tenía que tomar un respiro. Todavía no sabía qué deseaba, por más que ya hubiera pagado caro para tomar conciencia de qué no quería más.

Mucho tiempo después, iba a leer la frase de Lacan, "Los no-incautos yerran". En aquel tiempo, ningún otro juego de palabras hubiera podido adherirse a mi piel: yo erraba. El nombre de Lacan me era perfectamente extraño. Yo lo oí pronunciar por primera vez por una chica rubia que vivía en el edificio de enfrente y, sabiendo que la miraba, hacía varios días que se paseaba desnuda ante su ventana. Una siesta, la encontré. A la noche, me preguntó si quería acompañarla "a tomar unas copas con amigos en lo de Lacan; va a ser fabuloso". Seguramente yo tenía otra cosa que hacer. ¿Pero por qué recordé ese nombre tanto tiempo después?

A veces, para purgar mis preocupaciones, volvía a hacer deporte en la ciudad universitaria, donde había vivido tiempo atrás. No era el único estudiante vitalicio.

Me encantaba el box. Uno cruzaba los guantes con quien quería, sin elegir sus contrincantes. Uno de ellos me disgustaba especialmente, y era recíproco. Su por-

te gigantesco, sus ciento treinta y cinco kilos y su impresionante fuerza animal le habían merecido el apodo de "El Gordo". Yo no sabía nada de él, salvo que era médico. Merced a un arte venenoso, con sorna hacíamos más pesados nuestros golpes para en verdad bajarnos.

Cuando uno de nosotros quedaba groggy —lo cual se repitió más de una vez—, el otro, compungido, se deshacía en excusas hipócritas.

La antipatía crea lazos. Muy pronto, nuestro enfrentamiento se trasladó del ring al campo dialéctico. Yo estaba seguro de llevar la delantera. Yo me creía vivo, lo consideraba un torpe; por mi parte, tenía el beneficio de un pasado, mientras que su densidad anodina, sus trajes de confección y su ausencia de modales, agravada por su actitud desdeñosa al respecto, parecían forzosamente privarlo de futuro. Se lo decía tranquilamente, con sadismo.

Él me espetaba una exasperante sonrisa plácida. Yo contraatacaba con golpes de parisién, relaciones ampulosas, círculos ecléctico cuya llave estaba en mis manos, recintos exclusivos donde me destinaban la alfombra roja. Él se daba vuelta, aburrido, y arrancaba con los mitos celtas o la última caja de borgoña que había recibido. Un día le pregunté cuál era su especialidad como médico, y me confió, como quien lo lamenta y con tantos mohínes, que era *psicoanalista*.

Él no tenía escapatoria: yo iba a poder explicarle Freud.

Había descubierto su existencia a la edad de doce años, al hurtar un *Crapouillot* de antes de la guerra dedicado a la sexualidad, en la biblioteca de mi padre.

De la impresión que me produjo esa lectura había sacado dos conclusiones: los adultos mentían a los chicos respecto del único tema que los apasiona; la cultura no tenía otro motivo que servir de parapeto para contener las pulsiones. Negro sobre blanco, estaba escrito: existían, yo era libre. La brecha estaba abierta, A lo largo de mi vida, iba a ensancharla al devorar Jung, Freud, Adler, Otto Rank, Ferenczi y los demás —sin procurar profundizar qué los diferenciaba—, al igual que las vulgarizaciones de sus turiferarios, que yo ponía en un mismo nivel. Algunas breves réplicas, y el Gordo ya se había dado cuenta de que yo no sabía más que los expertos de las revistas, vale decir, nada. El punto cero. Tuvo la caridad de no dejar traslucir nada. En lugar de aplastarme, encaró las tareas de primera urgencia para desbastarme con leves toques, abriendo un campo que acicateaba mi interés; opuso a las preguntas demasiado pueriles un brusco silencio, para que volvieran sobre mí por efecto de espejo, y se abstuvo de explicarme aquello para cuya comprensión yo no tenía madurez suficiente, ante todo generoso, al punto de nunca intentar convencerme: en "convencer" (*convaincre*) está "vencer" (*vaincre*), vencer, pero fundamentalmente "imbécil" (*con*).

Y el imbécil era yo.

Con mala fe, daba pequeños pasos para dejar la posición a la que permanecía aferrado, sin dejar que él demoliera demasiado rápido los valores del sistema que hasta entonces me habían servido de endebles muletas. Este acusaba el fenomenal golpe. Mi narcisismo también. Con el paso de los días, sin dar la impresión de tocar cosa alguna, con mano de seda, el Gordo, avan-

zaba en su trabajo de zapa. A medida que su rigor desalojaba mis conjeturas fáciles, yo entreveía con estupor la extensión de mi ignorancia. Él abordaba desde un perfil imprevisto, que se sustentaba en un signo ínfimo, y llegaba incluso a colocar bajo una perspectiva nueva los temas más trillados de mi propio territorio. Una noche, durante una cena, divagamos hasta la negación en Shakespeare, para llegar al callejón sin salida de una coma que nos tuvo desvelados toda la noche. Pero una coma que, según donde estuviera colocada, echaba luz de una tonalidad nueva sobre el enigma del destino humano, según transformara la frase en interrogativa o en afirmativa: *To be or not, to be, that is the question.*

La puntuación clásica (*To be or not to be*) consistía en un paso de baile entre la vida y la muerte ("ser o no ser") que Hamlet indagaba. La del Gordo (*To be or not, to be*, etc.) se desencriptaba en forma de respuesta: pese a la "dificultad de ser", hay que optar por vivir.

En la escuela nunca me habían contado de ese tipo de cosas, nunca había leído algo parecido. Descubría, caóticamente, un saber alternativo; hasta entonces no sabía que pudiera existir. Seguí inaccesible para mí por insuficiencia de conocimiento. Aterrorizado por la idea de morir idiota, decidí apurar el tranco.

Contaba con todo mi tiempo. Aunque siempre me hubiera ganado la vida como cagatintas, quise saber ante todo si era capaz de escribir. Con "escribir", hay que entender la aptitud de hacer pasar a un texto la más alta comunicabilidad emocional ayudado por un material que todos utilizamos, la letra.

Con recursos simples, en cuanto a la forma, sin *li-*

teratura: el término ha de tomarse como *trazado de la letra*.

Y en cuanto al fondo, la valentía de llegar al límite, asesinato incluido, en el develamiento de la verdad.

Cuando se la practica sin máscaras, la escritura es un asesinato. Tuve la primera vivencia traumatizante de ello junto al teclado de mi primera Smith Corona. Había desconectado el teléfono y me había encerrado ante una hoja de papel impoluto. Regla del juego: llenarla sin rechazar nada de lo que me venía a la mente, sin importar medir los riesgos de escribirlo. Quedé embobado largos minutos, privado de pronto del apoyo del tema, aun más bloqueado cuando se presentaron las primeras frases.

No por la articulación de las palabras, que me las ofrecían hechas de antemano, sino por el contenido de las ideas que provocaban su encadenamiento. Nada que ver con la escritura automática de los surrealistas, cuyos términos tienen una musicalidad, pese a no adquirir sentido más que en el sinsentido. Lo que me sucedía era más terrible.

Entre tanto, la función más usual del lenguaje, la ocultación, acababa de entrar en juego gracias a una ruptura en el horror del sentido puro develado por el tornado del inconsciente, al que acababa de abrir la puerta. El uso de mis ojos nuevos todavía no me era familiar ("Tienen ojos para no ver..."); simplemente, ya se me había hecho imposible ser ciego.

Al cabo de tres horas, la página estaba llena de signos.

Nadie iba a leerla nunca. Estaba espantado de haberla podido producir. Después de sudar la gota gor-

da. Tenía cien años; pero sabía que, llegado el día, podría recrear ese estado: podría *escribir*.

Acuciado por una urgencia irreprimible, ya me habían conectado —sin que lo supiera— con los paisajes del otro lado del espejo.

En una noche, daba forma a obras en un acto en que se operaba una catarsis cuyo sentido profundo no percibía.

Una de ellas se llamaba *La dama de las ratas*.

Era la historia de una mujer estupenda —de aquellas que "no existen"—: vivía en las cloacas de París (al respecto, hablaba del "murmullo de las aguas del torrente...") en medio de una profusión de accesorios lujosos y barrocos, candelabros de plata maciza, cama con baldaquín del siglo XVIII, mesas de ónix, vajilla de oro, y otros tantos, para escapar a la profecía de una cartomante de barrio que le había asegurado la inminencia de una explosión nuclear. Al fondo de su abismo, en el umbral de la locura, escoltada por dos animales imaginarios, una iguana y un canguro a los cuales dirige un discurso apasionado, alimenta centenares de ratas verdaderas. Pasa un hombre con el que se encontró durante una velada. Es embajador, la considera loca, se enamora de ella, quiere salvarla, la visita. Sin aliento, llega al pie de las escalas de hierro que llevan a los abismos...

—¿A qué profundidad estamos exactamente?

—Setenta y tres metros con veintisiete —contesta la dama.

El Gordo había leído la obra.

—¿Por qué 63, 27?

—Puro azar.

—El azar no existe.

Con gran ímpetu, me ocupé allí mismo de demostrarle lo contrario. Un mes más tarde, salimos de una comida. Sin quererlo, nos damos un empellón al acceder a la puerta giratoria del hall. Él suspira.

—Carajo, no sos precisamente menudo... ¿Cuánto medís?

—Noventa.

—63 más 27, ¿cuánto suman?

La euforia me ganó: por fuera de la intervención del azar, cuya existencia yo defendía, no había siquiera una oportunidad sobre mil para que un número coincidiera con la suma de otros dos para dar mi propia "altura-profundidad".

El Gordo evitó insistir. De todas formas, a la quinta observación del mismo calibre, tuve que admitir de mala gana que el "azar", por pura coincidencia, había tomado cierto aire de costumbre. La duda empezaba a carcomerme, cuando surgió la historia del "cuatro-nueve-cuatro".

Una de sus pacientes, de alrededor de cuarenta años, era camarera en bares, casi analfabeta: la señora B. Ella perdía regularmente su trabajo por desmayarse "sin motivo". Había hecho, claro está, el abrumador derrotero por los distintos especialistas: "Usted no tiene nada".

Más allá de alguna variación de detalle, seguía con sus desvanecimientos.

Finalmente, había recalado en lo del Gordo, adonde algunos de sus colegas, con una perversidad confraternal, mandaban los "casos intratables" (en medicina, "intratable" es aquel caso que no entra en el campo de saber del tratante).

La señor B. recitó una vez más la letanía de sus desdichas. Una mañana, lleva a sesión un sueño:

—Es una estupidez, doctor, una estupidez... Todos los domingos, apuesto a ganador y placé, a los caballos. Resulta que soñé que en mi combinación de tres cifras, le jugaba dos veces al mismo número, el 4; así: el 4, el 4 y el nueve. Cuatro-cuatro-nueve.

Sin entrar en detalles acerca de la interpretación del sueño, fechados y constatados con rigor durante el análisis, reproduzco la escena de la realidad a cuya vivencia remitía.

Una escena muy antigua... La señora B. debía tener entre quince y dieciocho meses. Aquel día, su madre estaba haciéndole cariños, entre arrullos. Llega su amante. Trae consigo un regalo. La madre deja a la beba en su cuna, abre el envoltorio y se extasía ante un magnífico mantón blanco. Lo extiende sobre la cama. Lo admira.

Arrobada de gratitud, se ciñe a su amante. Pese a los gritos de protesta de la beba dejada de lado, quiere hacer el amor con él. Le pide que vuelva más tarde. Los alaridos de la chiquita se intensifican. Para calmarla, su madre la toma en brazos y la deja en el centro de su propia cama, sobre el mantón. Vuelve a acompañar a su amante hasta el palier.

Están largo rato abrazados. El amante se va. La madre vuelve a su habitación. Lanza un grito furibundo y da una fuerte paliza a su hija: para vengarse de haber sido preferida y abandonada, la futura señora B. ensució el mantón con sus heces. Hizo *caca* (*quat'-quat*) sobre el mantón *nuevo* (*neuf*).

Caca nuevo. 4-4-9.

Cuando me recetan un antibiótico, ignoro por completo el nombre y la cuota parte de los ingredientes que entran en su fórmula. Simplemente constato que mi fiebre baja.

Idéntica relación causa-efecto durante el análisis: eso "opera".

No bien es capaz de verbalizarlos, los síntomas neuróticos que habían llevado al paciente al diván se desvanecen. Más allá del mito, la simbólica de Sísifo no es otra cosa que el balbuceo de un cuerpo que habla, condenado a repetir hasta el fin de los tiempos el discurso somático de la histeria, con su piel, sus tics, sus gestos inconclusos, sus calambres y dolores, un sucedáneo, al no haber podido trasladar al lenguaje la memoria de lo que tenía grabado a hierro en la psiquis.

Muy a menudo, un exceso de cultura sirve de coraza defensiva, de censura. Con la señora B., que no tenía ninguna, la terapia fue breve. Tres meses después de comenzar, ya no habría de caer desvanecida.

También se presentó el caso de la estudiante.

Aunque era muy brillante, fracasaba sistemáticamente en los exámenes. El día de la prueba, ante la hoja en blanco, una repentina parálisis del brazo le impedía *físicamente* escribir lo que sabía, forzándola a entregar en blanco.

Al estar preservado el anonimato de su clienta, el Gordo consintió en comunicarme las evidencias estructurales del síntoma histérico, intensificadas por una segunda conversión somática.

La chica tenía oportunidad de ir a esquiar sobre la nieve recién caída de alta montaña. Ella le confió que, una vez llegada a la cumbre tras horas de esfuerzo, des-

hacía el camino por el que había llegado, en pánico ante la idea de trazar su impronta sobre la superficie de la nieve sin mácula. Territorio intonso del papel, territorio liso de la nieve: el Gordo no demoró en detectar esa analogía. En ambos casos, la situación se remitía a una de las significaciones del síntoma: la angustia se vinculaba a una superficie *virginal* que no se debía mancillar con mácula alguna, ya fuera con caracteres del alfabeto o la huella de los esquíes: *virgen*, como la muchacha que ni siquiera comenzaba sus exámenes, sólo por rechazar la idea de no serlo más.

Sobre todo, como más tarde demostraría el análisis, si ella proyectaba sobre cualquier pretendiente, con el usual acicate de la censura que escolta a las presencias fantasmáticas, el deseo inconsciente por su propio padre.

Mis lecciones apenas estaban empezando. Descubría con estupefacción una cultura marginal que era a la mía lo que el inconsciente es a lo consciente. Grandes velos de misterio que habrían de desgarrarse de inmediato. Así, sin que nunca lo hubiera presentido, ¿acaso no había quiénes tenían la respuesta a las preguntas que me hacía respecto de arte, literatura, política y comportamientos humanos o amorosos? Había dado un giro radical en la ética cultural de mi código social. El Gordo me abría un mundo. A un tiempo descubría disciplinas desconocidas para mí —lingüística, antropología estructural, semántica, etimología—, y la relación con el análisis de sus otros epígonos: etnología, historia de las civilizaciones, de las religiones, de los mitos, de los folklores. "Descubría" debe tomarse en el sentido de "descubría su existencia".

Comprender era un asunto completamente distinto.

El día en que me zambullía en los textos, vi desvanecerse mi ilusión de inteligencia. Hasta entonces había armado un andamiaje sobre los ámbitos familiares, donde una palabra enmascaraba por sí sola la grieta que encarnaba ese desconocimiento. Así, daba el nombre de "fiebre" a cualquier enfermedad desconocida. Hoy se habla de "alergia", "stress", "virus". Fenómeno eterno de semasiología perversa que consiste en jugar con los signos que revelan la falta, o bien en desembarazarse de cuanto se rechaza mediante un nuevo nombre conferido a aquello que pudiera designarlo. Tal como un pensador que niega el pensamiento, Alain.

Desde su perspectiva, todo lo que se enlaza con el inconsciente se torna "pensamientos desquiciados". Tan "desquiciados" como para transformar a un radical intransigente en apoyo involuntario de los teólogos cuya estrechez de miras fustiga. Cuando él intenta descubrir al "hombre más feliz del mundo", todo lo que encuentra para presentar es un prefecto de policía, precisamente porque las urgencias de su cargo "no le dejan tiempo para pensar".

Apología de la ceguera, elegantemente matizada con un suculento silogismo: ya que los cretinos no tienen acceso al pensamiento y los prefectos de policía, según Alain, no piensan, se podría deducir que todos los prefectos de policía son unos cretinos. De idéntico modo, y a la inversa, ¿por qué no afirmar que si bastara ser inteligente para hacer fortuna menos imbéciles serían ricos?

El Gordo era profundo y no tenía dinero.

Respecto de las fuentes de su saber, me dijo que era

"lacaniano", que seguía los "seminarios de Lacan" y participaba en los "trabajos de la Escuela Freudiana". Me precipité en una librería para comprar los *Escritos*. Los recorrí una y otra vez durante toda la noche: no entendí absolutamente nada. En apariencia Lacan utilizaba las palabras de todo el mundo; pero el modo en que distorsionaba su contexto en sitios enigmáticos les otorgaba una connotación ambigua que volvía evanescente el sentido de la frase, privada de pronto de sus automatismos usuales.

La disyuntiva era simple: o yo era un estúpido, o esos textos obedecían a un mero delirio.

Al día siguiente, afirmé ante el Gordo que los *Escritos* no eran más que una jerigonza. Todavía no conocía el lema de su autor: "No hablo para idiotas." Cualquier pericia supone el aprendizaje de una técnica que nadie cuestiona a los especialistas, incluido el plomero. Por contrapartida, cuando la materia tratada es el lenguaje, único bien y atributo recibido en común al nacer, cada cual imagina que la facultad de expresarse otorga el derecho a comprender, que el acceso al sonido desemboca obligatoriamente en el territorio del sentido.

Pasaban los días y las estaciones: no era capaz de estar mi pellejo, me iba a pique, como un barco ruinoso; pronto dejaría la vía libre. Una noche, en un restaurant chino, con falsa desenvoltura le pedí al Gordo que me aceptara como paciente. Me contestó que era imposible, porque "nos conocemos demasiado". Insistí. "Ya que voy a *pasar por eso*, prefiero que sea con vos, antes que con otro."

Desplegó argumentos que me dejaron perplejo.

Llegado a mi departamento, me senté en el suelo en

mi lugar preferido, ante mis cajas. Estas formaban una pila que llegaba hasta el cielorraso; dentro de ellas estaba todo lo valioso para mí en otro tiempo, una suerte de tesoro: libros, manuscritos, objetos, ropa.

No las había abierto en tres años, pero me gustaba contemplarlas cuando me topaba con un problema. Había cerca de cincuenta. En cada una de mis mudanzas hacían falta dos camiones para llevarlas.

Hoy, tantos años después, siguen enmoheciéndose en un guardamuebles, herméticamente cerradas a fuerza de clavos.

Con todo, había tomado conciencia de que no me aferraba a gran cosa.

Un día, durante esa época en que jugaba, me avisaron que "unos agentes iban a embargarme al día siguiente". Me habían aconsejado poner fuera de su alcance los "objetos valiosos". Había hecho algo similar a un inventario, a las dos de la mañana.

¿Qué venía a ser un "objeto valioso"?

Descarté inmediatamente los muebles y otros accesorios mecánicos u hogareños. Eran reemplazables: se los encontraba en cualquier esquina. Lo mismo con la ropa: nada de valor. Mis hijos eran "inembargables". Quedaba mi biblioteca. Ya había digerido su contenido, ¿qué provecho tenía atarme a su continente?

Había descartado casi todo, excepto unos veinte libros dedicados por amigos. Después de reflexionar acerca de la eventualidad de perderlos, comprendí que por fuera de cualquier fetichismo, tanto los amigos como los textos estaban para siempre, muertos o vivos, en mi memoria.

Me acosté en mi cama para concluir una noche serena.

A esa altura, ya sabía que al no aferrarme a nada siempre sería rico. No amaba más que la vida y la libertad. Más allá de esos bienes, no podían sacarme cosa alguna. Por la mañana, los agentes no se presentaron. Como mentalmente había renunciado a lo que se me iba a arrancar, casi me decepcionaba que no me deshicieran de ello.

Después, del mismo modo que uno no tira un libro ya leído, tal vez porque encerraban fragmentos de mi pasado puesto entre paréntesis y al que me aferraba oscuramente, seguí acamalando mis cajas, de cuyo contenido ya no sabía dar detalle hacía tiempo (sigo sin saberlo).

Medité ante ellas hasta el alba, consciente de que eran una perfecta alegoría de mi situación. Estaba bloqueado, claveteado, ignoraba qué se escondía dentro de ellas. Cuando ya estaba por acostarme, llamé al Gordo, que ya llevaba dos horas trabajando. "Ya que no podés tomarme como paciente, dame el nombre de algún otro". Me dio tres. ¿Por qué no citar a los dos primeros, si no tienen nada que ver con el asunto? Clavreul y Perier. Al despertarme, hacia el mediodía, disqué con calma su número. El primero estaba ocupado, el segundo fuera de París. Probé con el tercero.

—Querría una entrevista con el doctor Lacan.

—En este momento no puedo interrumpirlo —me dijo la mujer: era Gloria—. ¿Puede volver a llamar a las seis?

Me hice un ovillo ente la montaña de cajas, y esperé.

Las seis. Una vez más, Gloria.

—Aguarde un momento.

—Escúcheme, ¿puede tomarme o no?

—No corte, el doctor Lacan quiere hablarle…

¿Hablarme? Todo lo que yo quería era que me recibiese.

¿Acaso masajistas, dentistas o sastres exigían una entrevista previa antes de concederme una cita?

Inmediatamente después, la voz monocorde, morosa, que redoblaba la vocal de cada sílaba…

—¿Sí?

—Querría verlo.

Enfrenté un largo silencio.

—¿Por qué? —dijo Lacan.

Al final, me oí decir:

—No le encuentro la vuelta.

III

Alfabético

3

Me había vestido para seducirlo. Tweed, terciopelo, cachemir. Por añadidura, ese encanto mío iba acompañado por la molestia de una leve renguera debida a una patada recibida durante un combate de *savate*. Tomé como una cuestión de orgullo personal llegar a la hora exacta en que me había convocado. Él siguió el juego más allá: no me hizo esperar siquiera un segundo. Sincronismo perfecto. Gloria ni había terminado de abrirme la puerta cuando se corrió la hoja de la correspondiente a su estudio. Nos dirigimos una gran sonrisa. Con toda evidencia, pese a los pacientes que yo había visto en la sala de espera, él sólo me esperaba a mí. La puerta de su consultorio se cerró detrás de nosotros. Ubicó su silla en paralelo a su escritorio. Me senté en la mía.

Cara a cara.

Ya desde la noche anterior había tenido tiempo para organizar mis defensas. Lo observé con una curiosidad *divertida*, crucé las piernas y encendí un cigarrillo —no, eso no le molestaba en absoluto; me tendió un cenicero— y en unas frases púdicas, en las que es-

parcía, como si el relato lo requiriera, nombres cargados de importancia que tornaba cotidianos para mí, le tracé el retrato resplandeciente de un dilettante con condiciones, llegado a él —no estaba formulado, pero era un presupuesto— prácticamente por conjunción del azar y la curiosidad intelectual.

Dio la impresión de entender muy bien. Estaba subyugado. Yo también. Cuando le hablaba de mis ocupaciones profesionales en el diario en que trabajaba, me preguntó si conocía a la señora Z., que también trabajaba allí. Yo nunca antes había oído ese nombre, y se lo dije. De golpe, me preguntó si bebía. Me quedé desconcertado. No, yo no bebía. Algo de vino, como todo el mundo, pero beber por beber, no. Yo era un deportista, ¿cómo habría podido? Él asintió de buena gana.

Encendí un cigarrillo tras otro. Él no dejó de tenderme el cenicero. Después, con una última sonrisa, se puso de pie. La entrevista había terminado. ¿Cuánto tiempo había transcurrido? ¿Una hora? Acaso más. Le pregunté cuánto le debía. Por más que nadie me hubiera informado al respecto, ya conocía la cifra que me lanzó. Yo había decidido que sería exorbitante. Lo fue. Correspondía exactamente a la suma que había conseguido en préstamo el día anterior de manos de dos amigos tan insolventes como yo. Por ende, le tendí mis tres billetes, sin sorpresa. Desaparecieron instantáneamente en un bolsillo de su pantalón. Me estrechó la mano con una gran sonrisa y me dijo: "Hasta mañana." Le contesté que desgraciadamente eso era imposible, porque no tenía con qué pagarle. Él no dejaba que su mano soltara la mía; busqué el modo de retirársela sin que tomara mi gesto como una ofen-

sa. Abrió la puerta como si no hubiera oído y repitió: "Hasta mañana."

Volvía a estar en la calle, con un nudo en la garganta; me preguntaba si la falta de recursos no iba a quebrar una relación tan inefable en sus inicios.

¿Dónde iba a conseguir el dinero?

Hice mentalmente el recorrido por todos los conocidos con probabilidades de prestármelo. Por experiencias anteriores ya había aprendido que las grandes palmadas en la espalda, al igual que el placer dado o recibido, hacían un compás de espera cuando, en terreno del amor, uno se aventuraba por la delicada senda de lo numerario. Algún tiempo atrás, había necesitado un respaldo financiero para una deuda apremiante. El préstamo que pedía no iba a durar más que cuarenta y ocho horas, tal como había explicado, mientras presentaba como prueba de mi buena fe un cheque firmado con mi nombre que podría presentarse ante ventanilla no bien hubiera pasado ese lapso. El mismo día había hecho ese planteo a tres personas: una mujer, dos hombres.

La mujer era famosa. Ella cantaba y encabezaba una revista. Los domingos, después del mediodía, iba a encontrarme con ella en su camarín. Ahí siempre había caviar en una fuente de cristal, champagne y vodka helados. Desde donde yo estaba, oía el rumor de los aplausos que le dedicaba la sala. Ella entraba como una tromba, cubierta de lentejuelas relucientes, a su camarín-*boudoir*, me abrazaba apasionadamente, desabotonaba mi camisa. Para que no se nos molestara, su peinador homosexual hacía las veces de cerbero tras un cortinado de pana. En el momento en que ponía sus ojos

en blanco, furiosos golpes a la puerta la arrancaban de mis brazos para arrojarla a los de su público.

Nuestro número se repetía varias veces durante la función. Ella se arrojaba del sofá a la escena, y de la escena al sofá. En los intervalos, reponía fuerzas con el caviar.

Consideré que esa intimidad compartida creaba un relajamiento suficiente como para que le hablase de dinero con tan poco pudor como ella me hablaba de amor. Pese a su fortuna, tuve la sorpresa de oírla contestar que los dos pasábamos por la misma racha de mala suerte. Esa misma mañana, ella había tenido que pagar unas cuentas que tenía pendientes, una suma enorme, y eso la había dejado en rojo. Yo iba a tener mi propio dinero dos días más tarde. Le pregunté si podía ayudarla de algún modo. Me agradeció emocionada, pero no aceptó; me dijo que de alguna forma se las iba a arreglar.

El primero de mis amigos era cantante. También él famoso. Los estribillos de sus temas están en boca de todos. Su actitud de niño desvalido me habían incitado a tomarlo a mi cargo en sus momentos de depresión, que por cierto no eran pocos. De tiempo en tiempo, lo llevaba a Deauville y hacía llegar mi solicitud hasta dejar una chica entre sus brazos. A veces me llamaba a las tres de la mañana, y entonces arreglábamos el mundo. Le tenía mucho afecto, tanto como para pedirle ese favor.

Cosa extraordinaria: los *impuestos* también se habían hecho presentes esa misma mañana. Corté la comunicación, lleno de pena por él. Media hora más tarde, recibí un llamado suyo. Acababa de tener una idea. Para

sacarme del problema, le bastaría con pedir a diez de nuestros amigos en común la décima parte de la cantidad que yo necesitaba; aclararía que era para mí.

Deshaciéndome en agradecimientos, yo preferí dejar pasar su oferta generosa.

Mi segundo amigo no cantaba. Mucho mayor que yo, hacía cantar a los otros. Dominaba un imperio de locales nocturnos y pasaba por ser lo que en el ambiente se llama *juge de paix*, uno con la cabeza bien puesta, un caballero al que sus pares convocaban como última instancia para dirimir los litigios de marginales.

Tampoco tenía oportunidades allí: los *impuestos*.

Él fue el único que me dijo la verdad. Hacía unos días había prestado una cantidad importante a uno de mis amigos, que ni siquiera era íntimo suyo.

Sin importar cuáles fueran los motivos pretextados o reales, había sentido esas negativas como una traición, y me había jurado que, aunque muriera por ello, nunca más iba a dar a nadie el poder de lastimarme con escamoteos.

¿Cómo hice esa noche y los días siguientes para cumplir con mi palabra? O acaso no la cumplí, no me acuerdo.

Sin preguntar cuál era mi opinión, Lacan concluía, imperturbable, cada sesión con un "Hasta mañana" que me devolvía, las manos sudorosas por la angustia, al gris de la Rue de Lille. Al día siguiente, mientras trituraba en mi bolsillo el dinero que me había procurado el día anterior al cabo de espantosas búsquedas —¿por cuánto tiempo iba a poder realizar ese milagro cotidiano?— volví a su despacho.

Idéntica refinada urbanidad por su parte. Cigarri-

llos. Hacia las cinco, Gloria le llevaba sobre un posavasos de porcelana una taza de té y dos dátiles. Su tono era tan amistoso que no me habría sorprendido que me rogase compartirlos con él.

Más allá de su té, parecía degustar mis palabras.

Era capital que no hubiera error alguno respecto de la persona. Sin dar la impresión de ponerlos en evidencia, desplegaba con astucia un discreto muestrario de mis méritos, y cada vez me aventuraba más lejos en los confines donde, para pasarla bien, los burros se hacen los pavos y se pavonean ante la voz de su amo —en este caso, la suya—.

El tercer día, en lugar de hacerme pasar directamente a su estudio, Gloria me condujo a la pequeña biblioteca del fondo, donde me dejó durante cinco minutos entre otros pacientes. Apenas los miré de reojo: ¿quiénes eran? ¿Por qué estaban ahí? ¿Ignoraban que Lacan me esperaba?

No bien estuve en su presencia, le hice notar su "retraso".

Se disculpó resueltamente, llevó la cortesía hasta el punto de justificar ante mí los motivos, y terminó su frase con un "Yo no soy *repronsable* que me dejó completamente desorientado.

La tarde de nuestro quinto encuentro, mientras según su costumbre, me estrechaba la mano tras haberse apoderado de mis billetes, de golpe me declaró:

—Decidí tomarlo en análisis.

Lo miré sin comprender.

—Creía que ya habíamos empezado, ¿no es así?

Se puso de pie. "Hasta el lunes", dijo.

El domingo percibí que me ponía sobre ascuas todo lo que no tendiera a ese próximo encuentro.

Llamativamente, no había dicho ni una palabra de los encuentros anteriores a persona alguna. Fuera de la mujer que amaba —a quien recién sentí la necesidad de informar al respecto cinco o seis años más tarde— es preciso decir que había reducido mi entorno a su mínima expresión. Hacía mucho tiempo que rehuía los contactos rápidos, múltiples, superficiales y sin porvenir que parece prohijar cierta forma de periodismo. Habían generado en mí una náusea tal que, de haber imaginado el infierno, lo habría concebido como una escena de desfile social: un gran salón de gala iluminado en pleno resplandor. Los invitados se apretujan. En el centro, con un cigarrillo en una mano y en la otra un vaso lleno, sin conseguir moverme, soy agredido por la anfitriona: para presentármelas, hace desfilar ante mí personas que nunca volveré a ver.

Como tampoco soporto el riesgo de reencuentros y su corolario, las preguntas falsamente interesadas de viejos conocidos, había decidido mudarme de barrio para esfumarme en la ciudad. No habría imaginado que fuera tan fácil. Las capitales del mundo, que creemos nuestras porque en algunos lugares nos saludan por nuestro nombre, se prestan a todas las evanescencias. Antes de reducirnos a lo invisible en el tiempo y en el espacio, se limitan a ese casi nada que es trayectoria repetitiva de un circuito: algunos amigos, tres restaurantes, autos deportivos comprados a crédito, el lugar en que uno trabaja, los lugares de la noche. El tipo que fue el rey de un microcosmos, una vez que olvida los sitios que frecuentaba, se vuelve un ser anónimo entre desconocidos.

Cuando ya había roto todos los todos los lazos [*liens*], y estaba *a-lienado*, yo no obedecía a otra cosa que a la urgencia de ponerme entre paréntesis; seguía a la deriva una órbita neutra a la cual no podía *dar nombre*, pues ignoraba la palabra que remitía a las cosas, el nombre que remitía a los rostros, los rostros que me remitían a mí —es decir, a casi nada— de pronto indiferente al ruido, sordo a los perfumes, refractario a correr. Mi único proyecto era el presente de ese momento. Por fuera del trabajo que había encarado, al día siguiente no me preocupaba por mis bolsillos vacíos, tal vez porque presentía que volver al redil para zapar los pastos duros me privaría de mi última oportunidad de convertirme en lo que yo era.

Uno es lo que desea.

Pero uno ignora lo que desea. Y ninguno de nosotros eligió ser habitado por ese deseo, del que ignoramos en qué consiste, pero que sufrimos como el impacto más singular de nuestro "yo". Está "escrito". Nos precede. Entramos en su territorio por la vertiente del lenguaje.

Aun antes de nacer somos destinados, en dicha o desdicha, a cierto día convertirnos en sus administradores.

De allí deriva la escisión.

Ese deseo que nos estructura no es nuestro. Es, según el cauce del discurso, deseo del Otro, deseo de Otro deseante.

Por eso, en tanto seres de deseo, nuestro destino es no poder acceder más que a la *falta-de-ser*.

A mis cinco años, pintaba. A los catorce, soñaba con envejecer. La vejez me resultaría dulce. Cada día

transcurrido me acercaría a la pericia consumada, ese instante enigmático en que los creadores geniales finalmente acceden a la intensidad del color puro para penetrar, al borde de la muerte, en punto absolutamente medular de su propia vibración.

A los veintiocho, una noche de noviembre, entre el tumulto de llamados, el staccato de las Remington y la bruma de los cigarrillos, por obra de una suerte de desdoblamiento fulminante, de pronto me convertí en espectador de mí mismo y me *vi*, con el pucho entre los labios, una espantosa pila de papeles sobre mi escritorio, un teléfono en cada oreja para oír sin escuchar a personas cuya identidad no conocía. ¿Dónde estaba? Esa pregunta me atravesó.

En la redacción de un diario. ¿Y qué tenía que hacer? Lo que se conocía como crónica "parisién".

Era absurdo; yo era pintor. ¿Y entonces?

El inconsciente no se inscribe sobre una recta.

Para enriquecer lo que él llamaba mi "bagaje" —eso que impide avanzar no bien uno se desplaza—, mi padre soñaba para mí un saber universal.

Una mañana, esta extraña frase suya:

—Quizá tuvieras que aprender taquigrafía.

—¿Por qué? Soy pintor.

—Nunca se sabe. Si un día quisieras hacer periodismo…

Ese diálogo sólo había durado diez segundos. Lo había olvidado por completo. Quince años más tarde, volvía a mi memoria, cuando por mi intermedio el deseo secreto de mi padre, ser él también *otro*, ya se había hecho realidad.

Así era la *moira* de los griegos, su *discurso*: vivir en

la realidad el inconsciente del Otro. En Delfos, bajo la advocación de Apolo, la Pitia hacía de intermediaria entre los hombres y los dioses. Pero, después de su supuesta permanencia en el Olimpo, los oráculos que ella transmitía no eran más que palabra que regresaba a quien la había lanzado. De allí en más, mi trayectoria se tornó tan previsible que a los diecisiete años obtenía mi primera paga por la publicación de *dibujos* en un *periódico*. De ese modo se producía la síntesis provisoria de dos deseos antinómicos: pintura y periodismo. Por vía de un *compromiso*, dibujo + periódicos.

Pero las rupturas son más exigentes.

Para acceder a mis finalidades inconscientes, muy pronto llegué a hacer que las *Cartas a un joven poeta* de Rilke dijeran lo contrario de lo que decían. El joven poeta pregunta: "¿Cómo estar seguro de que soy poeta?" Respuesta: "Si te privaran de poesía, ¿morirías?" "No." "Entonces —concluye Rilke— eso significa que no mereces ser poeta."

Exactamente eso creía haber leído. Aun con la cuchilla sobre mi cuello, habría jurado a la vez que trasladaría el diálogo a un interrogante vital: "Si te privaran de pintura, ¿morirías?"

Para gran vergüenza mía, di la misma respuesta: no.

En ese mismo momento, decreté que no era digno de ser pintor: entonces, mis colores se volvieron vocablos.

Mis pinceles, una Smith Corona.

Veinte años más tarde, releí las *Cartas*: ni un rastro de lo que creía haber encontrado en ellas. Para mi propio uso, había *imaginado* en la ficción epistolar de

Rilke —respuestas a supuestas preguntas— un diálogo *que no existe*. Función del error en el ámbito del inconsciente: para vivir el discurso del Otro, yo había llegado hasta a inventarme un falso motivo para ocultar mis propias aspiraciones.

Tres semanas después de mi primera visita a la Rue de Lille, volví a ver al Gordo en la pileta. Yo estaba tan absorbido que casi había olvidado su existencia. Él no tenía noticias mías desde el día en que me había señalado el trío Clavreul-Perier-Lacan.

—¿Por dónde anduviste?

—Empecé análisis.

—¿Con quién?

—Con Lacan.

Me escrutó, incrédulo.

—¿Te tomó?

—¿Qué tiene de extraordinario?

Sacudió la cabeza con perplejidad.

—Creía que ya no toma a nadie.

—¡Qué huevón! ¿Quién me dio su teléfono?

Me sorprendía su sorpresa. Y por nada del mundo se debía a que yo tuviera la sensación de que me habían concedido un favor —sin duda, el precio de nuestros encuentros incidía en ello—, sino a que me parecía normal que un terapeuta accediera a todos los pedidos. En ningún momento me había conmovido especialmente el renombre de Lacan; tampoco que su tiempo no fuera extensible. No aguantaba sin contarle al Gordo nuestras primeras entrevistas.

Sentí instantáneamente su reticencia. ¿por qué intentaba cambiar la dirección de la charla? Ya habíamos mencionado el tema cien veces. De pronto, cuando por

causa de sus intervenciones yo estaba en pleno centro del asunto, fingía desinterés. Mientras pretextaba una cita urgente, sin siquiera darme tiempo de preguntar el motivo gruñó unas excusas y me dio la espalda.

Ese lunes, antes había tenido un encuentro con Lacan, y percibido un indefinible cambio de actitud con respecto a mí. En ese momento, no habría sabido precisar en qué consistía; y a decir verdad, me era indiferente profundizar en eso. Lacan seguía siendo afable, atento, cálido. ¿Acaso sus silencios eran más largos? Insensiblemente, transformaban nuestro diálogo en monólogo: yo hablaba. Embriagado por mi propia facundia, redoblaba su torrente para impedir que me interrumpiera.

En aquel tiempo todavía no había aprendido a oír.

Más tarde, habría de mendigar el asentimiento que implicaba un parpadeo, la desaprobación en una mueca.

De todas formas, es llamativo, en ese momento en que demasiado ocupado en oírme no tenía oportunidad alguna de escucharme, que algunas de sus acotaciones se hayan grabado en mi memoria. Se hicieron muy pocos estudios acerca del cerebro de los loros. Sólo se sabe que tienen acceso a la reproducción de los significantes: en otros términos, que pueden "repetir" los sonidos. Compartía con ellos ese don acústico. Pero por mi parte tampoco tenía el privilegio de acceder, a partir de los sonidos, a su significado, es decir, a su sentido.

Apenas estaba en mi décima sesión; y Lacan se dio el lujo de una frase fuera de mi alcance, precisamente por saber que yo no la podía entender. Como de costumbre, había tenido que volarme a una amplia parrafada metafísica, y entonces desemboqué bruscamente en una pregunta que como se dirigía más a mí que a él mismo, al ser enunciada me dejó en silencio no bien la pronuncié:

—Pero, ¿existe el alma?

A lo sumo, esperaba una sonrisa.

Tuve derecho a una respuesta.

—La psiquis es la fractura, y esa fractura el tributo que pagamos por ser seres hablantes.

Yo no estaba empapado de algoritmos, metonimia ni matemas—¿Algoritmos? ¿Metonimia? ¿Matemas?—, pero percibía confusamente que por detrás de esa formulación se ocultaba un enigma.

Desgraciadamente, las claves no estaban a mi disposición.

¿A qué fractura aludía? ¿Qué relación entre un tributo y el lenguaje? ¿Y de qué modo la cualidad de "ser hablante" implicaba, como corolario, la noción de "tributo"?

¿Un tributo para pagar qué? ¿Qué deuda? ¿Qué falta?

Sopesaba la frase con recelo, sin hacer un esfuerzo especial por retenerla.

Si puedo citarla tanto tiempo después se debe a que acaso presintiera la densidad de su sentido; no tenía dudas al respecto: se me revelaría cuando fuera capaz de descifrarlo. Así te para el carro la fe, y te fija al que "supuestamente sabe".

De hecho, contenía más de un vector de la producción lacaniana, barra que separa por siempre significante y significado, traslado de esa escisión, de esa lí-

nea divisoria al inconsciente "estructurado como un lenguaje", *hendidura* del sujeto ya dividido por su búsqueda de una trascendencia que le hace erigir, en contra del vacío de la muerte, la estatua de sus dioses e inventarse un alma.

De buena gana uno se abstendría de evocar sus fallas.

¿Pero cómo silenciar la "inocencia" de mis comienzos en lo referente al análisis?

El alfabeto abarca veintiséis letras. Tampoco en ese caso, para saberlo, hay que ignorar la existencia en sí del alfabeto.

Aunque no la conociera, percibía —con todo— sus primeros efecto en forma de una inmensa sombra, desconocida: la sombra de la letra "A".

Si es así, ¿por qué no decirlo?

Después aprendí que cualquier desplazamiento por el territorio de un saber implica, como preámbulo, la difícil confesión de sus faltas.

—Hasta mañana —dijo Lacan.

—No puedo.

Arqueó una ceja.

—No tengo dinero —agregué.

—Hasta mañana —repitió, mientras me abría la puerta.

4

En el consultorio de Lacan encontré todo tipo de personas. A veces, obstruían su escalera, sentados sobre los escalones, perdidos en un sueño interior del que mi paso no los sacaba.

Me cago en ustedes, los lleno de mierda, los tapo de excrementos.

Todavía mejor: se las doy por el culo.

No se trata de insultos, sino de la señal de un despertar.

El despertar es una ruptura de discurso(s).

Para provocarla, bastó con que introdujera algunas notas fuera de tesitura en la gama del *texto*.

Su propia violencia, su *fuera-de-texto*, causó el choque.

Así avanzaban los maestros zen, a patada limpia. Y el pintor, consagrado a tanto gris por el mero grito de un rojo.

La literalidad puede apoderarse de todos los colores.

Sin embargo, para preservar su coherencia, no puede elegir más que *uno*. Un término *soslayado*; luego, el

conjunto del discurso cae a pico en el *fuera-de-sentido* en que nos interpela la locura.

A la inversa, un sustantivo por debajo de la tónica, en un texto que se reivindica como perteneciente a la perversión, nos confía ese espacio de enunciación en que la censura marca límites. En *Le bleu du ciel*, Bataille escribe: "Miraba su trasero desnudo con el arrobamiento de un chiquito: nunca había visto algo tan puro, algo tan poco real: hasta tal punto era agradable." La libertad de sentido que precede y sigue a este fragmento es un dato; por eso, uno puede imaginar en qué incomodidad sumergió ese *trasero* a quien lo admiraba, durante la transcripción, al no haber osado llamarlo *culo*: allí donde hubiera hecho falta la inflexión *vulgar*, hubo un escamoteo.

Dentro de un *género* —novela, ensayo, poesía, discurso político o universitario—, la literalidad debe ser monocroma, tanto como el código lingüístico que amalgama la identidad del grupo que designa.

Habitamos el lenguaje, el lenguaje nos habita.

Pero cohabitamos en zonas que fueron destinadas a nosotros, donde cualquier cambio de tonalidad trae aparejado el rechazo —esto es, un escándalo— y aquello que lo sanciona, el insoportable regreso a una realidad eludida. Al comienzo de mi relación con Lacan, ese vínculo reanudado —a un tiempo rechazo, escándalo y regreso—. Era el dinero que yo le daba.

Hasta entonces, como pone de manifiesto el dicho popular francés, a mi criterio, "el dinero era pura mierda".

Ni fin en sí, ni medio de circulación de la riqueza, tampoco símbolo de una adquisición, aun menos

metáfora fálica. Una mera entrada parada para gozar del juego.

Recuerdo esas primeras horas de la mañana en la lujosa habitación de algún hotel; los puñados de billetes ajados, que no significaban nada, que dejaba en el cajón de una cómoda para aplazar de un modo endeble —en el argot de los casinos, se dice que es dinero con cama afuera— y los días de mala racha . La idiotez de las palmeras, la decepción del amanecer, el pagaré firmado ante un empleado moroso para huir lo antes posible y prolongar la noche. Dinero *a-lienado*, desvinculado, en cuanto no tiene lazo alguno con aquello que debería haberlo hecho nacer: talento, ideas, trabajo, dinero *impago*. La única relación que entabla es con la suerte, que no viene de mí, me es exterior.

Lacan de pie ante el marco de la puerta. El ceremonial de los billetes deslizados en su mano en el límite exacto en que cada paciente, ni por exceso ni por defecto, sopesado por él, pudiera sentir la obligación y, por esa vía, *volver a la realidad*.

A juzgar por el nudo que estrechaba mi garganta cuando le anunciaba que no tenía con qué abonar la sesión, era mi caso. Supongo que, desde el inicio del análisis, ajustaba sus tarifas según la impresión que daba el cliente, según la angustia o su probable status social. Algunos francos para tortura de los más insolventes, fortunas para la seguridad ostensible de los otros: era necesario que la suma requerida, sin importar cuál fuera el caudal de recursos de su práctica profesional, interfiriera con el umbral más allá del cual, dejando de ser desdeñable, *molestara*, *privara*.

Recién a ese costo liberaba el terreno y liberaba del

yugo de la gratitud. Se volvía a empezar de cero: nadie debía nada a nadie.

Obligaciones. Él sabía que yo me levantaba tarde.

—Hasta mañana, a las seis.

—De acuerdo.

—Seis de la mañana...

—Oiga...

Me estrechaba la mano. Al día siguiente, salía de casa sin haber pegado ojo. Repetía el experimento hasta tener la seguridad de que yo me había habituado a sus exigencias. Habría hecho falta no poco más para hacerme renunciar: ya había mordido el anzuelo.

Si me hubiera pedido que fuera a su encuentro en las antípodas, para una entrevista de veinte segundos, a una tarifa de diez millones, habría encontrado el dinero, y habría ido. Cuando tienen esa fuerza, es imposible cortar los lazos de la transferencia. Yo no me planteaba el problema en esos términos, no tenía opciones: cuestión de vida o muerte.

Sin embargo, teóricamente es tan fácil interrumpir...

Cuando se produce, la ruptura aparece no bien el riesgo se hace manifiesto. Las certezas se agrietan. El analizante también.

Ya no hay modo de mirar a la cara esa verdad que él acudió a enfrentar, no bien se olfatea las primeras evidencias de su develamiento. Ya apenas comenzada la travesía sus piernas flaquean. Mirada ansiosa por encima del hombro. Bastaría con unos pocos pasos atrás para recuperar, intactas, las ilusiones reconfortantes que forjaban su yo con muletas, triunfos de antaño, coraza de cultura, pantalla social. Hacia delante, el negro absoluto. Nada garantiza ver algún día el final del túnel (¿quién le garantizó alguna vez que existía una?).

La duda susurra y roba la respuesta: ¿por qué no remontar el camino?

En cuanto a esa duda, no la engendran los desconocidos, sino el peso agobiante del miedo. Para reprimirla mejor, se la sepultaba bajo una batería de pretextos cuya acumulación termina por justificar la eventualidad de la huida. Uno cede a ella, que se paga con una herida abierta de la cual goteará la amargura, hasta el infinito.

Un conejo me sustrajo del desastre de mi cobardía.

Yacía en el fondo de una zanja, entre la lúgubre llanura de escarcha esparcida por el frío glacial del invierno. Me acerqué a él. Era lamentable en la muerte: helado, rígido; su piel gris roída por las polillas se desprendía en lonjas. Tendí la mano: en ese momento, el cadáver tuvo una suerte de espasmo que impidió que mis dedos lo rozaran. Maravillado de que pudiera encerrar un último destello de vida, quise, a medio camino entre el horror y la compasión, tomarlo en brazos para darle calor. Nuevo sobresalto.

Con pesadez, se alzó sobre sus patas y se tambaleó de un modo penoso sobre la tierra quemada por el hielo.

Más avanzaba hacia él, más se alejaba a pequeñas sacudidas torpes. Pero yo no quería hacerle daño, sino simplemente ayudarlo, abrigarlo, cuidarlo.

Salvarlo.

Nada que hacer. Sin importar mis esfuerzos por atraparlo, una y otra vez escapaba de mí, y me dejaba una indecible sensación de angustia. Cuando me desperté,

el conejo estaba tan lejos como cualquier sueño que se escabulle. Este, uno de los primeros que fue tema de análisis, estaba al alcance del primero que se acercara, yo incluido. No demandaba ser descifrado y no presentaba más misterio que la página de palotes propuesta como ejercicio a los chicos de preescolar.

Sí hacía falta que me atraparan, y me avivara: inclusive fui incapaz de captar claramente y en seguida el mensaje que contenía, en cierta forma un lamentable estado de la cuestión. Pero, sin llegar a distinguir el motivo, me parecía que ese conejo no merecía ser relegado a la fosa común de los sueños muertos.

Mucho más tarde, a través de las mil y una trampas que me tendían, llegué a atrapar, uno tras otro, la mayor parte de mis sueños. Más penetraba en ellos, más sofisticado se volvía, para que su sentido me permaneciera vedado, la elaboración de las metáforas que conformaban la trama manifiesta de los siguientes. Me hizo falta mucho tiempo para tomar conciencia de que pese a la increíble variedad de sus tramas siempre me contaban, en su latencia, la misma historia. Apenas me abría camino en su significación, cambiaban el código de su silabario para conservar un tiempo de ventaja, ante la eventualidad de una nueva interpretación, una *distancia*.

Ella tenía como doble función mantenerme alerta, mientras me protegía, hasta que fuera tiempo de digerir esas revelaciones demasiado precoces. O bien, para obtener mayor provecho de mi ingenuidad, todo se tornaba ridículamente simple. Entonces se entablaba entre el sueño y yo, entre tema y sujeto del sueño, una dialéctica en cuyo seno la limpidez de las evidencias a disposición no era más que un camuflaje adicional de la censura que lo había motivado.

Durante un período especialmente complicado, para no olvidar su contenido manifiesto, había dejado al pie de la cama un grabador. Cuando la violencia de un sueño me lanzaba a la bruma de un duermevela, bisbiseaba sus elementos narrativos y volvía a dormirme. Correr en persecución, materia de enigma lógico: las imágenes visuales nos remiten a imágenes acústicas cuyo recorte de fonemas y morfemas, articulado de modo diferente, se enlaza bruscamente con un nuevo sentido. La ambigüedad de esos juegos con el significante pueden ejemplificarse con una frase célebre. Fonéticamente, se la percibe de este modo: *jepansedonjeseui*. Pero, según los azares del juego morfosintáctico, la escritura brinda diez significados diferentes para él; en primer lugar, el bueno: *Je pense, donc je suis* ("Pienso, luego existo"); *Je panse, donc j'essuie* ("Hago el vendaje, luego limpio"); *Je pends ceux dont je suis* ("Cuelgo a quienes son como yo", o bien "a aquellos que debo el ser"); *Je panse donc jeu suit* ("Hago el vendaje, y se sigue con el juego"); *Jeu, pense donc, j'ai suie* ("Pensá: juego, entonces tengo hollín"); *Jeux, panses, dons, Jess, huis* ("Juegos, panzas, regalos, Jess, puertas"); *Jepp, anse, Donge, suie* ("Jepp, asa, Donge, hollín"); *Je pense, Donge essuie* ("Yo pienso; Donge limpia"); *Je panse, danger suit* ("Hago el vendaje, el riesgo viene después", o bien "entonces hay riesgos"); *Jeux, pense donc, jeux-suie* ("Pero pensá: juegos, juegos de / del hollín"); *Je pense, donc j'essuie* ("Pienso, luego limpio"); etc.

A principios de siglo, una conjunción magistral resultó malograda.

Corría el año 1905. En Viena, un médico luchaba en procura de que los círculos científicos prestaran reconocimiento a una nueva práctica terapéutica que había llamado "psicoanálisis".

En ese mismo instante, ese mismo año, un oscuro profesor daba en la Sorbona, ante un escaso puñado de alumnos, cursos acerca de una disciplina que acababa de crear desde cero: la "lingüística": la ironía del destino hizo que esos dos hombres nunca se conocieran (la anécdota ni siquiera precisa si uno de los dos había oído hablar del otro).

El primero era Freud. El segundo, Saussure.

Dos momentos clave de la historia del pensamiento.

La tuerca, el tornillo.

Pero, en tanto extraños uno para el otro, inútiles, atados a grilletes por causa de su singularidad, mientras que sólo podían operar al ser dos, uno en los grilletes por causa de la complementariedad de su función estructurante.

Trazar el puente entre ambos no fue el menor de los méritos de Lacan. Con todo, hasta que él postulara "El inconsciente está estructurado como un lenguaje", nadie parecía haber percibido que esos dos jalones, que se respaldaban recíprocamente por mor de una dialéctica inaugural, abrían —finalmente, ligados— la *via regia* a una lógica inédita de indagación. Antes, recluidos en la especialidad que les era propia, analista y lingüista, cada cual ignoraba la existencia del otro, ambos apegados a su ghetto.

Solía encontrar en la pileta de la universidad a un

muchacho de origen rumano que era excelente nadador. Se llamaba Frantz, y estaba a cargo de una cátedra de lingüística diacrónica en la Universidad de Vincennes. Su conocimiento teórico era inagotable. Sin especificar el motivo, lo hostigué con preguntas acerca de temas específicos que eran puntos de contacto entre análisis y lingüística. Un día que caminábamos por el parque, intenté atraerlo —con referencia a la semántica de la metáfora y la metonimia— a mis dominios, llevándolo por cierta línea que desembocaba en la función del deslizamiento y condensación que confería la misma identidad estructural al sueño y a la lengua. Ante mi estupor, aparentemente no comprendió qué le decía. Entonces le pregunté si estaba al corriente de las aplicaciones terapéuticas de la disciplina que él enseñaba:

—Finalmente, Frantz, a tu criterio, ¿para qué sirve la lingüística?

Meditó un momento y me espetó en tono de aseveración obvia:

—Para formar lingüistas.

Durante el *Quattrocento*, un cerebro humano —el de Da Vinci, por ejemplo— era capaz de abarcar en masa las nociones de su tiempo: arte, física, anatomía, arquitectura, filosofía.

Hoy, cualquier avanzada en un saber dado es transdisciplinaria. Paradoja: ninguno de sus fragmentos se vincula ya con un todo —cada "especialista", firmemente cerrado al resto, no es poseedor sino de una parte ínfima de aquel—; sin embargo, para avanzar en el estudio de una de esas partes, se requiere el acceso a todas las fracciones de ese conjunto.

Ya habrá quedado en claro que la redacción de este volumen no obedece en medida alguna a las leyes de la cronología o del primado de la anécdota —aunque fuera por vía de los sueños interpretados—; tal como sucede con los elementos de mi historia personal (sólo se hacen presentes para bosquejar mejor la topología del punto inicial, el cero); y de modo más intenso aun en la disposición ordenada de una jerarquía que los haría intervenir conforme a su grado de importancia.

Indudablemente esos elementos están presentes en el hilo de su trama; pero de modo imprevisible: su emergencia tan sólo se somete a la aparente confusión entre los falsos azares de lo inconsciente.

En *La encajera* de Vermeer, el cuadro completo se ordena en torno a la única cosa que el pintor nos deja ver, la aguja con la que borda la encajera.

De suprimirse ese punto focal invisible, la tela se las toma; ya no *significa*.

De alguna manera, en este texto Lacan tiene la misma incidencia que esa aguja.

Incluso cuando parece no estar presente, sigue siendo el punto focal a cuyo alrededor todo se genera y organiza. Causa de la escritura, constituye en idéntica medida los efectos de aquella. En otros términos: por más que sea omnipresente, no se encuentra forzosamente allí (*là*) donde está, sino antes bien en el sitio donde da la impresión de no estar (*être*): el cuerpo mismo de la *letra*.

Todas las relaciones humanas se articulan alrededor de la depreciación ajena: para ser, es preciso que el Otro sea menos.

El "dos" convoca una relación de fuerzas. Si vos sos

menos, yo soy más; si vos sos más, yo no soy lo suficiente; si vos sos demasiado, yo no soy más. Lacan siempre había invocado a su favor un regreso a Freud.

Al hacer la suposición de que sus trabajos se hubieran ubicado en la misma época, y ellos hubieran vivido en el mismo ámbito de pensamiento, pese a su calidad recíproca me parecía imposible que la fatalidad de la ley del "dos" los hubiera dejado indemnes.

—A fin de cuentas —le dije—, basta con poner dos cangrejos en una canasta para que se devoren. Usted mismo no escapa de ello.

Me miró atentamente.

—Suponga que Freud todavía estuviese vivo. Ustedes intentarían destruirse. Sería la guerra.

Al cabo de varios años, noté que nunca quitaba el cuerpo cuando se lo interpelaba en registro ético: ese tipo de preguntas formaba parte de mis pequeñas satisfacciones. Después de reflexionar un momento, me respondió vivazmente:

—Nada prueba que él me hubiera desautorizado.

Por fuera de las estrategias de su práctica, él nunca era neutro; ignoraba el sentido del término "contemporizar" y su funcionamiento era demasiado veloz como para no hervir de impaciencia: el mundo era demasiado lento.

Habría querido que todos comprendieran todo como él, al instante. A veces, por causa de ese torbellino interior, de pronto perdía los frenos.

Con Gloria, que tendría que haber estado en la habitación incluso antes de que la llamase —ella no se dejaba amilanar y presentaba batalla hasta que él bajaba el tono en una pirueta cuya rapidez me dejaba he-

lado (él nunca machacaba cuando sentía que estaba equivocado o estaba a punto de cometer una injusticia). O tan pronto como lo cercaban las futilidades de la vida cotidiana —conseguir que el servicio telefónico le diera el número de un abonado, un trámite administrativo, los inoportunos que pese al filtro lo molestaban durante las sesiones, la insolencia de las operadoras telefónicas.

—¡Qué imbécil! (*Quelle conne!*)

Había leído una de mis obras. Después de un tiempo, se sorprendió de que no se hubiera representado. Le cité el nombre de una muy famosa y venerable actriz —él la conocía muy bien— a quien se la había propuesto y la había rechazado.

Se salió bruscamente de sus casillas; alzó la vista al cielo, exhaló un suspiro exasperado y escupió:

—¡Qué imbécil!

Con, conne, un adjetivo cuya etimología dúplice, desplegada en ramas sin relación aparente que pese a ello se intersecan, ligadas por una oscura raíz común sepultada en la noche de los orígenes del lenguaje.

Para empezar, el *hystericon* del griego —de donde nos llegan "histeria" y "útero" (que designan los órganos de la gestación femenina)— cuyo uso y desgaste (*usure*) fonético no conservaron más que el *con* de la última sílaba.

Por extensión, el *con* de ese *hystericon*, como nos lo señala inequívocamente su sentido *vulgar*, abarca todo lo tocante a la ausencia de pene. Para un griego, tratar a alguien de *con* equivalía a despojarlo simbólicamente de sus atributos viriles; en otros términos, a castrarlo.

Luego el alemán, un muy antiguo origen del que

derivó el término *Ecke*, "esquina, rincón" (*coin*). De ese sustantivo se hará constar, de paso, que su género es femenino.

¿La relación entre la castración y una esquina?

Un *con* en un triángulo.

Porque por definición un *con* es *coin- cé* (a-cuña-do, a-rrinconado): no puede ir más allá de un *coin*.

Pero en sí ese recodo, surgido del cruce de dos rectas, tan pronto como una tercera se cierra el plano de las dos primeras para formar el triángulo que lo bloquea, se fusiona con ese otro triángulo fantasmático de la castración, el pubis femenino, el *con* de lo *histérico*.

—¡Qué imbécil!

Lacan utilizó esa expresión dos veces más cuando cité el nombre de personajes tan ilustres como imbuidos de su importancia de los que, sin que él lo supiera, sabía que los había rechazado tomar como pacientes.

Tres meses después de empezar las sesiones, la mayor parte de los síntomas aparentes que me habían llevado a su consultorio habían desaparecido. Parece que tenía "fobias". El Gordo me lo había revelado. Tenía razón. Mi vida estaba impregnada de sensaciones displacenteras cuando se producían ciertas situaciones tipo: la mayor parte provenía de una *comedia social*. Entrar en un almacén, decir buen día, querría un paquete de café, encontrarme en una multitud, ser puntual, formar parte de la más grotesca obligación en cuanto a norma indumentaria encorbatada, cruzarme con alguien a quien no tenía ganas de ver, fingir, por cortesía, interesarme en charlas convencionales cuyo tedioso mecanismo pregunta-respuesta sabía de memoria, de antemano.

Una a una, torturas benignas que alimentaban mi

misantropía: el sudor corría por mi frente, devastado por un irreprimible deseo de escapar.

De hecho, sólo se habían desvanecido momentáneamente bajo la presión específica de una etapa de la terapia. Pero, entre tanto, jugaba a sentir, con nueva delicia, el alivio que brindaba su ausencia: "Dos baguettes, por favor; seis yogures y un pan de manteca": la voluptuosidad de un reumático liberado de un lumbago.

Hoy, confesarlo me hace sonreír: sigo siendo tan fóbico como entonces. Pero en el ínterin negocié con mis fobias.

O ya no me pongo en posición de tener que padecerlas o bien, en caso de deber hacerlo, las considero *incidente de un tiempo vacío* y las padezco con la resignación aburrida que demandan las fatalidades externas.

En la época en que dejaba de sentirlas, no eran más que señales de alarma de estragos más intensos, que no tardarían en manifestarse.

Pero todavía ignoraba eso.

Seguía subiendo todos los días, con la mirada fija, la escalera en caracol del 5 de la Rue de Lille.

Las dos salas de espera también seguían colmadas de pacientes sumidos en sus reflexiones. Uno no puede describir lo que imagina. Yo estaba allí para estar en otro lado: por más que me esfuerce, no recuerdo nada. Ni el color de las paredes, ni la cantidad de sillas; tampoco logro recordar la posición de las lámparas —¿había lámparas?—, el tono de la alfombra o la ubicación de las mesitas.

Una o dos veces, "se" me dejó olvidado en la biblioteca del fondo. ¿Cuánto tiempo permanecí allí?

No lo sé.

De no haberme "descubierto" Gloria (ah, usted está ahí; voy a avisarle al doctor Lacan: él estaba a punto de irse), acaso todavía estaría allí, en olvido del tiempo que pasa.

5

Nuestras posesiones nos poseen.

Algunos, por haberlo entendido mal, poseen tanto que no gozan lo suficiente y llegan a ese punto de inflexión en que el dinero de *medio* pasa a ser *fin* en sí. Son ricos, tienen millonadas, mientras les aguante el corazón, van a consumirse para apoderarse del doble: tasan y cifran su falta en el infinito, y con eso franquean la barrera que separa *necesidad* y *deseo*.

Limitada, la necesidad los acotaba.

Infinito, el deseo los a-*lien*aba.

Con el dinero pasa como con el análisis. Hay una zona sutil en que se sale de control, donde fines y medios, sustituyéndose recíprocamente, trastrocan la lógica de su función. En ocasiones, a fuerza de hablar los que hablan se transforman en profesionales del diván, tanto como los que oyen. El verbo, su práctica, su duración y su tarifa, convertidos en fin en sí, motivo para vivir, terminan por constituir, en una inversión perversa, la estructura fundamental de una existencia en que la real, reducida al carácter irreal de la letra que

la mantiene a distancia, no se hace manifiesta más que para eludirse mejor en la corriente del discurso.

El propio analista no está al reparo de contagio.

Menos aun por cuanto sus analizantes no serían capaces de prescindir de él, a su vez fantasmáticamente protegido de la muerte por la demanda de ellos: ¿podría sobrevivir sin ese parapeto de almas en pena, que acudieron a él para que dé nombre a su deseo?

¿Qué hay del suyo propio, cuando se sabe que en esa dialéctica, él, fijado por definición en el no-hacer, ocupa el lugar del muerto en que de por sí su vida se escabulle? Mullida. Truncada. Recluida. Algunos, que permanecen sentados demasiado tiempo en la orilla, toman el riesgo supremo de permanecer allí. Maestros en un accionar que incita a una acción que les escapa, espectadores neutros cuya vida se diluye en el torrente del discurso del Otro sin que ya no los roce, no bien han salido de su gabinete —¿acaso salen de él vez alguna?— la colisión ardiente de su pulsión, esperma y sangre, corazón palpitante, desgarro, herida.

Yo estaba hablándole de la función de lo sagrado, de la ascesis, del renunciamiento, de la *retirada*. Él se encogía de hombros:

—Con eso no se gana nada.

Había que tener la excepcional envergadura de Lacan para pasar de una a otra orilla, analizar, luchar, dudar, indignarse, vivir, buscar, gozar, sufrir. Franquear indemne los círculos entrelazados de los tres órdenes determinados por él: simbólico, real, imaginario. Y de regreso de la locura, hacer tierra cada vez en el rigor absoluto de la palabra plena, intacta, para que todo se abra una vez más en otro sitio, sobre otra cosa.

Un día me enfermé. Se lo avisé para cancelar mi cita del día siguiente. Con una rapidez que me resultó vertiginosa, en minutos organizó cómo iban a cuidarme: en cuestión de horas, milagrosamente se abrieron puertas que tendrían que haber permanecido cerradas y, por haber oído una palabra salida de su boca, personas que yo nunca había visto se ocuparon de tratarme como si fuera algo infinitamente preciado para ellos.

Padre. Dios Padre.

Yo tenía, tal vez, quince meses; no dejo de recordarlo.

Esa noche mis padres me habían dejado al cuidado de una amiga.

Se largó una tormenta. Mi padre volvió a buscarme. Me sacaron de mi cama. Mi padre me cargó sobre sus hombros como si fuera paja, me protegió de la lluvia y, atravesando a grandes zancadas seguras las calles desiertas del poblado, hizo frente a la noche hasta nuestra casa. Minúsculo, zangoloteado, embriagado por esa formidable fuerza en marcha que se imponía sobre la tormenta, aquella noche sentí la intensidad de una protección total. Hablo por analogía, en tanto vivencia de una irradiación de energía que tuvieron a años luz de distancia el niño que fui, acurrucado contra su padre, y el hombre que yo era, vuelto a la infancia al experimentar una potencia idéntica. En ambos casos, la misma certeza: nada podía sucederme.

Circulaban rumores... "Parece que hay muchos suicidas entre los de Lacan." Aceptando oír a quienes iban a morir, él era uno de los muy pocos que aceptaban el riesgo de su ineluctable rotura.

Para no manchar su tarjeta de visita con un falleci-

miento, casi ningún otro analista se habría arriesgado tan siquiera una vez, enfrentando sólo una de sus miradas, a hacerse cargo del desafío de uno de esos "seres-para-la-muerte".

Había notado en su consultorio a una chica morena más bien rellena, divertida, que con indiferencia llevaba puestas telas nada impecables, que no habrían debido costar caro. Mentalmente, la había bautizado Marcelline.

Nos habíamos encontrado más de una vez en la biblioteca del fondo, donde permanecía oculto en la sombra de un estante un volumen de Ania Teilhard acerca de la interpretación de los sueños.

Yo lo había buscado por todas partes en París. Sin resultado. Sin atreverme a robarlo ni a pedirle a Lacan que me lo prestase, lo devoraba durante mi espera, y maldecía el apuro de Gloria, que me llamaba con demasiada anticipación y me arrancaba de sus secretos. Una tarde que ella me había hecho entrar en esa habitación, quise tomarlo de su lugar habitual: no estaba.

Vi entonces, sentada en un rincón, a la chica rellenita con el libro en sus manos. Gloria me pidió que la siguiera...

Más tarde, en la calle, ante la entrada de vehículos, esperé a "Marcelline".

Apareció; la abordé.

—¿Para qué lado va?

—A Montparnasse.

—Yo también.

Era mentira.

—Si quiere, la acerco.

Tomó asiento.

Rue des Saints-Pères. Giro a la izquierda, por Boulevard Saint-Germain. Rue de Rennes.

—¿Hace mucho que ve a Lacan?

—Seis meses.

Limpiaparabrisas y lluvia. Me maldigo por lo pesado de la pregunta. Pero yo quería saber. Boulevard Raspail.

—¿Era grave?

—¿Qué?

—Lo que la llevó a su consultorio.

Risa de quien ya probó todo.

—Había pasado de largo por una ventana.

—¿Un accidente?

Una vez más, esa risa.

—No. Había saltado.

Le eché una mirada rápida. Ella actuaba con naturalidad, serena.

En tono de broma, para disfrazar mi desconcierto:

—¿De qué piso?

—Octavo.

Logré eludir a último momento un auto.

—¿Y sobrevivió?

—A causa del niño. Lo tenía en brazos. Él se llevó la peor parte: recibió todo el golpe.

Las angustias de ese tipo nunca encontraban las puertas cerradas en su consultorio. En los casos agudos de sufrimiento, sostenía esa vida entre sus dedos: la vida de los otros. De haberlos abierto, o de haber cometido el menor error de apreciación, pronunciado una palabra fuera de lugar, prolongado un silencio, sostenido una mirada en un mal momento, todo hubiera podido sumirse en la nada: de esos condenados

ávidos de muerte, consagrados a la muerte, casi muertos, que él arrancaba a la muerte para devolverlos desde tan lejos a la orilla, ¿cuántos habrían sobrevivido, sin su intervención?

Había otro rumor que flotaba en el aire: "A veces, sólo concede diez segundos a sus pacientes."

Ya hubo suficiente glosa acerca de las sesiones breves.

Maltrataban demasiados lugares comunes como para no dejar petrificados a quienes nutrían sus certezas en las leyes de un *hábito*. Por su causa provoqué, indirectamente, la indignación de mi editor. Por casualidad, él había dado con un programa de televisión en que yo compartía cartel con una psicoanalista suiza. El programa duraba una hora. A ella le tocaba la primera mitad, a mí la segunda. Una notable que peinaba canas.

Respetable, anodina, didáctica, dogmática.

Mientras esperaba mi turno para hablar de una novela que acababa de publicar, la oía en un semiletargo, hasta que pronunció esta parrafada: "En mi caso, es muy simple. Las sesiones duran cuarenta y cinco minutos. Apoyo un reloj de arena sobre mi mesa de trabajo. En el instante en que pasa el último grano, asunto terminado."

Me ganó la indignación, y pegué un salto: ¿Cómo alguien podía librar a lo arbitrario de un grano de arena el efecto de puntuación del momento de concluir la sesión? Desde lo alto de sus cuarenta años de certezas, en un tono de irritado desprecio, me devolvió de buenas a primeras a mi sitio, el más bajo. En el séptimo cielo, ni lerdo ni perezoso el presentador atizó

la disputa, hasta que le oí decir: "Bueno, les agradezco su participación en nuestro programa. La semana próxima, etc."

Eso quería decir que había pasado la hora: enardecido por el debate, no había prestado atención. Ni siquiera una vez se me oyó citar el título del libro que me había llevado a ese estudio.

Al comienzo, Lacan me dejaba hablar cuanto yo quisiera, y sin dudarlo volvía a impulsarme si percibía una vacilación, un reflujo. Alcanzada una segunda etapa, ante todo por no desear oír qué tenía para decirme, era yo quien lo cortaba febrilmente cuando él quería interrumpirme. Después, me sometí a su ley; la auténtica elaboración del trabajo se hacía principalmente en los intervalos que separaban una sesión de la siguiente. El consultorio no tenía más rol que el de catalizador. Muy pronto comprendí el sentido de escansión de una palabra interrumpida justo en el centro de una frase cuyas sílabas iban a habitarme hasta que de ello se revelara una fulgurante interpretación. Lacan se ponía de pie bruscamente: ese era el punto sobre el que debía indagar, precisamente ese que me señalaba con su suspensión. No importaba en qué momento fuera: tan pronto como me acercaba a una salida cuya abertura —sin ese desplegarse brusco de su cuerpo, ese sillón apartado repentinamente y ese suspiro agónico que le era familiar— habría seguido invisible para mí. ¿Diez segundos, veinte minutos? No sabía. El tiempo no entraba en juego: cuando la intensidad falta a la cita, lo mismo daría que fuese el tiempo sin duración propio de la muerte. Entonces me di cuenta de que la noción de *incertidumbre* que él había

traído a colación durante las sesiones breves en la práctica recreaba la función intrínseca de la vida: *poner en movimiento* las cosas, al reproducir esos *accidentes* que la convierten en algo vivo, precisamente porque en ella todo es precario, incierto, porque en ella nada está dado ni adquirido. En contraposición, a mi criterio, la rutina de la hora fija, dadora de seguridades, se muestra a posteriori como un *confort* al cual no alteran el más obcecado mutismo ni la fosilización de lo ya dicho machacado en la monotonía de un balbuceo.

Durante su existencia, el ser humano no posee más que una certidumbre: la de su muerte.

Por silogismo, es fácil deducir de lo anterior el deseo de muerte inconsciente contenido metafóricamente en cualquier búsqueda de certezas. Cuando un joven de veinte años acepta colmar la incógnita de su deseo siguiendo el cauce de un plan de carrera —al llegar a los sesenta, *llegará a ser* presidente de la empresa que lo tome— sin que él lo sepa, eliminando cualquier obstáculo en el camino, se puede estar seguro, porque él optó por rechazar de su vida todo aquello que lo imprevisto podría abrir en el ámbito del gozo, de que aspira a *morir por miedo a vivir*.

Un paradójico milagro puede salvarlo de cuarenta años de *pura pérdida*: el *fracaso*.

Porque en los casos en que uno fracasa uno obtiene logros.

Pero, ¿quién se atreverá a escribir el tratado del fracaso destinado al uso de los ganadores (en el sentido de "ganarse la salvación")?

A la espera de ello, iba aprendiendo el silencio.

Cuando tenía demasiadas cosas por decir, temiendo que Lacan no me dejara llegar al final de su reseña, las escupía a todo tren para que él absorbiera hasta la menor porción de ellas: siempre esa ansiedad de no ser *comprendido*.

Un día, después de haber vaciado por completo mi bolsa, creí que se iba a poner de pie: no hizo nada. Sentado en su escritorio, seguía —como si hubiera olvidado mi presencia— trazando ideogramas en un bloc de papel. De pronto me sentí molesto por la ausencia de la masa sonora de mi voz en la habitación, y me retorcí incómodo en mi asiento; él seguía sin emitir palabra. Yo sabía que del otro lado de la puerta se amontonaban los pacientes. Por eso, para él era imposible imponerme por demasiado tiempo esa novedosa tortura de mi silencio. Diez minutos más tarde, él seguía con su escritura ininteligible.

Bloqueado, con los músculos en tensión, yo estaba a punto de abrir la boca —¿para decir qué?— cuando con esas inflexiones lánguidas masculló su habitual exhortación a continuar:

—¿Sí?

—Nada —dije, con agresividad.

Transcurrió otro cuarto de hora sin que uno ni otro pronunciara una palabra.

—¿Sí...?

—¡Nada!

Ese "nada" era una pantalla ante la insoportable angustia que, con su intensidad, tendría que haberme dado la dimensión de las cosas que estaba reprimiendo.

—¿Sí...?

—Nada.

Una hora más tarde, yo salía de su despacho. Destrozado. No había conseguido que de mi garganta saliera sonido alguno, a no ser ese "nada" irritante que me remitía a un "todo" cuya extensión confusamente sentida me dejaba petrificado. Durante los meses que siguieron, Lacan renovó, a intervalos caprichosos, el malestar de las prolongaciones, hasta el momento en que por fin la intensidad de mi turbación no me dejó alternativa: supe lo que podía ser la fuerza de una resistencia.

A veces, él encendía un cigarro. Por su forma de hélice, había identificado los Punch Culebras de Davidoff. Sólo se los conseguía en Suiza. Yo a veces iba a Ginebra, Le pregunté si quería que le llevara algunos. Aceptó. Las dos cajas compradas en cada uno de mis viajes se volvieron un rito que intensificaba mi placer al hacérselos pagar hasta el último centavo.

Entre tanto, por su gestualidad, había hecho manifiesto su fastidio ante el cenicero que yo terminaba por mantener sobre mis rodillas para no pasarle constantemente el brazo bajo la nariz.

Encendí cigarrillo tras cigarrillo. El estudio era minúsculo.

Me sentaba de espaldas a la ventana. Esta daba al patio adoquinado, justo encima del castaño. Reclinado sobre su escritorio, de cara a la pared, Lacan me mostraba su perfil derecho. Muchas veces, cuando consideraba que su silencio había producido un efecto de verdad, pivoteaba bruscamente sobre su asiento y, dándome de pronto la cara, puntuaba con un signo lo que en apariencia no había entendido. Al principio, cuando nuestras miradas llegaban a cruzarse, como una bra-

vuconada, me empecinaba en no bajar la mía. Muy pronto comprendí que ese duelo agotador era motivado por mi imaginación y a partir de entonces cuando mi mirada se posaba sobre su rostro sólo se tornó, de desafío, en interrogante.

Un día me hizo una observación respecto al humo que invadía el despacho. La repitió hasta que comprendí que *era tanto mejor* no fumar durante la sesión.

Desde entonces me abstuve de sacar del bolsillo mis Philip Morris: así quedó definitivamente abandonado uno de mis últimos automatismos de defensa.

Esa prolongada mano de hierro que me paulatinamente me había enseñado a llegar a horario, a vincular la idea de pago al trabajo que yo realizaba y a eliminar poco a poco los tics, actitudes u otras posiciones demostrativas que demoraban la obtención de resultados, había durado casi un año.

Ya no pretendía seducir, tampoco probar, fingir, rivalizar.

Hace falta decir que poco antes me había brindado una lección magistral. Un día, a la hora de la siesta, exasperado por ya no sé cuál de sus silencios —o tal vez por una de sus infrecuentes intervenciones—, le había espetado con rabia:

—¿Acaso usted imagina que yo no soy tan inteligente como usted?

Me miró con una dulzura desarmante, lanzó un suspiro de fin de mundo y murmuró:

—¿Quién le dice lo contrario?

Ya no había adversario, porque me había dejado groggy, fuera de combate.

A partir de ese momento, acepté quedar al desnudo,

no busqué otra cosa que entender. Desgraciadamente, cuanto más avanzaba, menos entendía. Cada paso adelante abría un nuevo territorio de mi inconsciente ante mi conciencia, y no tenía por efecto más que quitarme un poco más de lo que yo creía haber entrevisto la víspera, con lo cual me hacía sentir ásperamente la desoladora extensión de lo que ignoraba.

Imperturbable, Lacan dejaba que esa sensación me atravesara.

Nunca me contradecía cuando yo cometía un error de interpretación: hacía falta que él estuviera seguro de la dirección que imprimía a la terapia y de la intuición de su pensamiento para dejar que me empantanase solo en los recodos en que se perdía el mío...

Jamás soltaba el cabestro, pero no me daba indicación alguna acerca de la multitud de callejones sin salida en que quedaba atascado. Por mis partes, algunas veces creía haber hecho hallazgos. Iba en busca de su aprobación. Él sonreía connivente. Yo salía de su consultorio con la certidumbre de haber aferrado algo. La noche la destruía: no era eso. Por ende, estaba en derecho de interpretar sus silencios ante mis tanteos o la ostensible estridencia de mis sofismas como mentiras de su parte.

De ello obtuve dos enseñanzas.

La primera: tenía que encontrar todo por mí mismo.

No tenía que esperar ayuda alguna de él. Sin embargo, como cada respuesta llevaba a otra pregunta, ¿de qué modo saber, para utilizarla de punto de apoyo y seguir avanzando, si la que tenía entre manos era la respuesta correcta? El tiempo cumplía con su tarea, y

entonces lo descubrí por mis propios medios: cuando yo poseía *la* respuesta correcta, la pregunta —repentinamente vaciada de cualquier sustancia— perdía su razón de ser y se desvanecía por sí sola. Gradualmente, había aparecido bajo luz plena la multitud de sus facetas: ya no más zonas en la sombra. En ese perceptible estadio de certidumbre, en cuyo seno se confundían calma y júbilo, ya ni siquiera tenía que pedir la opinión de Lacan: yo *sabía*.

La segunda era más perturbadora: a veces, la mentira del Otro es necesaria para llegar a la verdad de uno.

IV

Anecdótico

6

No hay goce del goce.

Sé de qué hablo. Estuve ahí. Incluso fui su morador durante mucho tiempo, tanto como para no desconocer que se le contrapone el exceso de una duración. Ese es el punto que los hedonistas toman como meta, contra el que chocan.

De suponer que ellos hubieran salido para vivirlo del discurso que dicta su abolición, parecen ignorar —pues confunden el discurso acerca del goce y el goce de su discurso, y erigen la práctica del placer inmediato en ética de la felicidad— que no puede nombrarse, so pena de escabullírsele a uno; también que indefectiblemente la realidad los habría llevado al callejón sin salida de una antinomia.

Es la famosa historia de los tres sofistas.

Después de cinco horas de discusión, los dos primeros terminan probando al tercero que el espacio no existe.

A su pesar, él se inclina ante sus razones, se pone de pie y sale de la habitación.

Así, tan pronto como intenta modificar la realidad o

negar que ella exista, se marcan los límites de lo simbólico. Postulado como meta a alcanzar, el goce deviene, en consecuencia, una engañifa de lo imaginario: uno cree que se instala en él; él lo deja abandonado.

A eso obedece que quienes tienen "todo" no tengan gran cosa.

Cuando los objetos y las horas pueden multiplicarse hasta el infinito en la opresiva profusión de su abundancia, rostros y paisajes intercambiarse sin reacción alguna dentro de un eterno verano, no son más que evidencia de un vacío en el que nada se inscribe, nada más que otro vacío en esa estación.

Esa oquedad, la huella en negativo de esa ausencia tiene tanto peso como la desdicha, la dulce desdicha del malestar, del *mal de vivre*.

En ella todo se olvida, todo se parece. Nada se crea.

En la memoria no queda grabado más que aquello que la quema: ¿qué?

El instante.

Adolescencia... A medianoche, pasada Nochebuena, me escapé de mi casa —todos dormían— para ir al encuentro de mi mujer, ocho años mayor que yo. Las ruedas de mi bicicleta me llevan por caminos de tierra petrificados por el hielo. Debe hacer unos quince grados bajo cero. El aire helado es tan duro como el filo de una cuchilla. Los cipreses me hacen compañía; pedaleo en el silencioso delirio de las constelaciones que explotan en el negro del cielo puro. Ella me juró que escaparía de la granja a la que unos amigos la invitaron. Dejo mi bicicleta contra un cerco de arbustos. Espero. Vigilo las luces que se filtran a través de

las persianas cerradas. Cada expansión de mis pulmones termina en vapor, lanzado por labios y nariz. Ahí está. La puerta permaneció abierta menos de un segundo, dando una vía de escape al sonido de las canciones y la franja luminosa sobre la que se recorta su figura. Una vez más, silencio y negritud. Ella dio algunos pasos. Me busca. Sigo suavemente. Ella avanza en mi dirección. De pie, estrechamente abrazados, miramos las estrellas hasta que nuestras manos están tan heladas como la noche. La llevo conmigo hasta un granero donde se apilan fardos de paja; algunas brazadas están desparramadas en el suelo. Las dos pequeñas nubes de vapor que se escapan de nuestras bocas apenas unidas ya sólo forman una.

Por entre el espesor de mi ropa ella desliza sus dedos de metal frío sobre mi pecho. Me aventuro a ese mismo gesto, e insinúo los míos sobre su vientre. Aun más abajo, aparto con delicadeza el tenue tejido que protege el sitio en que el cuerpo de una mujer es más suave que el plumón del dorso de un ala de paloma. Miro con incredulidad —los ojos abiertos de par en par— sus ojos, que me contemplan: entumecida por ese sudario de frío, mi mano entró, recién, en un horno.

Veinte años, el Mediterráneo, el sol de agosto. Me zambullí a quince metros de profundidad. El fondo es un lecho amable de suaves algas. Giro, y quedo boca arriba, hacia los destellos de luz cuyas refracciones fugaces estrían, sin llegar a traspasarla, la aplastante masa de profundo azul sombrío que me apresa. Allá lejos, tan alto que nunca conseguiré volver a subir, el cuerpo de la mujer que amo, de un naranja intenso a través de las vibraciones de terciopelo negro, en discor-

dancia con el resto de la paleta: eso lo torna frágil, tan ínfimo como una cáscara de mandarina que flota en la superficie de un halo de plata. Me dejo llevar lentamente hacia la luz. Los colores cambian a cada estremecimiento de mi cuerpo: índigo, violeta, azul ultramar, cobalto, de Prusia, celeste. Subo lentamente hacia ese naranja puro; a su vez, ese color vira, se torna carne de un calor agradable.

Sin aliento, paso del otro lado del espejo y emerjo al sol.

Todavía tengo veinte años. Es pleno mediodía. Sacan a un ahogado del mar. Cubren su cuerpo con una tela. Unos hombres lo pasan a una camilla que cargan en una furgoneta. Se pone en marcha. Atrás, sobresaliendo del sudario que lo oculta, los dos pies azulastros del cadáver se agitan al compás del traqueteo.

Moscú, medianoche, un 31 de diciembre. Salgo del restaurant lleno de barullo y vodka, rodeo el Metropol y llego a la Plaza Roja. Su infinitud está flanqueda por la basílica de Santa Sofía; el oro de sus cúpulas bizantinas resplandece gracias a las parrillas de reflectores. Dirigidas hacia las nubes, iluminan el aleteo de los delgados copos de nieve que se dejan caer desde el cielo cerrado.

Perdidas en la perspectiva sonora de esa inmensidad, algunas sombras arrebujadas se reagrupan alrededor de un acordeonista que apoya su espalda contra la muralla del Kremlin.

Primavera en Irlanda, condado de Wiclow, al oeste de Bray y al norte de Rounwood. Al pie de un circo de montañas, un lago negro. Sobre su margen, recién salido de una leyenda celta, un castillo blanco. Tres de

la mañana. Cené en el castillo. Salgo. Mis amigos vuelven a cerrar la puerta. Nunca habría imaginado que algo pudiera ser tan negro como esa noche, en la cual se encabalgan las estrellas. Subo a mi auto. Y veo. Puntos luminosos danzan ante mis ojos. Se desplazan silenciosamente por el fondo de árboles inmensos nacidos de los misterios de la foresta de Brocelandia. Enciendo los faros. Aparece formando haces una multitud de ciervas y gamas. Vuelvo a bajar. No escapan. Permanezco en su centro, quieto, largo rato. Más tarde, cuando llego al término de la ruta que trepa desde el lago a lo alto de las colinas, detengo el motor, salgo del auto y me apoyo sobre el capot para oír el silencio inaudito de la noche. Una evidencia, soy el único hombre del planeta, el primero, el último.

Cinco instantes, cinco quemaduras. La granja y la bicicleta, el naranja en el mar: Eros.

El ahogado de ese agosto: Tánatos.

Pero, ¿Moscú? ¿El lago negro y las ciervas?

¿A qué remitir la insistencia de su recurrencia?

Ni la vida, ni la muerte, y —con todo— algo que a un tiempo se vincula con ellas, las separa y las enlaza en una idéntica trascendencia: la *intensidad*. *Border-line* en el lugar desde donde se experimenta la vida y se anuncia la muerte, se eclipsa por *demasiado* ser: demasiado, como un sonido perfecto que duraría demasiado tiempo, un color demasiado puro, un amor demasiado violento, una belleza demasiado dolorosa. *Demasiado*.

Aparentemente nada se opondría a que el goce sea eterno, excepto la *demasía* de la intensidad y *la intensidad de esa demasía*, que precisamente dan la señal de su anulación.

Pero para saber que el *demasiado gozar* nos lo quita, para comprender cabalmente en qué punto nuestros cuerpos, nuestro psiquismo y nuestros delirios se ubican por sí solos bajo la divisa del límite, una vez más es preciso haber tenido la posibilidad de hacer la travesía. Y volver de allí: de suponer que cualquiera puede vivir sin esperanzas, ese sería, de todas formas, el antídoto de ese veneno que se da en llamar esperanza.

Ningún riesgo de ese tipo con Lacan. Cuanto más tiempo transcurría, menos gozaba yo. Las proezas realizadas para pagarle llegaban a su fin. Por fuera de lo que le abonaba, algunos días me veía sin dinero para comprar un atado de cigarrillos. Sin embargo, era lo que menos me preocupaba. Si no hubiera tenido ganas de fumar, ni siquiera me habría dado cuenta de que estaba en rojo. En mi escala de valores, tener nunca había ocupado un puesto destacado.

Llegado a ese punto, era peor. Todo cuanto no fuera el análisis me dejaba impávido. Pero estaba Lacan...

Tuve que aceptar bajo distintos seudónimos pequeños trabajos de escritura por encargo tan mediocres que me habría negado a confiar a desconocidos por miedo a rebajarlos, en la época en que tenía el poder de hacer trabajar a otros. Con todo, aunque hubiera sido por sumas enormes, me habría resultado imposible conciliar el trabajo que realizaba con una actividad regular cualquiera. Había entrado en mi propio microclima. En la práctica, ya lo había hecho durante el período de incubación en que, incluso antes de haberse verbalizado, el *deseo de análisis* produjo, sin embargo, sus efectos como síntoma. Mientras duró ese nada firme período de incubación en que las cajas me servían de espejo, algunos amigos atentos, inquietos por mi desaparición y brusco cambio de itinerarios, me habían propuesto un programa diario de una hora en la famosa radio que dirigían. Yo estaba tan entusiasmado que, para su gran sorpresa, me había negado a que mi nombre se dijera al aire. Cada emisión comenzaba con un simple "buenos días" dicho por mí; acto seguido, daba la palabra a los oyentes, que por teléfono hacían preguntas a especialistas en derecho, el cuerpo, el corazón.

El martes era el día de los chicos.

El primer martes, vi llegar a una extraña dama de pelo entrecano; incómodo, noté que su mirada me hurgaba el alma. Sin haberle dicho una palabra, inmediatamente supe que ella había entendido el malentendido de mi presencia en ese estudio.

Ella se llamaba Françoise Dolto.

Cuando abrí la emisión —proferí con voz lúgubre el "buenos días" que cada día debía arrancar a primeras horas de la tarde a mi garganta anudada— la vi observarme con agudeza por detrás de sus lentes de institutriz. Sus ojos eran extraordinarios por la inteligencia, profundidad, sensibilidad.

Unos ojos que lograban arrancar la máscara de uno y volvían inútil cualquier mentira. Sin mayor trámite, ella me obnubiló.

—Hola —decía yo—. ¿quién habla?

—Marc.

Ella se concentraba un segundo antes de cada llamada: inspiración profunda, manos unidas a la altura de las cejas, ojos cerrados. Volvía a abrirlos, lanzaba con una voz cálida:

—Buen día, Marc.

—Buen día, señora.
—¿Cuántos años tenés?
—Siete.
—¿Y por qué me llamaste?
—Es por mi hermano…
—¿Cuántos años tiene?
—Cuatro, señora.
—¿Y qué le pasa?
Ligera vacilación del pequeño.
—Molesta a todo el mundo.
—¿En serio, Marc? Dale, contame.
—No se porta bien con mis papás… Se hace pis en la cama… Llora… Mamá tiene que levantarse a la noche…
—Claro, no es muy cortés. ¿Qué más?
Nueva vacilación…
—Esas cosas que hace… Todas cosas para molestar… Llora…
—Ya me lo dijiste, Marc. Y no es tan grave, ¿o sí? ¿Qué más?
—¡Esta siempre mordiéndose las uñas!
En ese momento, Dolto:
—¡Vamos, Marc, a ver si dejás de *mordisquear* a tu hermano!
Silencio del chico.
—¿Fui clara, Marc?
—Sí, señora.
—Chau, Marc.
—Chau, señora.
Miserable intervención del "animador" —yo—, que de pronto recordó que estaba allí para decir algo.
—Próxima llamada…

Uno de los dos amigos que me había contratado —para mi gran pena, él se suicidaría unos meses más tarde— me confió una noche la fascinación que Dolto ejercía sobre él: "Ella encarna a la vez a todas las mujeres: tu hija, tu mujer, tu vieja, tu amante."

Un día, para hacerse una idea más clara de mi grado de neurosis, quiso dejarme descolocado. La brutalidad del test fue tan inaudita como su intervención con Marc.

Clavó sus ojos en los míos:
—¿Le gusto?
—¿Cómo dijo?—farfullé.
—Le estoy preguntando si le gusto.

La pregunta ya había sido formulada; su interpretación no se prestaba a equívocos. ¿Y con eso? ¿Ella? ¿Adónde quería llegar?

—¿Cómo qué? —dije, para ganar tiempo.

Sin apartar su mirada de la mía, abrió los brazos, en señal de evidencia:
—Como mujer.

Cuando se dirige a nosotros, la mirada sólo adquiere su carga cuando nos sorprende como seres de Deseo. Pero cualquiera sea ese deseo, no consiste en otra cosa más que en la metáfora del deseo originario, vinculado a la evidencia de la culpabilidad del incesto. Ahora bien, tal deseo no se articula a partir de la pulsión, sino que deriva del significante del objeto que designa, el término "madre". Pues antes de ser objeto de deseo, "Madre" es un significante, y sigue siendo un significante: *deseo de un significante*.

Luego supe de la estima y el respeto recíprocos que la ligaban a Lacan. Unos años más tarde, le hablé de

un libro que ella acababa de publicar, *El evangelio ante el psicoanálisis*. Pese a su formación católica —o por causa de ella—, a él no le gustaba que se mezclaran los géneros. Se encogió de hombros: desde su perspectiva, con sólo el tiempo empleado en un texto específico, su oveja se había descarriado. Él desapareció antes que ella. Pero cuando ella murió, sentí lo mismo que con la muerte de Lacan; el mundo sería un poco más pobre, un poco más necio.

Entre tanto, en la Rue de Lille, nada marchaba como antes.

Nuestras relaciones se volvían cada vez más tensas.

Por honestidad intelectual, para que no imaginase que yo podía arrebatarle una porción de su tiempo, le avisaba *antes* de la sesión que no tenía con qué pagarle.

A veces no se mostraba ofendido.

—¿Sí? —decía, como si no le hubiera dicho nada.

Con la frente bañada en sudor, yo cambiaba rápidamente de tema.

Al cabo de varias semanas, cuando ya se habían acumulado sesiones impagas, yo sentía que se acercaba la crisis. Durante los dos primeros años, estalló dos o tres veces, con una violencia que me aterrorizó.

En términos muy duros, Lacan me amenazó con dar fin a la terapia si yo no encontraba el modo de pagar lo que le debía.

Al día siguiente, con la boca pastosa, lleno de la irreprimible tentación de rehuir el drama que iba a provocar, antes que ceder a ella, subía los peldaños gastados con la palidez de un condenado que va al matadero.

—No tengo dinero.

Eso me enfermaba. Aun a años de distancia, hoy sigo sin saber si los arranques de Lacan eran verdaderos o si todo consistía en una cólera actoral con fines terapéuticos.

La primera etapa de mi análisis necesariamente debía pasar por un indispensable *regreso a la realidad*: sin el electroshock de su repetido desenfreno, que me hundían en un estado de pánico, ¿habría podido pasar la prueba?

Entonces supe que en lugar de vivir con esas ganas de vomitar era preferible intentar suprimir sus causas.

Es decir, una vez más, ganar dinero.

¿Pero cómo?

Fuera de lo que ya había practicado —escribir, dibujar o pintar— no sabía hacer gran cosa. Ahora bien, intuitivamente tenía la sensación de que en ese preciso momento de mi trabajo una vuelta a las fuentes a tiempo completo era incompatible con la concentración que requería de mí. Ignoraba que el azar no existe, también que, sin sospecharlo, de momento había salido de circulación para posicionarme mejor; por ello, mucho tiempo había creído que mis actos obedecían a un capricho pasajero.

Eran las ocho de la noche. Era invierno. Bajé de mi oficina con mis diarios bajo el brazo, salí a la calle, allí me esperaba mi chofer, con la puerta del auto abierta. Todo sucedió en una fracción de segundo: me "vi", tal como vi la inexorable trayectoria que iba a ser mi vida. Tenía treinta y cinco años. En treinta más, tendría sesenta y cinco. Con suerte, tal vez otro chofer me iba a esperar, y siempre tendría otro diario por digerir. De pronto, aniquilado por la abrumadora sensa-

ción de asistir al paso del cortejo de mis propias pompas fúnebres, volví a subir a mi despacho, me apoderé del teléfono y llamé a una línea aérea: ¿en qué punto del planeta podía encontrar verano en febrero? En la isla de Guadalupe.

El vuelo salía poco antes de la medianoche. Avisé a mi compañera, para que preparara un bolso de viaje. Ni me preguntó dónde:

—¿Calor o frío?

—Calor —le dije.

Unas horas más tarde, me encontré en pleno centro de un Gauguin.

Un caballo blanco, azul bajo el resplandor del alba que estaba por despuntar, pastaba una hierba de un verde oscuro salpicado de flores rojas a lo largo de una playa bordeada por palmeras y buganvillas.

Supe que había superado una etapa; ya no había vuelta atrás.

Acababa de optar deliberadamente por lo aleatorio.

Pero la realidad es una gran docente. Si mañana la vida va cuesta abajo, si me priva de lo que más quiero, pero todavía tengo ganas de vivirla, aceptaré pagar los costos y, para prolongarla, haré lo que me dicte la necesidad.

Sin que eso atente en lo más mínimo contra mi libertad.

La única libertad auténtica con que cuento no depende más que de mí, que la poseo: dejar la vida si el deseo ya no me acompaña.

Volvía a encontrarme con el Gordo. Con los guantes puestos, peleábamos, debatíamos, arreglábamos y desarreglábamos el mundo. Él había descubierto, brus-

camente, en sí impetuosos apasionamientos de coleccionista. De consultorio médico, poco a poco su departamento se había convertido en un almacén donde se apilaban armas, estampillas, cajas de vino, muebles, cuadros. Fuera del borgoña y el burdeos, su olfato para los objetos y la pintura era desastroso. Como si hubiera llegado a formar su gusto e impregnarse de la totalidad de la historia del arte a partir de la lectura de volúmenes de marchands que mencionaban la poco fiable cotización de algún oscuro enchastrador de estampas. Insistía respecto a lo módico de los precios pagados por sus hallazgos. Yo retrucaba que aun pagado a precio vil en el Mercado de las Pulgas semejantes emplastos no merecían que se pagara por ellos ni un centavo. Se encogía de hombros y, como muestra de desdén, descorchaba una botella de borgoña *pauetougrain*. Un día, organizó un grupo de estudio sobre un texto de Lacan. Formé parte de él. Éramos cuatro: el Gordo, un lingüista, una chica alta de pelo crespo cuya especialidad no se me reveló pero que había preparado los sándwiches, y yo. Fuera del Gordo, que coordinaba la lectura, supongo que éramos todos neófitos, porque no avanzamos más allá de este primer y único pasaje tomado al azar de "La instancia de la letra en el inconsciente": "Con la segunda propiedad del significante de componerse según las leyes de un orden cerrado, se afirma la necesidad del sustrato topológico de la cual el término de cadena significante del que me valgo da una aproximación: anillos en el collar que se sella en el anillo deotro collar hecho de anillos."

—Entonces —dijo tranquilamente el Gordo escru-

tando uno a uno nuestros rostros—, ¿qué quiere decir todo esto?

Pasamos las primeras horas de la tarde a tientas, en busca de aproximarnos a un sentido. De por sí, cada palabra era un mundo que nos reenviaba a un saber desconocido, que marcaba la apertura de una infinidad de otras disciplinas fuera de nuestro alcance, pese a la buena voluntad del Gordo para abrirnos el camino.

Mientras duró mi análisis, veinte veces quiso llevarme a los seminarios de Lacan. Y veinte veces me escabullí, por distintos motivos. Cualquier acto malogrado es un discurso logrado. Yo conocía al Lacan de la Rue de Lille, a quien todos los días a las cinco Gloria llevaba su taza de té y sus dos dátiles. Al Lacan íntimo, hombre de consultorio. Tal vez no tuviera ganas de asistir a ese número de variedades que, indiferentemente, hacía acudir en masa tanto a los snobs como a los que se apasionaban por la historia y la evolución del pensamiento. Mi intuición había tenido que susurrarme que mi condición de paciente me tornaba demasiado vulnerable como para manejarme en dos registros simultáneos de un mismo personaje. A años de distancia, no me arrepiento.

Antes que nada, tenía que deconstruir. Pacientemente.

También empecé a sufrir. Un sufrimiento agudo de lobo solitario. Mis valores claudicaban. Las personas que había frecuentado ya no me interesaban, y otras, bastante pocas, que deseaba conocer, no sentían interés por mí. Ya no lo bastante idiota para saborear la dicha de ser necio, sin haber avanzado lo suficiente para encontrar una entidad sustituta, tenía la cabeza y el corazón rengos, y no tenía otro recurso para paliar mi cojera que mi furor por comprender.

Aunque me hubiesen explicado los motivos, me hubiera negado a admitir que mi sufrimiento formaba parte de ese bloque.

Ahora bien, es un hecho: ninguna superación, ningún avance se realiza sin sufrimiento.

Después de tantos años, sin poder ni querer tomar una distancia intelectual o racionalizar con frialdad lo que me conmocionó en ese momento, o bien para abjurar mejor de lo sufrido, abordarlo desde la irrisión embozado bajo el pudor, ¿por qué no decirlo?

Ninguna creación se le escapa; tampoco una existencia concebida en términos de destino.

"Hay que ubicarse deliberadamente en estado de pesadilla para acercarse al tono verdadero."

Ese "tono verdadero" es la Verdad.

Para alcanzarla, ¿basta pasar, como Céline, por la pesadilla?

En otros términos, ¿el análisis es una creación?

¿Cuál es la prenda en juego? ¿Qué se forja en él?

Precisamente, lo que *se crea en él*: el advenimiento de un sujeto y, nunca dado pero siempre conquistado, el espacio de una libertad interior.

Hoy eso me parece simple.

Pero para aprenderlo todavía me quedaba mucho por sufrir.

7

Dalí estaba de rodillas en su suite del Hotel Mauri-
la primera vez que lo vi; recortaba su nombre en le-
tras enormes sobre una soberbia alfombra persa. Des-
pués nos encontramos tan seguido que podría escribir
un libro completo acerca de las puestas en escena que
me destinaba cada vez que esperaba visita mía.

Ese día estábamos en su casa de Cadaquès.

Como de costumbre, me preguntó si le había lle-
vado algún regalo. Del regalo, pasamos a los presentes
en general y, desde luego, al primer regalo que hace un
niño a su madre: sus excrementos. Vale decir que en ese
momento ya nos habíamos ido a la mierda. Estábamos
sentados en el pequeño patio a cielo abierto. Gala es-
taba a mi derecha; Dalí a la derecha de Gala.

Durante nuestras entrevistas, me jugaba el honor en
no ceder le terreno, y siempre ir a más, subir la apuesta
de lo absurdo. A fuerza de verdad, transcribo nuestro
diálogo en plena crudeza de su coprolalia.

—Tengo un amigo —dice Dalí—, un pintor de
Ibiza, que tiene la intención de exponer sus propias
mierdas en una galería.

—Buena idea.

—Además, me prometió mandarme una muestra gratis.

—¿Fresca o seca?

—Una de cada.

—¿Tiene usted intención de exponer las suyas?

—Pienso en ello. El Louvre es digno de la mierda de Dalí.

Gala empezaba a agitarse. Ninguno de nosotros lo tomó en cuenta e, imperturbables, continuamos en el mismo tono tranquilo la alabanza de los refinamientos de la coprofilia, la coprofagia y la cuestión excremencial como el absoluto de una ética. Con mesura, Dalí me recordó que era autor de un libelo acerca de los pedos diptongos como suplemento al *Arte de peer* (otrosí *Manual del artillero taimado*) por el Conde de la Trompette. Admití haberlo leído, pero le recalqué la precedencia del gran *Hipias*, en que Platón, a fuer de la boca de Sócrates que pegotea al joven Hipias en las trampas de la mayéutica, llega a hacerle decir, en el transcurso del diálogo que sostienen acerca de lo Bello, que la cosa más bella del mundo es una mierda.

Dalí convino fervorosamente y añadió con aire soñador:

—En lugar de baños de barro, querría tomar baños de mierda.

—Imagine usted los torneos de clavadistas en una piscina olímpica llena de mierda.

Ya era demasiado.

—Usted es un desagradable —protestó Gala.

A medias cachetada, a medias caricia, proyectó al dorso de su mano hacia mi cara. Yo había visto lle-

[illegible] el golpe, lo bloqueé por reflejo y la tomé al vuelo de la muñeca. Ella volvió a llevarla a sus labios y, [illegible] mismo movimiento, bajó mi mano, que aferraba la de ella.

Al día siguiente estaba de regreso en París.

Le conté a Lacan que, queriendo golpearme, Gala había cambiado de parecer mientras realizaba ese gesto y me había besado la punta de los dedos. La historia de la mierda y del beso lo fascinó tanto que me la hizo contar de cabo a rabo en sus mínimos detalles. Él sabía que él había frecuentado al grupo surrealista, también que Dalí era amigo suyo. Ya me había impresionado la analogía entre el léxico pictórico y anal. En el cuando desparrama sus colores sobre la tela, el gesto del pintor no es más que la supervivencia del gesto del *infans* que se embadurna sin asco con sus excrementos.

El lenguaje técnico de la pintura implica idéntico paralelo con las heces: se habla de "materia", de *croûte* ("costra"; "falsificación"), de "mierda", de "fluidez", de colores que son un "pedorreo": el pintor, con o sin talento, ¿acaso no es aquel que por la senda de la sacralización de un arte socialmente reconocido hace un movimiento compensatorio de la prohibición que en otro tiempo rigió para él de jugar con su mierda?

Otros problemas de estética me agitaban. La primera vez que hice alusión a ellos, vino a mis labios el nombre de Da Vinci. Lacan dudó un instante, hizo su mueca y largó:

—La única certeza que nos queda es que no era pintor.

Todavía me hacían falta algunos días para dar vuel-

tas a la frase en todos los sentidos para tomar de ella lo que se me escapaba. En ese caso específico, me vi forzado a hacer tábula rasa de los automatismos de mi "cultura", y luego restituir a Leonardo en la dimensión que Freud le había adjudicado en *Un recuerdo de infancia*, esto es, trasladar la obra pintada a la globalidad de una ontogénesis: ¿De donde provenía el enigma de la creación, su "porqué"?

Picasso decía: "Yo no busco, encuentro": el aforismo marcaba con gran exactitud la frontera entre "genio" y "talento". Al igual que sucede con "necesidad" y "deseo", ese abismo los separa. El primero es limitado; el segundo no conoce límite.

En efecto, el genio dispone de un saber que se ignora.

Captador de ondas , se halla en conexión directa con la *inspiración* —etimológicamente, aquello que es *insuflado*, pero, ¿por quién?, ¿por qué cosa?— por ende capaz de lo mejor tanto como de lo peor, según aquella lo asista o se ausente, cada día es enfrentado a los imponderables del accidente, esto es, a cuanto *llega a él*: es *hablado por su lenguaje*.

Por el contrario, el talento la domina.

Puede reproducir eso que acaba de crear. El *accidente* permanece excluido. Dentro de los límites del saber o de la pericia de quien lo tiene en su poder —pintor, autor o músico— siempre estará bien pintado, bien escrito, bien compuesto: siempre *bien*.

Pero limitado, por estar desprovisto de sorpresa: nunca *mejor*.

¿A quién le preocupa?

En el grado de emoción provocado por una obra se

mensura su intensidad: aunque estuviese mal pintada, mal escrita o mal compuesta, su vibración impone el *diálogo* a quien se adentra en ella. Recuerdo una exposición en el Grand Palais. Gigantes —Van Gogh, Gauguin, Toulouse-Lautrec, Picasso, Renoir— se espiaban en la misma sala. Como se sabe, los gigantes son antropófagos; se matan, se anulan, se devoran unos a los otros. Por ejemplo, no suele pasar que otras telas "se la banquen" colgadas ante un Cézanne. Y allí estaba él, también, en uno de sus más magníficos logros, *El joven del chaleco rojo*. Con todo, quien capturó mi mirada no fue él, sino, en un rincón, en trance de fagocitar a los demás grandes matarifes, pares y rivales suyos, una tela de formato minúsculo que se imponía sobre las otras.

Representaba, en apenas veinticinco centímetros de alto y dieciocho de largo, a una mujer que cosía a la luz de una vela. Una auténtica superficie de oro líquido. Firmada por Bonnard. En el libro olvidado de un autor que injustamente va en camino de serlo, *Mémoires d'une autre vie*, Francis Carco cuenta que durante la década del veinte, por las noches lo despertaba el frío en su miserable cuarto del Quai aux Fleurs.

Entonces él encendía una vela. Del piso al cielorraso las paredes estaban tapizadas por suntuosos desnudos pintados por uno de sus compañeros dado a la botella, glorioso fracasado anónimo, Amedeo Modigliani.

Bajo la agradable calidez de esas carnes sensuales, Carco se volvía a dormir.

De esa anécdota uno puede derivar la conclusión de que, conocido o desconocido, es imposible equivocarse respecto de la índole de la obra maestra: la obra maestra es aquello que *irradia energía*.

Cuando se combinan, en la característica ausencia completa de límites, técnica, inspiración, virtuosismo y profundidad, el milagro se llama *El hombre del casco de oro*: muy probablemente, una de las más prodigiosas cargas emocionales de la historia de la pintura.

¿Pero cómo analizar ese toque —y por qué, y en qué lugar de nuestra sensibilidad— en el *Personaje asomado a una ventana* de Dalí, a cuyo respecto lo menos que puede decirse es que como dibujo es una verdadera cagada, muestra de torpeza, *mal pintado*?

¿En qué nos conmueve esa silueta vista de espaldas, rabona, densa?

En eso reside, si no la clave, el propio enigma de la creación.

Su potencia comunicativa no se sitúa en el ámbito de una pericia, tampoco en el de la representación de una temática, o la temática de la representación: por ello, injusticia suprema, insolencia del don, pocas de las cosas que uno cree destinadas a ser aprehendidas valen la pena de ser sabidas.

Para describir el flujo impetuoso de ese intercambio, yo utilizaba el término "vibraciones". Obstinadamente, Lacan sacudía la cabeza en señal de negación, y retrucaba con suavidad y firmeza que no hay metalenguaje; de por sí, no bien un sujeto hablante se dispone a comentarla o a describir el estado de sensación que produce, la pintura, que sin embargo no parece parece consentir ser puesta en palabras, sólo es un efecto de lenguaje.

Quien pinta se expresa. La expresión de esa expresión necesariamente pasa, en primer término, por el verbo —amo, odio, quiero morir, quiero matar, es bello, la deseo, quiero destruir—; pero se codifica en colores, líneas, formas: mensaje enviado.

Al término de la cadena, el destinatario espectador hace la operación inversa: decodifica. Para volver a caer en el sentido, tal como uno vuelve a caer sobre sus pies, traduce con sus propias palabras lo que al principio no era más que las palabras del otro convertidas en colores, volúmenes, etc.: Mensaje recibido.

Una idea que me llevó mucho tiempo tragar.

Me resistía. Me obstinaba. Con firmeza, Lacan me llevaba la contra, munido de una lógica implacable. Fatalidad del sujeto de habla: todo llevaba al hombre y todos los hombres llevaban al habla, sin lo cual no existirían lo imaginario ni lo simbólico, ni la realidad que se deduce de ella. Isla desierta. ¿Hombre? Humo: no hay humo sin fuego. Fuego, hombre, Hombre, lenguaje.

Algunos años atrás, había armado un álbum de dibujos humorísticos cuyo tema central, aderezado con muchas otros condimentos, era el falo. No tenía más que un ejemplar, el original. Se lo mostré.

Mientras él lo contemplaba en detalle, yo espiaba la recompensa por mi trabajo, que era notoria en su rostro: una sonrisa constante. Después de elogiarme vivamente, me rogó que se los dejara unos días.

Tres semanas más tarde, al ver que ya no los mencionaba, quise recuperarlos. Me repitió hasta qué punto los apreciaba y me pidió con inflexiones golosas en una frase llena de circunloquios encantadores, si por casualidad —él lo apreciaría tanto— no aceptaría regalárselos. Con el mejor ánimo le hubiera dado mi sangre. No mis dibujos. Me habían demandado demasia-

do trabajo; era demasiado avaro al respecto. Me negué. Le pidió a Gloria que sacara fotocopias.

Fue la única vez que le dije no.

Ninguna relación con lo anterior: una tarde, me dejó alarmado. Estábamos a día viernes. Yo era el último paciente. Entonces, él estaba por cerrar el boliche.

—Hasta el lunes —le dije.

En el momento en que abría la puerta, después de haber estrechado su mano, me retuvo un momento.

—Le voy a dejar el número de teléfono donde me puede encontrar durante el fin de semana en caso de necesidad.

Tanta solicitud me puso sobre alerta.

—¿En caso de necesidad? —balbucí.

—Sí. Si usted necesitase llamarme.

Ya había escrito un número, que deslizó en mi mano.

Me encontré otra vez en la calle. Por algún motivo que olvidé, no había llevado mi auto. Tampoco tenía impermeable. Llovía. Sin preocuparme por eso, tomé por la derecha y subí por la Rue des Saints-Pères. Unos amigos me esperaban para cenar. Vivían en París-XIV: Avenue du Président-René-Coty. Llegado al Boulevard Sain-Germain, tenía la ropa empapada. Con la cabeza en otra parte, chapoteaba en los charcos, mientras rumiaba con angustia su "en caso de necesidad".

Él lo sabía: yo me iba a desmoronar.

De no haber estado yo en situación de riesgo, ¿por qué me habría incluido en la categoría de sus urgencias? Por más que me sentía tan mal como de costumbre —pero ni más ni menos— deduje que a partir de alguna palabra mía, a menos que fuera por alguna señal secreta lanzada por mi rostro a su sagacidad, había tenido que notar la inminencia de mi derrumbe.

Las sesiones anteriores habían sido muy duras.

Yo no contaba con dinero; y a ese desaliento se sumaba la magnitud de mi deuda, que me privaba de cualquier recurso inventivo para procurármelo. A la altura de Lutétia, dejé la Rue de Sèvres para dirigirme a la derecha: Boulevard Raspail. Al pensar de nuevo en eso, noto que ni siquiera intenté parar un taxi (¿no tenía con qué pagarlo, tal vez?).

Me sorprendí en el trance de apartar enérgicamente mi mirada de una vidirera que me había devuelto mi reflejo.

Para lo que viene a continuación, ese reflejo tiene su importancia: de modo preliminar, me exige especificar que nunca me gustó mirarme, tampoco ser visto.

Desgraciadamente, yo estaba un poco demasiado a la vista para mi gusto. De allí el malentendido entre la *imagen* que proyectaba y mi rechazo obstinado por esos *signos exteriores*, con los que no podía identificarme, precisamente porque había quien me los atribuía como una *ventaja*.

¿Qué ventaja?

En mi interior, yo vivía demasiado mal conmigo mismo para prolongar por más tiempo esa fractura entre lo que era y lo que daba la impresión de ser: no me reconocía en la mirada del Otro y, por lo demás, no existía para mi propia mirada, por ende, *¿dónde*, y cómo, podía verme bien?

La violencia de mis reacciones respecto a cualquier cumplido relacionado con la *apariencia* me echó la culpa detrás de la oreja: ¿Por qué ese acceso de ira he-

lada? ¿En qué me sentía tocado? ¿Dónde se ocultaba el insulto?

Me hicieron falta años para que por azar viera develadas las primicias de una explicación.

Un día, sacando de un cajón un recorte viejo de diario, mi madre quiso hacer que admirara una *imagen* cuya visión me causó revulsión. Aparecía mi nombre, seguido por el comentario "pequeño prodigio". *Representaba* a un espantoso purrete en traje de marinero que, ufano, recorría el escenario con suficiencia: *yo*.

Debía tener unos cinco años. Parece que yo cantaba; en cualquiera de los casos, estaba escrito. Negro sobre blanco.

—Como sabrás… —me dijo.

Con un estremecimiento de horror, la oí canturrear el tema que ella deseaba volver a fijar en mi memoria:

No quiso papá
Tampoco mamá
Qué les va a gustar
Mi idea, qué va; y no se hable más.

Tomó mi silencio consternado por cierto desprecio de mi parte, por eso atacó lo que debía ser la segunda gran pieza de mi repertorio:

Si me permite, ya saco mis herramientas
Sí, pero haga rápido que dijeron…

No se me ahorró detalle alguno: ella tentó incluso las primeras notas del *Chapeau de Zozo*:

Ustedes vieron
El sombrero nuevo
De Zozo
Es un sombrero
Un sombrero encantador…

Una noche, en un crucero por las islas griegas, vi a unos integrantes de la tripulación tirar nuestra basura al mar, mientras gruñían para darse ánimos en la tarea: *Katharsis… Katharsis…*

Esa vez, caí en la cuenta: recibí en la cara, como el contenido de un tacho de basura, el impacto de mis triunfos pasados.

Todo lo que un capocómico podía sentir como profesional: ser el centro de las miradas, de la atención y de los focos; hacer reír o estremecerse a un auditorio completo para que lo aplaudan —él, el actor—, por mi parte, pese a mi repulsión por concebirlo, tenía que admitir haberlo vivido en carne propia a la edad temprana en que todo se graba como sobre cera blanda: ¿por qué había olvidado eso que había de marcarme? ¿Cómo era que se había quitado su corona a ese reyezucho patético con pompón de marinero; quién lo había derribado de su trono? ¿Qué herida narcisista había podido ocultar esos recuerdos tan fuertemente adobados hasta dejarlos *forcluidos*?

Plantear la pregunta era contestarla: *un accidente*.

Quizá mi arrogancia y la sensación de omnipotencia provocados por ese irresistible alcohol para la psiquis de un niño de cinco años —estar en pie de igualdad con los adultos, rivalizar con ellos— me habían empujado a una *imprudencia* pasible de hacerme apartar de entre bastidores o del círculo encantado de la escena, cuan-

do todavía no se levantó el telón y se preparan para hacer su entrada quienes van a morir de placer o de pánico en ella. No sé. Cuando de pronto se devela todo lo que se articula en torno a un rechazo, poco importa identificar el *nucleus* que causó sus síntomas.

Pero en ese momento caminaba bajo la lluvia en dirección a Denfert-Rochereau, y todavía no lo sabía. El conflicto de identificación imaginaria con mi *imagen* no había terminado.

Eran las ocho de la noche. Poco antes de atravesar el Boulevard Montparnasse, me llamó la atención una cortina que cerraba la abertura de una especie de nicho, a mi derecha; de allí salían, a la altura de mis pies, destellos de neón.

Corrí la cortina y me encontré ante un taburete negro fijado al piso ante una cámara automática para fotos carnet. Me di cuenta de que había llegado el momento —ahora o nunca— de *mirarme*. La lluvia se hacía cada vez más intensa. A no ser algunos vehículos que levantaban fardos de agua. La avenida estaba desierta. Ningún peatón. Entré en la cabina, volví a cerrar la cortina detrás de mí, mi instalé sobre el taburete y junté lo que me quedaba de coraje para imponerme la terrible prueba de mostrar mi cara de ahogado al aparato.

Tal cual.

Tal como iba a tener que enfrentarla, acaso por primera vez, con mis propios ojos, no percibido por la mirada del Otro.

Unos segundos más tarde, la máquina soltaba las copias.

Me forcé a mirarlas bien a la cara.

Así que ese joven, desconocido, de rostro pálido, empapado de lluvia, con mechones negros pegados en la frente, cuya mirada dejaba trasuntar una posible huida era yo.

Exacto: era yo.

¡La mierda!

8

No es mucho lo que uno elige.

Ni el momento en que nace, ni el nombre que lleva, ni el color de sus ojos, ni aquellos que más tarde nos lastimarán por haberlos amado. Salidos de un deseo que en todo momento seguirá resultándonos extraño, marcados al rojo vivo por el lenguaje y el lugar que incluso antes de que se nos concibiera nos había sido devuelto como nuestro por los otros, clamamos, con los ojos vendados, libertad y morimos a ciegas.

No así el Gordo: él se negaba.

Una frase hecha de pesar y desafío solía salir de sus labios: "Ya me robaron mi nacimiento, no me van a robar mi muerte."

—Vamos, parila... —era mi respuesta irónica.

—Quiero vivir mi muerte.

Más adelante diré como se las arregló para que se cumpliera su deseo.

Con el paso de los días, de a fragmentos discontinuos, yo iba sabiendo algo más de su vida. Llamativa amalgama de imposibles, lo conformaban rencor, idealismo, pragmatismo y esperanza. Sólo podía llegar a ser

realista cuando salía de la realidad. Si bien era fiel, leal, generoso con las personas, de pronto dejaba de sentir interés, era capaz de obrar a espaldas de uno, se lamentaba amargamente del tratamiento que le habían infligido los docentes durante su infancia, soñaba con partir rumbo a una isla con un baúl repleto de libros, discutía acerca del precio de una botella de vino, acudía en ayuda de uno si lo sentía en riesgo, se entusiasmaba en brusco fulgurar por una desconocida con la que se había cruzado el día anterior en un tren, desconfiaba de todo el mundo, echaba maldiciones a su padre por no haberle otorgado sustento moral o financiero alguno y deploraba que nadie lo "hubiera ayudado" a lo largo de su vida.

Su padre era carnicero.

Cuando el Gordo llegó a los catorce años, él quiso hacerle abandonar los estudios para que a su lado se iniciara en la anatomía del buey, la naturaleza del espinazo y las minucias del matarife. Pese a él, pero sobre todo en contra de él, el Gordo se había formado en medicina, pasado dos años de residencia en Psiquiatría y después optó por el análisis.

A él le debía haber conocido a Lacan.

Para que él no imaginara que yo creaba un misterio al respecto, a veces le hablaba de mis sesiones con la misma libertad que si le hiciera comentarios de box. Los primeros meses él llevaba la conversación a otros temas, o bien oponía un silencio neutro.

Pero poco a poco pudo más su curiosidad.

Él escuchaba.

En un tercer momento, dejó de lado su reserva y me instó a hablar, se apasionó, hizo comentarios. Pronto

llegué a contarle —y, según el azar de nuestros encuentros, a veces incluso antes de confiárselos a Lacan— tanto mis sueños y la respectiva interpretación como la relación de los detalles que ellos hacían surgir. Era fatal que llegara esa situación turbia en que, sujeto inconsciente de una doble transferencia simultánea, me encontré munido de dos analistas, en lugar de uno solo: en el entramado del discurso había *pérdida*.

Durante mucho tiempo Lacan se abstuvo de hacer el menor comentario cada vez que le relataba con una ingenuidad desarmante las apreciaciones del Gordo respecto a su trabajo.

Hasta el día en que se vio forzado a intervenir.

A su modo, sin prohibirme formalmente lo que fuera, sino con la sugerencia de que "sería mejor si...".

El diván —en lo que a mí concierne, hay que tomar *diván* como metáfora, ya que durante mi análisis las sesiones siempre se desarrollaron *cara a cara*, nunca me tendí sobre uno— es la mejor cámara de resonancia, por el sencillo motivo de que allí nada se oculta.

Un día, a primeras horas de la tarde, vi entrar a la sala de espera a una chica cuyo porte desentonaba tanto con ese contexto que la creí surgida de otro planeta —¿promotora de alguna compañía, vendedora, pequisera?—, alguien que había confundido el estudio de Lacan con una sedería. De una belleza exagerada, digna de muñeca perfecta, con un vestuario rebuscado y más maquillaje que una puta, ella irradiaba un aura de magnetismo sexual que acentuaba, en un lugar donde las miradas se rehuían, la extrema libertad de sus ojos. Ellos se paseaban osadamente por esos rostros sumidos en la reflexión y por esas miradas gachas

que no la veían. Me sonrió. La esperé en la vereda. Por la noche, la llevé a escuchar música. Para mi sorpresa, ella no estaba en el rubro de la cosmética: preparaba una agregación en la Sorbona y acababa de empezar a analizarse. Con Lacan, justamente. Impaciente, con el dorso de la mano barrió las preguntas que nacían de mis labios para hacerme partícipe de algo que la tenía en ebullición, indignada: algunas horas atrás, unas prostitutas de la Rue Saint-Denis, despreciando el dinero que les ofrecía, ¡se habían negado, unas tras otras, a *coger* con ella! Para asegurarme de haber entendido bien, se lo hice repetir: ella lo repitió. Le afirmé gravemente que en la época de las casas de tolerancia ninguna de las pupilas se hubiera arriesgado a hacerle sufrir tal afrenta.

La falsa espontaneidad de mi apoyo moral creó una inmediata connivencia entre nosotros.

Olvidé su nombre, no así su perfume.

Algún tiempo más tarde, con la mayor naturalidad del mundo le conté a Lacan la historia de esa única noche.

Cuando yo estaba por salir del consultorio, me retuvo un instante y masculló en un suspiro:

—Oiga, usted no viene acá en plan de...

"Levante" no formaba parte de su léxico.

Ya no recuerdo el equivalente que utilizó.

¿O tal vez siguió siendo evasivo, como hacía a veces, dejando a sus oyentes la tarea de completar sus frases?

Más tarde tuve frecuentemente oportunidad de cruzarme en la Rue de Lille con la heroína frustrada de la Rue Saint-Denis, después que el último paciente saliera de su consultorio: ella iba a encontrarse con Lacan. Como se supondrá, para mí su vida privada era un tabú absoluto. Aunque me la hubieran querido revelar me habría negado a escuchar. Por casualidad, había leído en ese tipo de publicaciones —de las que Jeanson decía que uno las "recorría con un trasero distraído"— un suelto que valía su peso en bajeza y bilis: Lacan, manejando en estado de ebriedad, había chocado su auto contra cinco vehículos estacionados.

Era tan grotesco que no pude evitar reírme de ello en su presencia.

—Son verdaderamente endebles —le dije—. Suponga que, como periodista, yo quisiera echar abajo su imagen. ¿Sabe cómo me las arreglaría?

Quedó inmóvil, con las cejas arqueadas.

Me dediqué entonces a enumerarle un muestrario de parricidios perfectos. Apenas había llegado al final del primero, y el explotó:

—¿Entonces también usted está en mi contra? Ya estoy oyendo el veredicto del vivillo de turno: paranoico.

A lo que respondo: herida.

No de amor propio. Estrictamente, de amor. Él daba todo. Él quería recibir. ¿Por qué no se le iba a dar algo a cambio? ¿Y si —más allá del que, llevado por el cauce de su función, le aseguraba que no estaba loco— ese famoso *deseo del analista*, Lacan incluido, no fuera otro que el de ser amado?

Y en esas condiciones, ¿cómo no amarlo a él?

El salía de su cabecera de puente. Mostraba sus lastimaduras.

Atenazado por una violencia interior, *se exponía*.

Por mi parte, hubiera querido protegerlo.

Físicamente.

Junto a él, yo sentía punzar en mí el síndrome del custodio personal. Que intentaran levantarle la mano... Lo sentía frágil. Lo dejaba a la entrada de un restaurant. Le destinaba la mirada de una madre: ¿y si se caía, si un auto se lo llevaba por delante, si lo hacían tropezar? Sentirlo con tan pocos recursos para andar por la calle lo tornaba para mí en un ser aun más preciado.

En otra oportunidad, lo habían llevado a Vincennes, donde le tenían preparada una emboscada. Los estudiantes prácticamente lo habían derribado del estrado.

Al día siguiente, le hice un breve comentario:

—Si usted sabía que era inexorable, ¿para qué fue?

Elevó la mirada al cielo, como quien está sobrepasado.

En la época de nuestros primeros encuentros, solía suceder que la redacción de algunos artículos, en Alemania u otros sitios, me diera una breve bocanada de aire. Una tarde, tan escaso de dinero como de ideas, propuse a un mensuario francés una entrevista en exclusiva de Claude Lévi-Strauss: aceptaron. Ya sólo me quedaba hacerla. En ese momento comprendí todo lo difícil que sería.

Para empezar, el nombre de la revista. Peor aun, su contenido. ¿cómo hacer tragar al autor de *Las estructuras elementales del parentesco* que sus dichos se volcarían en papel ilustración entre una plétora de senos, pilosidades femeninas y un delirio de muslos abiertos? Hasta entonces, no había leído de él más que *Tristes trópicos*.

Me había maravillado su rigor, su inventiva, el dominio, lo despojado y la precisión de su estilo. Pero, por cierto, se trataba de su obra... Además de que su nombre sirviera de aval a tamaña densidad de culos pródigos, mis patrones no esperaban de mí más que los detalles de su vida de todos los días: ¿Tenía hijos, cuánto dinero ganaba, con qué desayunaba, cuál era su más persistente recuerdo erótico? Y demás minucias.

Las reconvenciones de Lacan me agobiaban; ese laburito me iba a permitir pagar veinte sesiones y, por más que el regusto agrio del remordimiento y la traición ya me llegaba a los labios, no tenía alternativa; *tenía* que llevarlo a cabo. No sé qué rumor me había informado que Lacan y Lévi-Strauss eran muy cercanos. Después de todo, sólo me movía el deseo de pagarle. ¿Por qué no hacerlo intervenir para que me consiguiera una cita? Nunca lo había visto hacer oídos sordos a un pedido de ayuda *externa*. Aceptó: un simple llamado telefónico, y asunto resuelto.

Creo recordar que Lévi-Strauss vivía en Rue des Mathurins, justo frente a famosa una casa de citas. Me recibió con una cortesía perfecta. Sin poder hacer que de entrada me precisara la eventualidad de sus fantasías sexuales, durante un cuarto de hora tuve que aplicarme para dorar la píldora. Sus viajes, su *cursus honorum* universitario, sus proyectos.

Ayudado por una extensa frecuentación de gente importante, yo era magnífico en ese tipo de ejercicio de escucha y acicate. Hasta allí, todo iba bien. Tan sólo se mostró algo sorprendido cuando incidentalmente rocé el tema de su familia. Sin contestar mi pregunta, salió por la tangente de los indios de Serra

Bodoquena. Fascinado por la limpidez de su mecánica intelectual, su humor acerado, sus síntesis fulminantes, habría podido permanecer horas enteras bajo su encantamiento.

Por desgracia —y yo no dejaba de lamentarlo— no había ido para que se me revelara las similitudes, pese a las distancias geográficas, entre las formas de organización social entre los mbaya, los bororos del Mato Grosso o los guana del Paraguay; sino si él, Lévi-Strauss, prefería los huevos al plato o pasados por agua, el color de su ropa, el nombre de su sastre.

Por otra parte, yo estaba convencido —vaya uno a saber por qué— de que él *también* era analista. Entonces intenté un excurso por esa zona.

Abrió con estupor sus ojos y me espetó secamente:

—Si fuera analista, ganaría mucho más dinero.

Inmediatamente comprendí que ese palo era para cierto gallinero y creí percibir en su rostro —pero ese "creo" sólo es un eufemismo— la sombra de una amargura: Lacan exhibía una admiración sin reticencias por Lévi-Strauss, Lévi-Strauss no podía ocultar su irritación por Lacan.

Pronto sentí un cambio de clima, una suerte de *reserva* hacia mí. En cuanto había sido presentado personalmente por Lacan, a su criterio era imposible que yo fuera ese ajeno (a su *saber*) que empezaba a presentir. Sin embargo, él tuvo la confirmación un rato más tarde cuando, cambiando de tema, encaró un problema de lingüística sincrónica. Yo conocía los términos pero no tenía más que una idea muy poco sólida de lo que había por debajo de ellos.

Para compensar esa laguna, le hice una pregunta

que con sólo ser enunciada le dejó en claro mi desastrosa ignorancia, mientras sólo hubiera tenido que dejarlo hablar.

Esa vez, estaba jodido. Con desdén, me midió fríamente con la mirada:

—Oiga —me dijo—. Para que haya diálogo, también hace falta un mínimo de conocimientos compartidos.

Yo estaba tan convencido como él.

—Es un malentendido —respondí, con voz calma—. Yo había venido para que usted me hablara de sí, de la gente que quiere, de la persona que es.

—En efecto —dijo—, es un malentendido.

Independientemente del nivel de las preguntas que yo hubiera podido hacerle, ¿seguía existiendo en todo momento, detrás de la austera fachada del investigador magistral, un ser humano que otrora había recibido el nombre de Claude, o había sido engullido en la implacable elaboración del monumento Lévi-Strauss?

Nos pusimos de pie como un solo hombre.

—Le ruego que me disculpe. Le agradezco que me haya recibido. Adiós, señor.

—Adiós, señor.

Al día siguiente, sin cambiar una palabra, hice el informe a Lacan de mi lamentable desempeño. De pasada, indudablemente con capacidad para discernir mejor que nadie el dejo de despecho que revelaba, recibió sin chistar la piedra lanzada por Lévi-Strauss respecto de su fortuna. La mía estaba desde hacía tanto en rojo que, presionado por mis acreedores, llegué a admitir la evidencia a la que durante mucho tiempo me había resistido en nombre de una evanescente ética de

la creación: no hay un mínimo de libertad sin un mínimo de independencia financiera.

Verdad que me había ocultado, en la época en que yo pintaba, una testarudez siniestra en la miseria considerada único fermento de la génesis de las obras maestras. Por haber leído toda su correspondencia, sabía, sin embargo, que en la mayor parte de los genios aquélla se resumía en un clamor de dos palabras: "Manden dinero."

Miguel Ángel, a Julio II: "Tengo sesenta años, estoy trepado a sesenta metros de altura, los ojos llenos de polvo; el mármol todavía no llega; mande dinero." Vincent a Theo: "Ya ni tengo con qué comprar un tubo de blanco, sólo como tres veces por semana; te ruego: mandame dinero." Gauguin a Schuffenecker: "Mi pierna se está pudriendo, no tengo un centavo para conseguir colores; mandame dinero." Modigliani a Zborowsky, idéntica, aniquiladora desolación: "¡Dinero!" A su sola mención, esa palabra me provocaba sudor frío: me iba a hacer falta una cantidad enorme para salir del pozo.

¿De dónde sacarlo?

La respuesta me cayó del cielo. Acababan de editarse dos libros: *Papillon* y *El Padrino*, cuyas fabulosas tiradas en todo el mundo causaban sensación. En Francia, la designación era nueva (o casi nueva), dos "best-sellers": ¿cómo no se me había ocurrido antes? Exactamente lo que necesitaba para salir de ese trance.

Ingenuamente, en ese preciso momento decidí escribir el tercero.

¿Por qué no habría de hacerlo yo?

Nunca relegar el delirio: forma parte de la creación.

Es su elemento más movilizador. Por más que uno evite ser engañado por él o bien lo controle, ocupará —en esos días hueros de gran vacío— el lugar de la voluntad languideciente, de la valentía mustia, de la duda paralizante. Después de leer *Papillon*, me *maravillaban* los vaivenes de la crítica, conforme progresaban sus cifras de venta. Remontándose a Gregorio de Tours para justificar el ditirambo, sus turiferarios —Mauriac incluido— habían saludado su advenimiento como el de una "obra maestra de literatura oral". Doscientos mil ejemplares... Quinientos, ochocientos mil... Un millón... Tan pronto como ascendían las tiradas, el entusiasmo inicial de los portadores de laureles decrecía, en proporción inversa, para mutar en iniciativa de demolición: eso no estaba tan bien; habían leído mal, se habían equivocado; "se" los había inducido al error...

Detrás de ese encarnizamiento por destruir, yo adivinaba en la violencia de la represión que había hecho nacer, no sólo que cualquier éxito traía aparejado el *escándalo*, sino también, a propósito de la obra, que no bien obtiene el favor del público, la parte de narcisismo que entra en el deseo de apartarse de aquel al negar la dicha singular que la lectura nos había brindado.

Figuraba en la sobrecubierta: *Papillon* y *El Padrino* habían sido publicados por Robert Laffont. Inútil ir a buscar más lejos, antes siquiera de haber escrito una sola línea —¿acerca de qué historia?— ya había encontrado a mi editor. Le pedí una entrevista, aterricé en la editorial y me despaché con lo que él oye diez veces por día desde hace cerca de medio siglo.

—Tengo una idea para un libro.

Le pasé el resumen de mi proyecto, redactado en tres hojas.

Después de recorrerlos con atención con la vista, alzó la cabeza y escrutó mi rostro pensativamente.

—A usted lo conozco como periodista.

Ya contaba con mi afecto por la suspensión de esa frase.

Yo sabía muy bien lo que inevitablemente iba a seguir, pero apreciaba que no le fuera fácil decírmelo. Finalmente, se decidió.

—¿Qué me prueba que usted es capaz de escribir esa novela?

También me gustaba la luz de ese despacho —acaso ya hubiera estado en él en otra vida—una luz de atélier con camafeos de gris, azul, blanco, relieves de colores vivos rampantes, a sus espaldas, iban al asalto de esa pared y, en las ventanas que daban a la calma de un patio, otros camafeos grises, azules, blancos, los del cielo de la ciudad por donde las nubes jugaban carreras.

Momento clave…

—Nada —dije.

¿Para qué faltar a la verdad?

—Me va a resultar difícil comprometerme con tan poco…

Yo lo entendía perfectamente; ¿pero qué más decir?

—Tengo ganas de intentarlo. Creo que puedo lograrlo.

Se agitó levemente.

—¿Tendría algo que pueda hacerme leer?

—No. Si me pongo a trabajar, será por haber tenido su aprobación.

Cambió bruscamente de tema.

—¿Qué desearía usted para comenzar?

Yo cargaba con algunas deudas de juego bastante añejas, tenía que pagar lo que todo el mundo paga para subsistir pero, sobre todo —verdadero elemento de obsesión— Lacan. Hice velozmente un cálculo mental, dupliqué el monto para reservarme un eventual margen de negociación y tiré una cifra.

—Me harían falta unas veinte páginas —retomo Laffont, como si no hubiera oído—. Y, desde luego, un plan.

—No soy capaz de hacer un plan.

—¡Ah, no! —se rebeló— ¡Necesito saber en qué dirección va!

—Yo mismo no sé nada.

Más tarde, una vez que aprendí a conocerlo, supe que se escondía bajo una máscara de supuestos arranques cada vez que sus deseos o su sensibilidad amenazaban con jugarle malas pasadas

Dejé su despacho con un compromiso: de acuerdo, yo le redactaría sus veinte páginas. En cuanto al plan, ya veríamos…

Esa misma tarde me puse a trabajar. Habituado a los cortos plazos de la prensa gráfica, no tenía idea alguna de la respiración que imponía la maratón. Al cabo de varios días de esfuerzo, tanteos, tachaduras y borroneos, terminé encontrando un vago soplo. Y una noche me di cuenta de que había llegado al final de la página veinte. Curiosamente, la última línea con que terminaba cortaba exactamente en la mitad no sólo el arco de una frase, sino la palabra que conformaba su último signo. Él había exigido veinte páginas; allí las tenía: yo no iba a agregar ni una coma. Al día siguien-

te, las deposité en Place Saint-Sulpice con dos semanas de retraso de la fecha convenida.

Ocho días más tarde, tuve que ausentarme de París. Cuando volví, había pasado un mes desde nuestro primer encuentro. Además de las habituales facturas e intimaciones de agentes, encontré dos cartas cuyos remitentes me reclamaban con urgencia: Laffont, Lacan. Me era imposible enfrentar al segundo sin haberme encontrado con el primero.

—¿Entonces? —me lanzó con impaciencia.

—¿Entonces qué?

—¿Y después? ¿Qué pasa después?

Comprendí que aludía a mi texto.

—¿Cómo quiere que lo sepa? Todavía no lo escribí.

Estallido de cólera... Él no podía trabajar de ese modo... Mis métodos no le convenían... ¿Y el plan? ¿Dónde está el plan? A ese ritmo, iba a necesitar diez años para escribir las mil páginas prometidas... Así no se puede seguir.

Me encontré de pie ante la puerta. La abrió de par en par y me dirigió esta frase definitiva:

—Acepto sus condiciones. Vuelva mañana para firmar el contrato.

¿Qué se siente cuando un deseo violento se hace realidad?

Incluso hoy me cuesta decirlo. Porque es demasiado absurdo: yo estaba embotado, aturdido. Peor: al borde de la desesperación.

Caminaba por la calle, y una idea abrumadora martillaba mi cabeza: así, *realmente* iba a tener que escribir ese libro.

¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Dónde? ¿Durante cuánto tiempo?

¿Acaso era capaz de hacerlo?

¡Había caído en la trampa!

Llegué a casa completamente deprimido.

Me esperaba otra carta más.

La brevedad de su enunciado me abofeteó como una amenaza adicional: "Lo espero. Pacientemente." Fechada, según su costumbre, en cifras romanas; firmada: Jacques Lacan.

Si me lo hubieran explicado como a un débil mental, habría seguido sin entender, precisamente en ese momento, en que ese dichoso sufrimiento —*escribir*— iba a liberarme de mi ansiedad cotidiana, pagarle, por medio de ese dinero ya garantizado.

Pregunta: ¿Por qué fingía ignorarlo, justo en ese momento?

Hoy sé, por cierto, que en ese entonces lo sabía.

Pero era incapaz de plantearlo en esos términos.

Por eso me analizaba: no me atrevía a nombrar mi deseo.

V

Dialéctico

9

Aunque el espacio está hecho de tiempo, el tiempo nos corta el espacio.

Determinado acontecimiento que tiene lugar a quinientos metros, si el instante en que se produce está en nuestra memoria a una distancia de mil años luz, la memoria lo rechaza a distancias que se cifran en el infinito. En duración, cien metros pueden significar veinte años. Así, por más que escriba estas líneas en París, tan cerca del sitio al que me refiero, nunca más volví a la Rue de Lille.

Bastarían cinco minutos para llegar en taxi; ¿pero entonces qué taxi podría recorrer en cinco minutos el tramo de eternidad que me separa de allí?

Justo enfrente del consultorio de Lacan había dos negocios.

¿Siguen estando allí? Nunca pasaba delante de ellos sin echar una mirada. Uno, manejado por dos diseñadores de interiores, presentaba en modelos a escala fascinantes maquetas de departamentos. ¿Dónde estaban los de tamaño real? ¿En qué barrio? ¿Quiénes eran sus dichosos propietarios?

Uno hubiera querido ser libélula para poder vivir allí. El segundo exponía antigüedades heteróclitas: muñecas del siglo XVIII, fotos amarillentas de Greta Garbo, credencias medievales, cristalerías incompletas, encajes, pipas de nácar, muebles *rocaille*, retratos oscurecidos por el tiempo de maestros menores ya olvidados.

Allí imperaba discretamente una encantadora joven rubia cuya belleza adquiría lentamente en la sombra de la tienda la pátina de sus estantes.

A fuerza de verme pasar por la entrada de autos de enfrente y, por mi parte, a fuerza de verla mirarme y entrar, habíamos terminado por saludarnos y sonreírnos. A veces entraba en su negocio para destacarle lo horroroso de los viejos relojes de péndulo que vendía. Ella estallaba de risa, me hablaba de sus clientes, las divergencias de gusto de los coleccionistas, de las aldeas perdidas en las que ella rastreaba sus abominables reliquias, excesivamente caras.

Desde luego, ella había adivinado de inmediato qué iba a hacer yo al 5 de la Rue de Lille, y con quién me encontraba. Por más que ella nunca le hubiera dirigido la palabra, Lacan, a quien ella veía llegar y partir todos los días, le parecía un miembro más de su familia.

Un día, a primeras horas de la tarde, vi la preocupación en su cara.

Me explicó que acababan de robarle un objeto de valor, un bastón (*canne*) de ébano negro con pomo de plata cincelado.

—¿Quién lo hizo?

—Un tipo que va a lo de Lacan varias veces por semana.

—¿Está segura?

—Sin duda. Lo vi.

Me lo describió. No tardé en reconocerlo.

Vestido como un dandy, con una gran capa negra, camisa blanca y echarpe, joven, moreno, barbudo, con algo de rigidez en su porte, aunque sólo hubiera sido ese ropaje circense que le impedía pasar desapercibido, no se mostraba n más ni menos baqueteado que los demás especímenes que pululan por la manzana de Rue de Bac, Rue des Saints-Pères, Rue de Verneuil.

—El bastón es muy caro. Me siento muy incómoda. ¿Usted podría ayudarme y hablarle a Lacan?

—Francamente, preferiría que quien hable sea usted.

Hizo una mueca dubitativa.

—Oiga —le dije—. Voy a ver qué puedo hacer. Si el clima es propicio…

Estábamos en mayo o junio. Resulta ser que esa tarde yo era el último de sus pacientes; bajé conversando con él. Yo estaba algo chistoso. Pasamos el pórtico que separaba el patio interior de la calle.

—De hecho —le dije, con una voz tenue y burlona—, tengo un mensaje para darle. ¿Ve el negocio de enfrente? Uno de sus pacientes robó un objeto. La dueña no se atreve a hablar con usted.

—¿Qué paciente?

El viento era agradable. Estábamos los dos plantados en la vereda.

—El dandy de la capa negra.

—¿Qué objeto?

—Un bastón (*une canne*).

Y, como temía que él no hubiera captado mi intención, agregué:

—Alguien robó el bastón (*On a volé la canne*).

Me esmeré en hacer una ligera elisión de la vocal final, de modo que mi réplica sonara: Alguien robó a Lacan (*On a volé Lacan*).

Alzó la vista al cielo y se encogió de hombros.

Con todo, bisbiseó:

—¿Cuándo?

—Hoy mismo. Ella quería que yo hablase con usted antes de dar parte a la policía. Por consideración hacia usted.

Ya olvidé cómo siguió el asunto, pero sé que el bastón reapareció en el negocio; que el incidente quedó cerrado.

Ese ejercicio de segmentación de la cadena simbólica confirmaba desde mi perspectiva la teoría lacaniana acerca del primado del significante. Se recordará la divergencia que lo había enfrentado a Laplanche, quien afirmaba que "el inconsciente es condición del lenguaje". A lo que con obstinación Lacan replicaba: "El lenguaje es condición del inconsciente". Eso me parecía evidente, tanto como si hubiera tenido que contradecir a un interlocutor, el cual me afirmara que su abrigo había precedido al cordero esquilado para confeccionar con hebras de su lana ese tejido: ese es el punto en que se tropieza, y teoría y práctica se intersecan en lo que la realidad implica de recurrencia insoslayable.

"No hay otro amo que el significante", había afirmado Lacan en ocasión de su seminario sobre "La carta robada" *(La lettre volée)*.

Dicho de otro modo: en la medida en que ella lo inviste, la letra (*lettre*) es ama del ser (*l'être*); a su vez, en ello queda abolido el ser devenido letra.

Pues esa carta, abierta para todos, no puede, sin embargo, ser leída más que por uno solo: *L'Être* de esa *Lettre*; circular por el interior del desfiladero en que el imprevisible juego de los significantes va a cambiar sus sentidos y hacer rutilar el infinito de sus significaciones según se unan a lo que les sigue, a lo que los antecede, a los que los segmenta, a lo que los recorta o, en un ensamble inédito por combinaciones inagotables, a lo que los vincula o desvincula de la historia idiosincrásica, *única*, del sujeto que los habita.

Me despierto una mañana.

Lista de antemano, una frase soñada se impone en mi memoria: Anthony Quinn se asomó a la ventana (*Anthony Quinn s'est penché par la fenêtre*).

Sin intentar decodificarla, una primera interpretación llega a mi mente. A propósito de *Anthony Quinn*, instintivamente leo *An Two, ni Quinn*.

An Two (*an*, "año"); *two* en inglés: vale decir, el *An Deux* de "Ô soldats de l'An Deux"). Entonces, el sueño me remite a un acontecimiento que se produjo cuando yo tenía dos años, en el *An Deux* de mi vida. Pero —¿por qué no?— *An Deux* podría ser, igualmente, un reenvío a Víctor Hugo, que entonces haría referencia a mi "yo victorioso" *(Victor Ego)* o a mi padre, y de mi padre a la Ley, de la Ley a sus representantes, de sus representantes a la libertad, de la libertad a la prisión, de la prisión a un bloqueo psíquico, del bloqueo a los barrotes, de los barrotes al metal, del metal al papel, del papel a la escritura, de la escritura a mí mismo, etc.

De metáfora en metonimia, de deslizamiento en condensación, nunca agotada, para que funcione, la regla del sistema es permanecer siempre abierto.

Quedan las dos últimas sílabas de *Anthony Quinn*: *-ny Quinn*. Sin intentar decodificar en momento alguno, pero de un modo que se me impone *a mi pesar*, oigo *Ni*, primera parte del diminutivo del nombre de mi madre, y *Quinn* —léase *Queen*, en inglés, la reina, la reina madre. Pero esa "reina" de *Queen* se puede articular igualmente bien en torno al *rey* de mi patronímico, en el cual —según yo lo acepte o rechace— el sentido general de la letra (proveniente) de la totalidad de mi sueño se vería modificado.

Tampoco hay motivo que me impida enlazar el *Quinn* al *s'est* de *s'est penché* que lo escolta, lo cual daría *Quinn-s'est*, esto es, asistido por una pequeña variación fonética, *Quinn-cé*, *coin-cé* (una vez más, ¿por qué no?) Habida cuenta del alerta anterior, cada cual podrá jugar a hacer cuantas asociaciones le plazca a partir del *s'est penché par la fenêtre* que termina la frase.

A no ser por un detalle. No son las mías.

Tan únicas como las impresiones digitales, por cuanto me determinan como *sujeto* del inconsciente, permanecerán inoperantes para cualquier otro que no sea *aquel sujeto*.

En este caso, yo mismo.

En efecto, sin la especificidad del contexto analítico, de la transferencia que implicaba y de su encuentro con la singularidad de mis propias asociaciones, nunca hubiera podido hacer funcionar las claves de elucidación cuyos signos nada me hubiera permitido identificar; y aun menos, desde luego, desencriptar para decodificar el sentido de mi sueño, que me remitía a un suceso de mi infancia que, más tarde, habría de tomar lugar en los síntomas surgidos del invernadero donde

se desembrollan los significantes, anudando, haciendo y deshaciendo, según el azar de su libre entrecruzado, el destino, que es el nuestro.

"El significante es lo que representa un sujeto para otro significante."

Todo el gran teatro del mundo se articula a partir de un entramado de malentendidos generadores de violencia, de frustración de racismo. Eso se debe a que cada uno de nosotros es *representado* por *Otro* a través de un significante, es decir, aquello que sólo puede funcionar dentro de una cadena, y sólo para sí.

En los círculos universitarios norteamericanos es de buen tono ridiculizar las "verdades a puños" de los intelectuales franceses, cuya única preocupación es quitar de su sitial, con una idea novedosa, la moda de la víspera. En un país donde precisamente nadie se bate por las ideas, donde se bebe antes que hacerse preguntas acerca del deseo de emborracharse, donde se sueña con *tener* porque se tiene la certidumbre de que tener es *ser*, donde el éxito, nunca planteado en términos de culpabilidad, sólo se concibe mediante un "plus" y donde la libertad, en lugar de ser un concepto, existe tanto como el aire en los pulmones, sin que haya cosa alguna que debatir al respecto, todo parece regido por la fórmula latina inventada por otras dos mil años atrás: *Primum vivere, deinde philosophari*. Una ética en cuyo seno los resultados del *cómo* suplen los vanos interrogantes acerca del *porqué* y, como no se evalúa más que en términos de eficacia, en la que para adquirir un lugar cualquier saber necesariamente debe desembocar en una técnica. En ese clima, era fatal que con demasiada frecuencia el análisis se tornara una caricatura de

sí mismo, un fantástico refuerzo del *superyó* que presenta en su mostrador un catálogo de recetas prácticas, un *how to*: "Doctor, ¿qué hago con mis acciones de la General Motors; las conservo o las vendo?"

El análisis, como todo lo demás, debe *servir* de algo.

En cuanto al pensamiento, en la medida en que llega a ese crimen de lesa majestad —poner en duda el sistema que la sostiene y cuyo perfecto funcionamiento se ríe de sus cuestionamientos—, pero aun más absurdo, a negarse a sí mismo, es sospechoso, negativo, *unwelcome*.

Ya se habrá adivinado que encarado desde Manhattan o Idaho un Lacan no sirve para gran cosa.

Es una pena.

Si se lo leyera más, y se lo comprendiera algo mejor —pero sin suda él no está destinado ni a lo uno ni a lo otro— quizá se podría *utilizarlo*, también a él, aunque sólo fuera para denunciar la zona de riesgo en que se adentra la gran maquinaria de fabricar significante. De esos riesgos, el menor no ha de ser el de moldear a esa América con el mismo molde de su *sensibilidad*, a la vez que se le impone el contrasentido de la infinita variedad de sus sentidos.

Eso quedó expresado en una frase suya: "lo propio del capitalismo es haber relegado el sexo."

Dialéctica de la seducción incluida, por nuestra parte también estamos colocados bajo la misma bandera.

¿Qué hombre se enamora de una mujer?

¿Qué mujer de un hombre?

Ninguno de los dos colma para el otro el vacío den-

tro de su deseo, por ello al significado —eso a lo que remite el significante— le toca hacerse cargo de la ilusión pasajera de una falsa plenitud; a él se destina el *amor*: se ama a un *torero*, a un *presidente*, a un *capitán*, a un *millonario*.

Se ama a una *celebridad*, a una *modelo*, a una *azafata*, a una *actriz*. No se ama a alguien, no se ama algo: sólo se ama la *palabra* que representa la *cosa* que representa a *alguien*. Pero cada cual, en ese juego —nada por aquí, nada por allá— en que se escamotea cuanto lo constituye, termina por elidirse en tanto sujeto para devenir él mismo *signo*.

No hay duda: uno coge; y hay sexo; pero su práctica para nada implica entre los participantes que se entregan a ella la mínima *relación* conocida como "sexual". Del latín *sectus*. Esto es, cortado, seccionado; de por sí, el término implica la cesura, la división, el *chacun pour soi*: *la no-relación*.

A la inversa, yo no muero más que porque hablo, abrevo mi crueldad en el lenguaje que habito.

¿Un perro sabe que va a morir?

¿Un árbol? ¿Una hoja? ¿Un sol?

—A fin de cuentas, la crueldad y la muerte no son más que efectos de significantes.

—¿Por qué la crueldad? —dijo Lacan.

—No existe más que en el sujeto de habla. Cuando dos animales se toman por el pescuezo, basta con que el más débil se someta para que el otro lo deje con vida. No pasa lo mismo con los hombres. Matan por vocación, torturan por placer.

Es posible conjeturar que al sustraer el bastón del negocio de antigüedades el dandy intentara, con la me-

diación de su latrocinio, apropiarse de Lacan. Sin bienes, su saber, su falo y su nombre, de pronto representados por un deslizamiento de significantes en que Lacan, reducido a la fonética de sus dos sílabas (*La-can*), se redujera metafóricamente a objeto de su deseo: *poseer* el bastón, *ser* el bastón (*être la canne*).

Durante la primera etapa, de inmersión absoluta, el análisis provoca un peligroso estado de tensión, que primero se traduce en una pérdida del sentido del humor. Es imposible desdoblarse, establecer entre los otros y uno la indispensable distancia del extrañamiento en que la limosna de una sonrisa nos separa del absurdo.

Recuerdo una velada en casa de amigos, en un salón típicamente *parisién*. Sentados frente a mí en un canapé, dos muchachos hablaban de Lacan. Uno de ellos tenía no sé qué puesto en Cultura. Yo conocía al otro, con reputación de *inteligente*, desde que teníamos veinte años.

Por cinco minutos tuve el suficiente control sobre mí como para no intervenir, pese a las burradas proferidas, a contrapelo de cualquier verdad. Tras ensañarse con método contra su técnica —era un ser dañino, peligroso, un charlatán, un asesino—, se ocuparon de su persona —grotesco y pretencioso: eso va de suyo—, de sus abrigos de piel, sus camisitas con cuello Mao —ridículas, a su edad—, después, de su fortuna —hecha a base de estafar a los giles de un modo escandaloso—, para llegar a la conclusión de que era urgente "hacer algo para impedirle causar daño".

Si nos atenemos al más estricto rigor, diré que puedo hacer la vista gorda ante una mentira endeble; pero la injusticia me resulta insoportable.

—¿Ustedes lo conocen? —pregunté con voz serena.

—¡No, pero eso es cosa sabida!

—A ver, un segundo... ¿Ustedes ya tuvieron algún encuentro con él?

Alertados por mi cambio de tono, se miraron entre sí, después de echarme un vistazo sorprendido.

—¡Les hice una pregunta! ¿Alguna vez lo leyeron, lo conocieron, se encontraron con él?

De pronto, se quedaron callados.

—¡Cuando uno no sabe, cierra el pico!

Sigo sin comprender qué me paso esa vez.

Sentí que un velo blanco me opacaba la vista, a la vez que una increíble descarga de adrenalina hizo que me pusiera de pie, pálido en un segundo, con los músculos tensos, y el rostro crispado. Los señalé a ambos con un índice asesino y me oí decir con voz cruda:

—Oigan, par de pelotudos... Escuchen bien... Con que sólo mueven un pelo, o digan una palabra más, los mato.

Paralizados, blancos como tiza, creo que ni respiraban. Por temor a tener que cumplir mi promesa, les di la espalda. Aprovecharon la circunstancia para poner los pies en polvorosa. La escena no había tenido testigos, a no ser la anfitriona, que apareció cuando ellos se escabullían.

Ella captó tan bien las vibraciones de violencia que reverberaban en su salón que, ya ante la expresión de mi rostro, pese a la amistad que nos liga se abstuvo de hacer la más mínima pregunta.

Dos meses más tarde, me encontré en un restaurant con el que no estaba en Cultura. Fui a su encuentro, lo abracé y le pedí disculpas.

Hay grandes semejanzas entre análisis y escritura.

Para empezar, en uno y otro caso, movilizan, las veinticuatro horas del día, una energía tan absoluta que a partir de ello se instaura un irritante estado de *indisponibilidad* a todo lo que sea ajeno a ella, esto es, en la práctica, a *todo* lo demás.

A continuación, gracias a esa mirada interior que imponen, ya sea que se concentre estrictamente en el universo mental en que los tiempos encuentran su punto de inflexión, o en la necesidad de los personajes que habitan su creador, tanto una como el otro implican un desdoblamiento que erige entre quien los practica y el mundo exterior una campana de cristal que atenúa los rumores de la vida.

Ni más ni menos lo que les pasa a quienes nunca se tutearon con la locura, los que nunca pudieron penetrar en la médula de ese punto focal del aislamiento: no pueden entender qué significa un corte radical, ni el sentido profundo del giro "en otro sitio".

—Siento vergüenza... Ayer a la tarde hice una especie de análisis salvaje. Sin duda, hubiera hecho mejor si no avanzaba más...

El día anterior, para ayudarla a salir de una situación de angustia que había encontrado traducción en uno de sus sueños, había sido ganado por irresistible deseo de revelar su sentido a una amiga.

—Usted está perfectamente calificado para hacerlo —me dijo enfáticamente Lacan.

Yo no sabía demasiado bien si me estaba metiendo el perro o no.

Ni una ni otra cosa.

Unas semanas más tardes, repitió:

—¿Usted nunca pensó en hacerse analista?

Lo miré, petrificado. ¿Analista, yo?

—¿Usted me está hablando en serio?

Yo sólo estaba allí porque había habido una zona de sombra en el desenvolvimiento de mi goce y para que, llegado a ese punto, ya no se me robase la menor parcela del mundo exterior, en la plenitud de su espacio y de su tiempo.

—¿Usted me ve en un sillón durante años oyendo la repetición con pelos y señales de lo que estoy intentando resolver al venir a su consultorio?

El análisis no era más que un medio para mi libertad.

No un fin en sí: estaba demasiado poco preparado para el displacer como para desear ser, de manera profesional, escucha del ajeno.

10

El Gordo se estaba viniendo abajo. Pensaba cada vez más en escaparse de París. Yo lo veía hundirse, como si él hubiera vivido en un agua siniestra y morosa que ya no soportaba su peso, y nada podía hacer yo para retenerlo pese a su deseo de echar raíces merced a cosas simples: la tierra, los árboles, el vino, su deseo patético de entablar comunicación, las cenas a las que llegaba con los brazos llenos de botellas y provisiones. Todo en él decía "ámenme", y todo en él, por una suerte de desconfianza que se desprendía de su persona, alejaba a los demás.

Ahora se le había dado por las armas. Se levantaba muy temprano a la mañana para ir al Mercado de las Pulgas. Volvía a su casa con antiguos trabucos, pistolas oxidadas, dagas viejas, bayonetas alemanas, espadas. También poseía dos o tres revólveres de última generación que engrasaba, desmontaba y volvía a ensamblar amorosamente, antes de envolverlos con cuidado en pieles de gamuza.

Me preguntó entre risas si nunca había jugado a la ruleta rusa.

Él, sí.

Me contó que algunas veces, tarde en la noche, ponía una bala en la recámara, la hacía girar varias veces, apoyaba el caño en su sien y gatillaba.

Cuanto menos capaz me parecía de vivir, más me desgarraba la brillantez de sus hallazgos intelectuales. En aquella época proseguía sus trabajos de etimología, a la vez que estudiaba el mito de los caballeros de la Tabla Redonda. En su vida social, era un cero a la izquierda: no dejaba de meter la pata. Creaba a su alrededor una inquietante zona de vacío.

Una y otra vez, para hacerlo cambiar de órbita, sacarlo de la rumia morosa que de pronto lo volvía *ausente* ante los demás y ante sí mismo, lo había invitado a cenas en que la vivacidad, verdadera o falsa, de los convivas estaba en las antípodas de aquello que lo inquietaba.

Y cada vez me había confrontado con la misma situación de fracaso; ese rey se comportaba como un mujik. Diseminaba el malestar. Con todo, yo habría dado no importa qué para que se le reconociera lo único en su *calidad*.

Pero demasiados *detalles* lo separaban de la otra gente: comportamiento, atuendo, al igual que *signos* nimios que por marcar una pertenencia al código de una cierta jerarquía social ubican, determinan un sitio: ¿cuál era el suyo? En el caso opuesto, uno podía hacer carrera con un nudo de corbata. En la camaradería de la vacuidad, tres flores o un elogio podían servir de salvoconducto. Pero el Gordo sólo podía respirar a sus anchas en la altura. En los Estados unidos hay aviones de muy altas performances incapaces de levantar vuelo por sus propios medios. Se los une al vientre de un

bombardero, que sube al cielo y los suelta a doce mil metros de altura. Entonces, pero recién entonces, pueden alcanzar el triple de altura en el campo sublunar y, liberados de la gravedad, ya en el cosmos en el que nadie puede seguirlos, maniobrar a velocidades y con una autonomía de vuelo inauditas.

"Sus alas de gigante": eso era el Gordo baudelairçano.

Si uno lo largaba más allá de las nubes, era capaz de esas piruetas alocadas. En tierra, se arrastraba.

Yo me enfurecía: ¿Era tan complicado aprender a usar un tenedor, evitar los bostezos en público o abstenerse de eructar a la mesa?

—Me hice de abajo. Demasiado —contestaba.

Como contrapartida de su falta de adaptación, el refinamiento de su corazón era extremo. En cambio, con las mujeres —compartimos algunas— se portaba con una abrumadora brutalidad de milico.

Se encogía de hombros.

—Vos no entendés nada.

—Qué decís. ¿A quién toman por libro de quejas? A mí.

Creí adivinar —pero me equivocaba; era mucho más grave— cuál era la falla de la que surgía su carencia de recursos para la vida cotidiana: partía de un hecho, lo teorizaba, lo intelectualizaba y obtenía una concreción práctica sin matices:

—En la era de las cavernas, ningún hombre les pedía su opinión.

No hace falta extenderse en el tema: aforismos de ese tipo ilustran a la perfección en qué se equivocaba al tener razón.

Cuando yo le hablaba del Gordo, Lacan se volvía más lejano.

Desde hacía algún tiempo, yo mismo tenía la impresión de que mi análisis no iba para ninguna parte.

—¿Por qué?

—Porque usted se resiste —decía Lacan.

¿A qué? ¿Qué pared invisible me bloqueaba?

—Lo escucho...

Silencio.

—Diga...

—Nada.

A veces, entraba en mi mecánica, y me dejaba ir al cabo de algunos minutos. Me enfermaba pagar para decir nada. En otras oportunidades, me tenía mucho tiempo con él, disponible a la escucha —conocida como "flotante", probablemente para señalar mejor la diferencia entre el analista que flota y el paciente que fluye—, sin dejar de jugar con sus nudos borromeos, su ideogramas, sus cintas de Moebius. Hacía tiempo que yo llegaba a su consultorio sin cita previa, cuando yo quería. Mi ritmo biológico natural marca acostarme a la salida del sol. ¿Será porque la noche es ese tiempo en que nos visitan los sueños? Él me había confiado que dividía su tiempo de sueño en dos partes de tres horas.

Su vida tenía la misma segmentación: escritura, seminarios, pacientes, y el resto, que era personal suyo. Para mayor comodidad de sus alumnos y de sus pacientes había decidido de una vez por todas atenerse en su reparto del tiempo al calendario académico. Pascua, Navidad, fines de semana, agosto y julio quedaban, entonces, marcados como *vacaciones*, según ese signo de

la *vacante*, cuya doble acepción en sentido etimológico significan muy justamente tanto "vacío" como "ausencia". Yo aprovechaba la posibilidad de elegir, que él me dejaba para llegar a su consultorio antes que cerrara. Muchas veces su último visitante era un tipo a la vez furtivo y desenvuelto que, apostando a su pasión por la bibliofilia, le acababa de presentar sus rarezas librarias: nunca se iba con las manos vacías. Llamativamente, la puerta de su estudio siempre permanecía abierta mientras negociaban, como si él hubiera deseado dejarse embaucar ante algún testigo. El vendedor, con un bolsón negro repleto de libros preciosos, se llenaba al vuelo los puños de billetes que Lacan había tomado de manos de sus pacientes en el transcurso de la jornada y embutido al descuido en su bolsillo. A veces lo oía decir no. Con paciencia, jugando con largos silencios y con su deseo, el vendedor excitaba su codicia dejándole hojear otras maravillas. Terminada la sesión, cuando Gloria ya se había ido, yo le proponía dejarlo donde quisiera. Los últimos años, que también fueron los últimos de su vida, lo notaba nervioso, cansado. Una tarde, detrás de la terminal de Orsay, mientras yo pasaba el brazo por delante de él para abrirle la puerta, se golpeó violentamente la rodilla con una saliente de la carrocería.

—¡Mierda! —gritó, con ira.

Con un cambio repentino de expresión, giró hacia mí para dirigirme una aterradora sonrisa destinada a enmascarar su mueca de dolor.

—Le agradezco. Buenas noches.

A veces lo acompañaba hasta la entrada de un restaurant chino en lo alto de la Rue de Tournon. Tan pronto como dejábamos su estudio y nos instalábamos en el

auto, la conversación viraba instantáneamente a temas neutros: teatro, exposiciones, la lluvia, el viento.

Con obstinación, yo marcaba aun más la frontera que separaba a ese señor de nombre Lacan, mi analista, del otro, en la esfera pública, de quien nada quería saber.

De todas formas, había veces en que sin que yo lo hubiera deseado se producían interferencias.

J.-C. L., un amigo periodista, que ignoraba todo acerca de nuestra relación, me contó entre carcajadas un almuerzo con él destinado a quedar grabado en su memoria.

Al cabo de un cuarto de hora que pasaron hablando de bueyes perdidos, Lacan le declaraba con sincera admiración:

—¡Estoy fascinado por su *ignorancia*!

De allí en adelante, suplicó a J.-C. L. que pidiera los platos más caros, insistiendo para que siguiera atiborrándose de comida, tratándolo como a un objeto precioso para el que nada era suficientemente bello.

Yo escribía.

Mis ventanas daban a un parque. Durante trece meses, hasta haber redactado mil doscientas páginas y terminado mi novela, seguí el curso de las estaciones en la metamorfosis de los castaños centenarios. El efecto deseado se había hecho realidad: ahora, podía volver a la Rue de Lille tantas veces como quisiera sin temer las tormentas de Lacan. Cuando salió el libro, le regalé un ejemplar: "A Jacques Lacan, que me brindó el uso de mis ojos y la facultad de la palabra."

En comparación con lo que le debía, una dedicatoria esmirriada.

De hecho, yo estaba apenas en medio del camino y él ya me había dado ese regalo que no tenía precio: gracias a él había aprendido a odiar.

O, si se prefiere, su corolario inverso, a amar.

No es que yo no hubiera tenido antes la vivencia de una u otra cosa, sino que todo consistía en que para ese entonces me hubiera parecido inconveniente, pero sobre todo menos *heroico*, no controlar su manifestación.

Incluso me pregunto si a fuerza de reprimir sus efectos no había simplemente dejado de sentir sus heridas.

A la idea de poder —siempre me lo habían endilgado sin que lo hubiera pedido, y menos aún solicitado hacerme cargo de ella— siempre se había asociado la idea de *máscara*. O, más bien, el embrión de poder que yo ejercía me llevaba a adoptar la máscara que yo imaginaba *apropiada* para el ejercicio de ese poder: no dejar traslucir ni una pizca de las emociones de uno, no hacer exhibición de sus estados de ánimo, no pronunciar palabra para sentirse protegido del Otro por la incomodidad que provoca en él, como un espejo opaco, provoca el silencio, jamás hacer mención del objeto de su deseo para conservar una oportunidad de acceder a él, *contornearlo*, disimular, cultivar lo sinuoso y por último, a fuerza de fingir que no se la ve —mejor aun: fingir que se cree que no existe— pasar junto a la meta, y seguir camino.

Vivir enmascarado. No dejar ni un flanco descubierto. Ser liso.

Utilizar esas tan viejas corazas propias de la represión: el supuesto pudor, esa otra máscara que sella los

labios ante las rebeliones y remite al torbellino de palabras que se pudren por jamás haber sido dichas, y la irrisión, escoltada por estereotipos que se vinculan con ella: "Demasiado simple"; "Demasiado fácil"; "Ya pasó"; "Esto ya lo conozco"; etc.

Recibía al menudeo, con idéntica sonrisa neutra, como si hubieran involucrado a otro, catástrofes y alegrías. Boyaba en zonas serenas donde nada podía alcanzarme y, conmovido por mi propia generosidad, practicaba el perdón de las ofensas. ¿Qué ofensas? ¿Acaso las sentía en persona?

Perdido en el propio agotamiento de mi goce —pero sin dejar de hacerme trampa a mí mismo acerca de la índole de mis verdaderos deseos—, todo no se destinaba más que a mantener a su alrededor el parapeto respecto de cuya índole engañaba mi aparente indiferencia: en la medida en que nada la amenazaba, lo demás me importaba tres carajos.

Hasta que me fustiga de lleno el comentario irritado de alguien muy cercano:

—En el fondo con tus aires de *bello indiferente*, tan Cocteau, sí, terminás tratando a tus enemigos igual que a tus amigos.

El análisis puso fin a eso: los miedos se fueron volando, y por fin pude sentir la dicha de ser *vulnerable*.

Brotaron de mí en un bullir pasmoso los gritos bloqueados por detrás de mi caparazón de cordial benevolencia.

A partir de entonces, cada cual supo a qué atenerse respecto de los sentimientos que tenía por él. Cuando amaba, a vida o muerte, amaba.

Cuando odiaba, a vida o muerte, no había demoras para percibirlo. Una sola vez, pero por motivos ambiguos —estupefacción, rebelión, encarnizamiento y placer perverso mezclados—, me callé.

Acababa de salir mi libro. Me vi en un stand tapizado de afiches que reproducían su cubierta, cerca de París, para autografiarlo a libreros que habían invitado a algunos autores durante su congreso anual. Mi vecino de stand era Ionesco. Por haber dinamitado cierta convención teatral y por *El rey muere*, que me había conmocionado, él siempre había conservado uno de los primeros puestos en mi galaxia literaria. Aquel día, él firmaba su primera —y según creo única— novela, *El Solitario*. Entre dos whiskies, intercambiamos sonrisas, guiños de ojo, pequeñas frases de connivencia.

Ya me había encontrado con él por casualidad durante un vuelo Helsinski-París: habíamos hablado de su *Journal en miettes* y yo confiaba en que, si el alcohol absorbido no nos derribaba, podríamos retomar la conversación después de la firma de ejemplares.

Hacía ya un rato que sentía a mis espaldas la presencia de tres hombres que se balanceaban, apoyados ora sobre un pie, ora sobre el otro. Me di vuelta, Eran del tipo jóvenes-cuadros-jerárquicos *superiores*.

Visiblemente, tenían algo para decirme. Se presentaron: periodistas *literarios*.

Uno de ellos se aclaró la garganta…

—¿No lo incomoda?

—¿Qué tendría que ponerme incómodo?

Con un gesto aburrido, barrió el espacio para señalar los afiches de mi stand.

—¿Empezar su *carrera* de esta forma?

No entendí inmediatamente adónde quería llegar.

—Tanto machacar... Tanta cosa estridente... —prosiguió, con voz cansina, cargada de un pesado reproche.

Llegaba demasiado tarde.

Para empezar, hacía mucho tiempo que yo ya no sentía la culpabilidad de *ser*. Y después, como me habían amamantado en el serrallo, no podía abstenerme de preguntarme cuántas obras maestras redactadas de su puño y letra saturaban los cajones de su mesa de luz. Tiempo atrás, por la sima de interrogantes que abría, ese tipo de reflexiones, habría amenazado con destruirme por semanas.

Esa mujer... la cincuentona agria y áspera, de quien más tarde llegaría a saber, sin ser capaz de derivar conclusiones de ello, que su propia hija, mientras vivía con ella, se había suicidado en el techo. Yo apenas si pasaba los veinte años. Era mi inicio.

Según las leyes de la oferta y la demanda, escribía o dibujaba.

—Lo que usted hace es muy grave.

—¿Yo? ¿Pero qué hago?

—Usted escribe y dibuja.

—¿Y entonces?

—Hay que elegir. Las dos cosas a la vez, no.

—¿Por qué?

—¡Porque al hacer las dos, usted le roba el trabajo a otro!

Mi padre era sereno y bueno. El ejemplo y la educación que yo había recibido de él estaban hechos de generosidad, valentía y desinterés. En aquel tiempo, en la aldea custodiada por los cipreses, cada vez que alguien quería pagar no importa lo que fuera, la respuesta era siempre la misma: "Ah, no hay apuro". Hubiera sido de mal gusto insistir. El dinero no *ponía en apuros* y nadie habría tenido la idea de *ponerse en apuros* por dinero.

Esto equivale a decir cuánto estuvo resguardada mi infancia de envidia o maldad. También, a decir hasta qué punto me encontré inerme cuando, más tarde, como cada uno de nosotros, tuve que hacerle frente, por el solo motivo de que existe...

Las mañanas de invierno son una guerra. Ni un ruido sale al cruce del susurro sedoso de mi bicicleta en carrera por la ruta. Por detrás de los alcornoques y la maleza de ese campo raso mediterráneo, está el mismo resplandor frío y rojo que nace. Esos últimos rezagos de la noche que desaloja la luz, mi padre que me prepara café, la vacuidad del sueño que se prende de mí. Son las siete de la mañana. Tengo doce años. Mi portafolio va trabado en el cuadro de mi bicicleta; empiezo a pedalear por las antiguas calles muertas. Salgo de la aldea y entro en la ruta. Debería haber una piedra sobre un pilote. No está, Entonces soy el primero. Todavía no pasó el otro chico que va a la escuela. Encaro la primera cuesta. Tengo guantes de cuero de conejo; las manos me queman, heladas. Los arbustos, secos, duros y achaparrados, detrás de los cuales se percibe porciones de tierra ocre, y los sarmientos petrificados de las viñedos. A veces, pasa, destartalado, un camión a gasógeno. Finjo indiferencia, pero no bien dobla, me paro sobre los pedales para agarrarlo y, aferrado a él, hacer que me lleve a la rastra durante algunos kilómetros.

—¿No le incomoda empezar su carrera de esta forma?

Y ese paracaidista alemán, en la Provenza ocupada, cuyos gritos oía en el aire límpido de una mañana luminosa antes que se estrelle en el suelo, y mi abuela en su lecho de muerte, y mis amigos perdidos, y los locos lapidados o las mujeres rapadas, desnudadas y arrojadas a la multitud, y las ametralladores en las zanjas, de un lado y otro de la ruta, y mi padre, trasladado en una camilla, con su nariz llena de sondas, y esos que mordían la tierra como si clavar los dientes en ella pudiera protegerlos de las bombas, y todo lo que me había agredido, la muerte, la sangre, el amor, la traición, y yo no había podido vomitar.

Yo sabía que cada uno de nosotros, para alimentarse y estar resguardado por un techo, debía pagar al contado con la única moneda auténtica que la eternidad pone a nuestra disposición: las horas.

El dinero circula. Va, viene. Un día tenemos, otro no.

¿Pero el tiempo?

¿Cuántos minutos nos quedan de vida?

Si se lo confronta con el tiempo, ¿qué cosa vale cuánto?

¿Carrera?

A veces vuelvo a pensar en eso, instalado en un jet que sobrevuela el planeta a diez mil metros de altura: tres horas atrás yo ignoraba que el capricho iba a llevarme a embarcarme en él.

Mucho más abajo, bajo el techo de nubes irisado de sol, ciudades fangosas y grises se adormecen en la bruma, pobladas de pequeños montones de secretos minúsculos, de ambiciones inútiles y de enanos que se pasan a degüello por causa de un sitio para un niño a la entrada de cementerios superpoblados.

También vuelvo a pensar en eso en las aguas puras de una laguna en la que me hundo en la tibieza azulada de un jardín de algas verdes.

Y también en otro sitio, donde el mundo es distinto, casi nuevo, pueril, espontáneo, y donde yo soy, o dejo de ser.

Pienso en eso, pienso en eso...

Tengo todo mi tiempo para pensar en eso.

Entre el orden simbólico donde, en sus efectos de deconstrucción, el lenguaje es rey, y el imaginario que me proyecta hacia lo imposible donde lo real marca la cota, poseedor *al menos* de mi tiempo, el tiempo que queda por vivir, el tiempo que viví, el tiempo que conquisté, el tiempo que gané mientras lo creía perdido, amo cuando puedo, vivo donde me parece y me voy cuando quiero.

Por cierto, con la tragedia infantil y grotesca implícita en mis elecciones no hago *carrera*; de suponer que no hubiera tenido ganas de eso y hubiera engullido mi tiempo a tiempo completo, la vida no me habría dejado tiempo para eso.

—No estoy seguro de que ella realmente haya gozado –dije.

—¿Y usted? —retrucó Lacan.

Indudablemente, mi sonrisa valía por todas las respuestas.

Como cada vez que me hacía tocar con el dedo una evidencia, separó los brazos, lanzó un suspiro y se puso de pie.

—Hasta mañana —dijo.

11

Un mentiroso dice: "Yo miento."

Al decir "Yo miento", dice la verdad.

Por ende, al decirla, ya no miente. En esas condiciones, sigue mintiendo, pero si miente, no es más que porque dice la verdad al afirmar que es un mentiroso.

En consecuencia, al decir la verdad cuando reconoce mentir, de nuevo se vuelve un mentiroso al pretender que miente.

Conclusión: Se puede mentir porque se dice la verdad y, a la inversa, decir la verdad cuando uno miente.

Ejemplo típico de callejón sin salida de la lógica, donde el "logos" se da vuelta como un guante para jugar con el sujeto el juego mortal del "mí" (*moi*) en que se aliena el "yo" (*je*).

¿Cuándo se interfiere el discurso con la moneda falsa del lenguaje, donde, en caso de ser reversibles, se insinúan los sentidos contrarios del sentido, el sujeto de qué? ¿De la verdad? ¿De la mentira?

Al decirme en nuestro primer encuentro que tenía una amiga en el diario en que yo trabajaba —lo cual

no era cierto—, Lacan no me había mentido más que en procura de hacer surgir un efecto de verdad: saber si, por mi parte, yo era un mentiroso.

En cambio, por la propia índole de su contenido y de su continente, como cualquier mentira no era más que el punto focal del sitio donde se hace manifiesta la verdad, que yo le mintiera habría equivalido, cuando yo me "resistía", a que se develara demasiado pronto aquello que yo no estaba dispuesto a escuchar. Dicho de otro modo, yo sólo podía mentirme a mí mismo diciendo la verdad, al no ser la "verdad" más que una defensa adicional para reprimir las revelaciones prematuras que habría podido arrancar a mi inconsciente.

Con ello se ve cómo, según el pliegue de esa inversión lógica, de haberle mentido habría dicho tanta verdad como si hubiera dicho una falsedad.

—En ambos casos, sin importar lo que diga, en cuanto hablo, irremediablemente hay efecto de verdad.

Aprobación de Lacan.

—¿Incluso, y sobre todo, cuando miento?

Rostro neutro...

—Entonces, sin mentir estoy en derecho de afirmar que todo lo que digo es verdadero por el solo hecho de que yo lo diga.

Concentración, luego:

—Es una paradoja que no puedo aceptar.

Ser amado es encarnarse momentáneamente en el fantasma del Otro. Pero, como la lógica de ese amor, exactamente tal como sucede al Otro, queda vedada por siempre jamás a quien se torna su objeto, de allí en más, lo inverosímil se vuelve posible: yo, que soy horrible, viejo y me falta una pierna y una mano, yo que hiedo y ya no me queda ni un pelo en la cabeza, yo, ese al que sólo le quedan tres dientes carcomidos y tambaleantes, yo que soy gordo, infame, fofo, ¿cómo puedo ser deseado por la más hermosa mujer del mundo, con la que cada noche, en el instante de los automatismos conyugales, sueñan millones de hombres alucinados por ella?

La respuesta está inscrita en la pregunta: la presencia fantasmática de esa mujer, la más bellas del mundo, es precisamente el *residuo erótico*, un tipo viejo, horrible, desdentado, al que le faltan una mano y una pierna, gordo, fofo, infame, maloliente, etc.

Todos los "porqués" nos reenviarían al aparente ilogismo de la lógica del inconsciente, cualquier profundización, a la práctica que tiene en su poder sus claves, el análisis.

Al saberlo, cada vez que me volvía objeto de un fantasma, para entrar en él a pie firme, fingía no asombrarme de mi sorpresa, no porque yo tuviera más que algún otro la apariencia de un desecho, sino que yo amaba tanto a las mujeres que me parecía milagroso que algunas me correspondieran. Por haberlas frecuentado mucho, finalmente había comprendido en qué, convertido en su *objeto*, demasiado a menudo me engañaba a mí mismo: algunas eran "símbolos" supuestamente "sexuales", y aceptar su intimidad, por procuración, equivalía a ponerlas en la cama de los amigos que me habían instado a conocerlas. Desde luego, no era que ellos efectivamente las poseyeran, lo cual no haría más que abrir el habitual capítulo de homosexualidad por interpósita persona en que dos hombres,

quienes reprimen el acto que los uniría en un significante ominoso ("puto") lo satisfacen metafóricamente —proveen al "mismo cuerpo"— por mediación de una mujer cuyos favores comparten.

De modo más pedestre, era para complacerlos (al escribirlo, me doy cuenta de que por mi parte caigo en lo que acabo de denunciar: digamos que de alguna manera me delegaban la carga de satisfacer su fantasma). Para no decepcionarlos, no me quedaba otra alternativa que hacerme cargo de la decepción inherente al encuentro con la realidad cuando, magnificado por el imaginario colectivo, a uno sólo le deja un regusto soso en los labios, tras afrontar el impacto.

—¡Ella es sublime, vos tenés todas las oportunidades, ella hace soñar a todo el mundo! ¿No irás a dejarla pasar?

—¿Por qué no vos?

—Si yo pudiese...

Por más que algunas de ellas, pese a su belleza, no me gustasen especialmente, querría evitar, incluso ayudado por distancia de años, el ridículo de jugar a la víctima: a falta de mi placer, mi pulsión nunca salía perdiendo.

Encadenado a los parámetros culturales de esa época, desde el sitio de mi propia deformación profesional —belleza, nombre, fortuna, gloria— ella tampoco era desviada de sus auténticas finalidades.

¿Cuáles?

Precisamente las propias de la pulsión que no por ser ciega me empujaba menos hacia objetos perfectamente ajenos al código de mi *cultura*, pero en los que la *naturaleza*, que opera sin el consentimiento de aquel

que deja sometido, nunca sale perdiendo; la pulsión genital tiene sus motivos, que no sabe la razón.

¿En qué prehistoria qué idiota echó a correr el rumor —hoy, más que nunca, amplificado por los medios masivos sigue en circulación— de que lo bello era excitante, mientras que casi siempre, a excepción del lazo del amor, el único que anula la brecha entre ellos, estética y erotismo carecen de relación (*sexual*, preciso es decirlo)?

Que lo bello sea excitante, es un hecho, pero en un registro sin relación con la excitación genital. Habrá de denunciarse también esa otra burrada , moneda corriente entre el boberío de los sexólogos: contrariamente a lo que ellos repiten, lo sexual no es algo orgánico.

El punto "G" sólo existe en sueños, en acupuntura o en fisioterapia, no en erotismo.

De modo análogo, y a la inversa, aunque uno fuera el autor del *Kama Sutra*, y sin negar *el goce de saber*, no hay *saber del goce*. Como por esencia es incomunicable, consecuentemente el goce no se aprende: sólo se inscribe mediante el deseo que emana de aquel a quien desgarra. Ninguna técnica es causa de ello; él no es más que efecto de ese deseo. En otros términos: en el absoluto, pese a las más deslumbrante proezas físicas, el *buen polvo* no existe. O bien, si se lo percibe como tal, es por efecto placebo; sólo tiene valor para el o la acompañante que padecen ese ingrediente de una técnica *en el interior* de la erotización de su fantasma.

Hallazgo verbal de un amigo que en Bangkok se entregó a las manos expertas de seis beldades tailandesas. "No me hizo nada, yo estaba bloqueado."

¿Qué primeras impresiones nos condicionan para orientarnos hacia aquello que más tarde, y para nuestra maravilla, por fuera de cualquier criterio estético nos excita? Como para todas las cosas padecidas, entonces, inconscientes, nuestra primera infancia está en posesión de la clave. Entre un "perverso" y un "normal" —de suponer que exista una diferencia estructural entre ambos— la frontera es lábil.

Lacan adoraba todo lo que se relacionaba con las interferencias del orden simbólico en el registro de la relación carnal: ¿En qué el significante modificaba, conforme destinara a uno de los participantes a la sacralización o al menosprecio imaginarios, la configuración de esa (no) relación sexual?

Dicho de otro modo, con mayor crudeza pero también mayor claridad, ¿un hombre se pone al palo del mismo modo con una pastora que con una reina?

Quizá nada de "relación sexual", seguramente.

Eso no impide que cojamos.

¿Pero cómo se coge según quién es cogido?

Los poetas, como los genios, saben sin haberlo aprendido jamás eso que no se aprende. Gracia injusta por la que precisamente son poetas. Les bastan unos pocos versos, chocarreros, amenos o ligeros, para llegar al vuelo a la entraña de las verdades en que se patinan los pontífices:

Cuando pienso en Tamara
se me para, se me para.
Cuando pienso en Marlén
se me para también.
Y se me vuelve a parar
cuando pienso en Guiomar;

pero si pienso en Nanú,
ya no se me para más:
Eso de estar al palo
no se maneja, hermano...

¿Y qué hay del supuesto goce?

Yo había conocido sirvientas, había conocido reinas —por conocer (*connaître*), hay entender "nacer con" (*co-naître*), esto es, 'nacer juntos', en el mismo instante, en el enigma de la primera vez donde no tiene cabida *saber* alguno.

—Un desastre. Me pasé una hora sacándole ese coso de diamantes que tenía agarrado en el pelo.

—¿Una diadema?

—Eso. Tal cual. Una diadema.

—¿Y después?

—Nada digno de mención.

—¿Y entonces?

Me encogí de hombros.

—Me puse nervioso. Empecé a tratarla...

—¿A tratarla cómo?

—Como a una puta.

—¿Y entonces? —dijo Lacan.

—Entonces, nada. Estuvo bien.

Decodificación analítica: instintivamente, mediante un intercambio, sin saber a qué operación semántica me entregaba. La imponente majestad del término "reina" reemplazada con las cuatro miserables letras de "puta", me había situado regiamente, si puedo decirlo de ese modo, sobre un significante; esta vez, el término debe tomarse en su connotación semiológica.

Metafóricamente, de suponer que haya uno, en sí esa sustitución de un significante por otro habría permiti-

do, merced al cambio de *actitud* que implicaba de mi parte y, en consecuencia, de mi partenaire, un acercamiento distinto al problema. Así, también en ese caso, va la cosa con la *no-relación* conocida como sexual: con una reina —sobre todo— el significante es rey.

Él había tenido esta definición magistral: "Una histérica es una esclava que busca un amo sobre quien imperar."

La del Gordo, si bien de una formulación menos áulica, tampoco estaba mal: "Ella no tiene su falo en las bragas, sino en la jeta. Del tamaño de una catedral. ¡Y con eso quiere romperle el culo al planeta!"

En la época en que me era indiferente ser el objeto del fantasma del Otro por los motivos pulsionales antes desarrollados, yo había frecuentado a muchas, sin dominar en verdad sus instrucciones de uso.

Por cierto, ellas me manejaban.

Pero hasta quedar satisfecho, el deseo que ellas habían despertado, con el que me dominaban, a su vez ellas se volvían objeto efímero de su efímero nuevo objeto transferido.

Para ese entonces, inmerso en un baño de culpabilidad difusa, nunca sabía cómo poner fin término al infinito de sus exigencias, si comprender tampoco por qué cuando yo decía no ellas contestaban sí, y cuando yo osaba arriesgarme a un sí, inmediatamente ellas oponían un no.

En un caso espinoso, el Gordo me propinó una frondosa lección sobre el estado de la cuestión que me hizo salir airoso.

Ella había ido a verme ya no sé con qué excusa, dándome a entender claramente que yo sólo tenía que dar-

le una señal. Así hice. Me invitó a su casa. Fui. Ella escribía. Me rogó que leyera uno de sus libros. No "un" libro, sino "su" libro, el único jamás publicado: el ejemplar que me tendió, por supuesto con todas las precauciones con que se traslada un cáliz, era el último que poseía.

Cometí el error de llevármelo.

Una semana más tarde, sin haber tenido noticias mías, lo usaba de pretexto para asediarme por teléfono.

—Necesito mi libro.

¿Dónde lo había metido?

En mi deseo inexpresado de borrarla de mi memoria, había logrado extraviar la bomba de acción retardada que ella sólo había puesto en mi bolsillo para permitirle perseguirme desde una posición ventajosa.

Su tono se hizo más duro, amenazador.

—¡Mi libro!

De miedo a que fuera ella, llegué a no animarme a atender el teléfono. Hasta el día en que, con ayuda de la desgracia, me tropecé con ella en un restaurant. Ella estaba con una amiga.

Con un desprecio glacial, rechazó la mano que le tendía, Como percibí que estaba al borde de estallar y armar una escena, me batí en lamentable retirada bajo una andanada de reproches agrios.

Al día siguiente, una vez más la seguidilla de llamados.

—¡Mi libro! ¿Dónde está mi libro?

—A ella le importa un rábano su bodoque; compró el saldo de mil que quedaron sin vender; ahora se le pudren en los armarios —me dijo plácidamente el Gordo—. Sabés muy bien que no es eso lo que quiere.

—¿Y qué tengo que hacer?

—¿Querés tener calma? Volvela a sus casillas. Insultala con lo peor que se te ocurra.

Unas horas más tarde, ella, de nuevo.

Mentalmente, me santigüé.

—Escuchame, putarraca vieja. Ese sorete de libro merdoso, lo tiré en el vaciadero de mierda. Ahora, te aviso: si me llegás a llamar una vez más, te reviento la jeta. No quiero oír tu voz nunca más.

Enigma de la violencia escatológica en la terapia de la histeria: nunca más tuve llamado suyo.

—¿Sos brujo o qué?

Mueca enterada del Gordo.

—En cuanto a la histeria, todos, hombres, mujeres, somos mandados a hacer. Es simple cuestión de grados.

—Hay un tratamiento.

—Ya lo comprobaste.

Una mañana de agosto en Saint-Tropez, en el Sennequier. El café acaba de abrir sus puertas. El sol salió hace bastante; todavía no me acosté. A esa hora y en esa estación, más allá de dos camareras soñolientas que empuñan distraídamente sus escobas, estrictamente nadie ronda el puerto dormido donde se alinean a lo largo de las terrazas centenares de sillas vacías. Excepto, dos mesas más allá, las que ocupan Picasso y Jacqueline. Soy cronista. Cada día tengo que nutrir de informaciones una página entera de diario. Picasso: una buena tajada. Éramos pocos, y cayó, repentinamente, un cuarto personaje para esta fábula: un barbudo, de mugrientos sesenta mal llevados, cuyo andar inseguro, de no ser por los cartones de dibujo de aprieta bajo el

brazo, delata al ciruja que sobrelleva su resaca amparado por el hermano sol.

Va en línea recta hacia Picasso, alza su mano derecha, mientras le agita una carbonilla bajo las narices.

—¿Puedo?

Sonrisa de Picasso: ardo por adivinar si el maestro itinerante reconoció a su ilustre modelo. ¿Cómo saberlo?

Imperturbable, empieza a tirar líneas sobre un bloc de papel, mientras Picasso y Jacqueline charlan, sorbiendo sus espressos.

Diez minutos más tarde, el retrato está terminado.

—Venga, muestra —dice Picasso.

Se apodera de la obra. De pasada, le echo una mirada: es infame.

Picasso la examina con tanta concentración y seriedad como si se tratara de un incunable.

—Excelente —dice—. ¿Cuánto te debo?

Y entonces, el otro:

—Para usted, Maestro, es gratis.

¡Así que lo conocía!

Como si fuera poco, tuvo un gesto de gran señor.

Entonces, con un movimiento del mentón Picasso le señala el bloc y la carbonilla.

—Trae para acá.

Con unos trazos mágicos, ufano de seguridad y sencillez, lleva a cabo el dibujo de una cabra, lo fecha, lo firma y se lo tiende a su oscuro cofrade: gesto de príncipe.

Recuerdo con ternura el texto que yo había redactado en el libro de oro de una galería de la Avenue Matignon donde él exponía unas telas recientes —no es una excusa; pero yo tenía veinte años: "uno se pregunta

por qué usted no se quedó en su etapa azul..." Como signatura, mi nombre, subrayado con fuerza y seguido por la orgullosa mención "pintor"; era preciso que él supiera que el juicio no provenía de un cualquiera, sino de uno de sus pares, ni más ni menos. Siempre *significante*: el término "pintor" nos ligaba en la ilusoria identidad de su función metafórica.

"Pintor": el ciruja aquel, Rembrandt, el dilettante de los domingos, yo mismo, Vermeer, el de brocha gorda, y Cranach, y Rafael, y Picasso, en la medida en que pintábamos, todos teníamos en común ser "pintores".

En cuanto al abismo que separaba a cualquiera que ensuciaba sus pinceles de Miguel Ángel, ya que la misma palabra englobaba una acción idéntica, nos metía a todos en la misma bolsa, se podía pasar por alto; ¿acaso no nos valíamos de las mismas herramientas?

También pintor, C., quien fue uno de mis primeros maestros cuando desembarqué en París para prepararme en el ingreso a Bellas Artes.

—A ver, Marsella —llamaba a sus alumnos por el nombre de la ciudad de la que pensaba que provenían—, ¿cuál es su pintor preferido?

—Modigliani.

Rostro relegado entre su barba blanca y su amplio bombín negro, no consigo olvidar el arranque de risa que lo sacudió.

—¿Modi...? ¡Pero si es un farsante!

Más adelante iba a saber que en el transcurso de su juventud habían hecho las mil y una juntos.

Uno había tenido el final que ya se conoce. El otro, acumulando las medallas y las presidencias de salones,

pinta hasta el infinito las toneladas de manzanas echadas a perder que Cézanne dejó arrumbadas en las fruteras de porcelana apoyadas al descuido sobre manteles de lino. Pasan diez años... Salgo del Grand Palais, donde, entre otras maravillas, se exponen algunos raros y voluptuosos Modigliani. Doy algunos pasos por el terraplén de Champs-Elysées para encontrar mi auto.

Y me paro en seco: allí, sentado en un banco, con idéntica barba e idéntico sombrero, partido en dos por los años, C.

—Maestro... ¿Me reconoce?

Levanta la cabeza, me examina...

—¡Marsella!

Debe tener unos ochenta y cinco años, Me conmueve volver a verlo. Con un gesto del pulgar, me señala el Grand Palais, al cual da la espalda.

—Usted recién estuvo...

—Sí.

—Y vio los...

—Sí.

Y de pronto, inesperada, la confesión que siempre se había negado a sí mismo, so pena de anegarse con bienes y penates.

—Ah, Modi... ¡Un tipo de ley!

El reconocimiento del Otro.

En los umbrales de la muerte, verbalizaba lo que había sabido por toda la eternidad: yo tuve talento; él tiene genio, él es inmortal, yo voy a morir. Patético: en un instante sin magia, el anciano al que yo respetaba asumía la certeza de que ni él ni sus telas dejarían marca alguna.

—¿Por qué los hombres dotados de un poder ca-

rismático o de un talento universalmente reconocido siempre tienen al lado descomunales histéricas?

Mirada interrogativa de Lacan.

—Picasso, por ejemplo. No tiene más que tirar el pañuelo para tener a todas las mujeres. Ahora bien, uno diría que lo hace a propósito, que entre mil va a buscar la más rompebolas.

No tenía que buscarlas: ellas lo *encontraban* —eso podría haber brindado una nueva formulación a su aforismo "Yo no busco, encuentro": "Yo no las busco, ellas me encuentran".

¿Cómo?

Negando, o fingiendo ignorar lo que cada cual reconoce en él, precisamente su genio. Efecto de catálisis: homenajes, irrisión, deseo, multitud, soledad, el genio atrae, aísla, señala, condena. Rodeado de una corte de devotos, de adulones, de parásitos y pedigüeños, rey de su mundo y del mundo, el brillo de su nombre, ya sea por su origen o provocado por su fama, lo destina a esa escisión paranoica: no poder oír más que a aquel que no le dirige la palabra, no ver más que a aquella que no lo mira. Él *la* distingue entre todas por esa mirada que no se ocupa de él: "¿Por qué no me admirás como las otras?"

Sobre eso se sustenta el modo de *representarse* de la histérica, y a su vez, el modo en que *se la representa*: no será *vista* por él mientras ella no lo *vea*.

Si ella deja de escabullirse, se rompe el equilibrio: él se escabulle. Entonces, despojada del poder que entrañaba el enigma de su rechazo, fuera del círculo encantado ella habrá de engrosar la categoría de los despojos anónimos.

En cuanto al genio, para que adquiera forma la ausencia de su ausencia no hay más que esperar esa nueva mirada sin azogue que no lo *verá*.

—¿Sí? Dígame...

—Me estaba preguntando si a usted no le sucede lo mismo.

Lacan esbozó una sonrisa —ni chicha ni limonada—, alzó la vista al cielo y se encogió de hombros.

VI

Mayéutica

12

Yo me llamo Pierre. Y no es una casualidad.

A lo largo de mi vida, la misma frase resonó en mis oídos: "Si tenés algo de dinero, invertilo en *piedra* (*pierre*)." Entonces mi madre edificó su iglesia sobre esa piedra. En eso no se equivocaba: con *pierre* efectivamente hacía la mejor inversión posible, en relación con cuanto su deseo de tener *Pierre* podía colmar con su carencia.

En sus comienzos, yo también quería a *Pierre*. Hasta que el exceso de amor que lo sofocaba me obligó, por instinto de equilibrio, a tenerle tirria, haciéndolo muy pronto tan pesado de llevar como una *piedra* colgada del cuello.

Pobre *pierre*, al que le dolía el amor pleno-en-demasía que le destinaban. Y más tarde, atado a los grilletes de la banal ambivalencia en que cada una de sus libertades debía conquistarse sobre la culpabilidad de no *corresponder lo suficiente*.

Llegó hasta el punto de decirle a su madre — al notar en ella una expresión hostil cuando lo oyó anunciar por primera vez la eventualidad de un posible matrimonio—: "De todos modos, me voy a divorciar."

Buena excusa para un infiel: quien se encuentre libre de pecado —llegado el caso de que se encontrara a uno solo en todo el planeta que no haya nacido de vientre de mujer— ha de arrojarme la primera *piedra*.

¿Hasta ese punto nos determina el peso del nombre que marca nuestro sitio en el orden simbólico?

Cuando uno se llama Littré y acepta su letrado destino, ¿acaso puede hacer otra cosa que no sea dedicar su vida a la elaboración de un diccionario? Y a escala del tótem —léase "significante"— para el caso de una familia, un clan, una aldea, una etnia, ¿de qué modo actúa sobre su comportamiento la palabra que los diferencia y reagrupa?

Durante la guerra, en un aula de la escuela donde fui niño imperaban grandes láminas de cartón dedicadas a nuestras colonias, su geografía, su economía, sus culturas. El realismo había sido llevado hasta el punto de colgar pequeños tubos de vidrio llenos de *verdaderas* cáscaras de cacao. Hacía tiempo que había perdido el sabor del chocolate.

Enloquecido por el deseo de probarlo, me resolví, después de varios meses de vacilación, a destapar los frascos para mordisquear su contenido durante varias semanas; mediante esa operación, tragué simbólicamente África, ni más ni menos.

Mis ancestros corrían rápido. Durante el siglo XIII o el XIV, a pie, desde el norte de aquello que todavía no era del todo Francia, la peregrinación a Compostela, el Camino de Santiago, duraba seis meses. En los caminos, bandas armadas despojaban y masacraban a los viajeros sin escolta. No bien dos peregrinos se encontraban, decidían seguir ruta juntos, para protegerse mejor. A veces, al llegar ante Santiago, su grupo ascendía a las mil o dos mil personas.

Tan pronto como se perfilaban en el horizonte las torres de la basílica, todos empezaban a correr. El primero en tocar con su mano la efigie del santo era declarado "el Rey" por las autoridades españolas. Cada año volvía a empezar el ceremonial, que consagraba a un nuevo "Rey"; así, de tanto expandirse, los nombres propios se vuelven comunes.

A veces los significantes operan a escala nacional; en ese caso, cada uno de los individuos que conforman esa nación (o casi todos ellos) recibirá, indirectamente, la marca colectiva de ella, conforme esté sometida a un sentido privilegiado del que dimanará la naturaleza de sus creaciones. Hay naciones pintoras, músicas, poetas, filósofas. Epicureísta, muy agitada por ideas, versátil, contradictoria y paradójica, Francia, enriquecida por los talentos de aquellos que recibió en su seno, –pues durante mucho tiempo fue tierra de asilo– es un poco todos los rubros a la vez. Tiene injerencia en todo; ninguno de los cinco sentidos pierde su carta de ciudadanía en pro de otro.

En Irlanda, música, lenguaje y poesía: impera el oído.

Varias veces se repitió esa escena: encontré, parados sobre acantilados desiertos, a personajes extraños que declamaban para solo beneficio del cielo versos de Yeats o tiradas completas de Shakespeare.

En cambio, fuera de la belleza casi trágica de algunos paisajes, no se ofrece nada a la vista; para la mirada todo queda por descubrir, es decir, por tomar: en eso, Irlanda no está hecha para idiotas.

Allí, las casas son funcionales. Paredes y un tejado contra el cielo, una chimenea para que en ella agonice sin calor un fuego de turba, ventanas para el aire y la luz.

Ningún ornato. El hombre, por una especie de humildad ante la evidente perfección de la naturaleza, parece haber renunciado a agregarle de su mano —urbanismo, arquitectura, monumentos— cosa alguna que pueda modificar su configuración.

Excepto una cosa: las *Georgian doors*.

El más miserable de los barracones de la periferia de Dublín posee al menos esa singularidad cuya originalidad rompe la monotonía: su puerta. Ofrecida a todos, a ninguno se abre; laqueada con colores vivos: carmín, bermellón, azul de Prusia, verde esmeralda o amarillo limón, adornadas con magníficos aldabones de cobre con reflejos dorados, centellean sobre el hormigón, el ladrillo o el adobe con la intensidad de un sol en mosaico.

Durante una cena, la mujer sentada a mi izquierda acaba de aludir a la galería que posee.

—¿Usted qué vende?

—Pintura inglesa.

—¿Y consigue sobrevivir?

Me escruta, sorprendida. Le sonrío.

—La pintura inglesa no existe.

Se dispone a protestar; no le doy tiempo.

—¿Turner? ¿Y cuando ya haya mencionado a Constable, Bonington, Reynolds o Gainsborough? ¿Whistler? ¿Y después, qué hará? En cambio, instantáneamente puedo citarle a cincuenta franceses, otros tantos flamencos e italianos. ¿De qué pintura inglesa hablamos?

Los más grandes pintores ingleses nunca sostuvieron un pincel. Son los poetas y los escritores.

Por su estructura, el pintor es un mirón, un *peeping-eye*.

Por oposición a los países latinos, donde todo se ofrece como alimento para la mirada, ¿cómo podría surgir espontáneamente o desarrollarse plenamente en el rigor del puritanismo anglosajón —grabado en Irlanda por cuatro siglos de ocupación— cuyo primer mandamiento es fingir no ver nada?

Tanto para quien la utiliza como para quien es su objeto, la mirada es amenaza. Indaga, penetra, agrede, delata el deseo de su portador y, como en las religiones animistas, hace gravitar el peligro de ser *poseído* sobre aquel cuya imagen capta.

A partir de ese fenómeno cultural donde el uso del ojo está proscrito, ¿cómo sorprenderse de que estén tan poco dotados para *mirar*, paralizados por la prohibición de *ver*?

En otras palabras, ¿ser pintores?

Quedaría un enigma: en relación con la banalidad de cuanto las rodea, ¿a qué significación profunda remitía entonces la riqueza de esas *Georgian doors*?

¿Por qué las puestas, y sólo ellas, eran objetos de arte?

La respuesta estaba incluida en esta pregunta: ¿qué es una puerta?

Un elemento que impide ver *más allá*.

Entonces comprendí por qué —como *trompe l'œil*, por así decir, pues realmente se trataba de una *impostura para la vista*— el único objeto digno de ser decorado, miniado, embellecido, era precisamente aquel

cuya función consistía en *detener la mirada*, en impedir que no vaya *más lejos*.

—Usted tendría que desarrollarlo —dijo Lacan—, sacar algo de ahí.

Más avanzaba, y mayor percepción tenía de esos "algos" por plasmar. Para devolver en parte lo que había recibido del análisis, me prometía escribir *más adelante* lo que me había enseñado acerca de materias que yo había buscado en vano que me fueran enseñadas durante el tiempo en que erraba (según el tan conocido aforismo "los no-incautos yerran").

Pero más adelante, ¿cuándo era?

Empecé la escritura de este libro hace más de diez años. En su redacción actual, había escrito los dos primeros capítulos. Hay que creer que en esa época yo no podía aportar más. ¿Acaso las cosas debían madurar más? No lo sé. Lo que persiste es que después de esas veinte o treinta páginas abandoné mi trabajo para pasar a ese extenso período de *nada* al que me referí más arriba.

En el momento en que escribo estas líneas, nueve años más tarde, me doy cuenta hasta qué punto, sin darme cuenta, reviví, mièntras procuraba limpiar los síntomas que tenía atragantados, los síntomas de angustia y regresión que había conocido durante el desarrollo de mi análisis. Aderezados con un fenómeno psicosomático novedoso para mí.

En estos últimos días, tan cerca de la meta —dar término a estas últimas páginas— una bola me obstruyó la garganta. Con "bola" intento describir una sensación afín a la úlcera, a un peso sobre el pecho, a un ahogo acompañado de un dolor preciso en un lugar impreciso, en la zona del plexo: ¿y cómo podría no saltar a los ojos, a propósito de *plexus*, la etimología en común con *complejo*, no mencionada en los diccionarios especializados?

Atribuí esa señal al cansancio: había escrito demasiado, me había *entregado* en demasía a la escritura. Sin embargo, en sí, escribir no es nada. La dificultad consiste en alcanzar ese estado de receptividad en que las palabras se encadenan con tanta velocidad que a uno le cuesta transcribirlas: eso se llama estado de gracia. El percherón se vuelve un pura sangre, las frases llegan con tanta felicidad, como hechas de antemano con su forma definitiva, que no hay necesidad alguna de releerlas para saber que no se las podría haber escrito de otro modo. A veces esa gracia se ausenta. Entonces nada es posible. Pese a los días y noches de concentración, ninguna palabra toma la posta de lo que se dijo y lo que queda por decir; en ese preciso punto de silencio yace el bloqueo. Una vez más, hay que ganarse la gracia, buscar el fuego, atizar las brazas hasta conseguir el equivalente de ese punto de fusión en que se metamorfosea la materia; sube la llama y finalmente se produce ese cambio de estado, de *estado de gracia*.

De hecho, lo que estaba en juego en esa bola que me irritaba el plexo y la garganta era el acto de escritura en sí y, metafóricamente, por medio del *final* que implicaba, el temor inconsciente de llegar a término, de revivir como una muerte la conclusión de mi análisis, y la muerte de mi padre, y la muerte del Gordo, y la muerte de Lacan.

Apenas lo hube verbalizado, instantáneamente, to-

dos los síntomas somáticos que me atormentaban desaparecieron, tan de improviso como se habían manifestado.

El punto de bloqueo se ubicaba unas líneas más arriba en la frase: "Pero más adelante, ¿cuándo era?"

Más adelante siempre es *ya mismo*.

Desde que Freud lo inventó, se discurrió larga y copiosamente acerca de la edad ideal para comenzar un análisis: *cuando sea, y ya mismo*, no bien el sufrimiento y el deseo dispongan su urgencia. Por sí sola, la perspectiva de morir menos idiota debería hacer tabula rasa de cualquier vacilación.

Excepto una reserva: hay un riesgo.

Cuando llega a su término, el análisis confronta a cada cual con su deseo: precisamente por estar develado, uno sabrá que su desenlace fue feliz. "Feliz" no quiere decir en medida alguna el advenimiento de un nirvana en que de pronto se allanarían las dificultades de la vida y se alcanzaría una zona fuera de turbulencias en que todo tomaría el sabor soso del paraíso.

Al contrario. Una vez descubierto, el deseo puede causar estragos. A los veinte años, cuando todavía no se ha construido nada, nadie intenta destruir nada. A los cuarenta, su vida ya está "hecha" —y es más que perceptible: antes que eso, mejor sería estar *des-hecho*— cargado de familia, abrumado por las trampas del éxito que van echando raíces, y esclavo de los mil y un esclavos de su empresa; el Señor Presidente-de-lo-que-diantres-sea va a percibir que, quién sabe, su verdadero deseo no era presidir no importa qué, tener una mujer, hijos, una posición social, un prestigio profesional, etc., sino, de suponer que su destino se encuentre

en otro sitio, romper el círculo en que obscuramente él sabe que se apelmaza lo que le resta de vida.

Si todavía tiene la suficiente fuerza interior para seguir su lógica y acceder a ella, para luego decidir, ante el encuentro de todo lo que le había enseñado su código cultural en el cual ya estaban inscritos, sin que lo supiera, su sitio y la trayectoria de su itinerario, de por fin vivir su propio deseo, él habrá de partir, pagando la eventualidad de su salvación a expensas de la maldición de los suyos, el oprobio general y una descalificación en la escala social.

Ese es el precio posible.

De allí surge esa paradoja del análisis: como libera, condena. Al hacer volver a la vida, mata.

Y, tal como las Parcas, estructura o deconstruye, tiñendo o cortando los hilos de la vida.

Al saberlo, cada cual queda en libertad de comprometerse si lo desea, sin olvidar que su última meta es el registro de una ética, no de una moral. Y después de leer lo anterior cada cual queda en libertad de aportar su propia respuesta a la pregunta "¿Hay una edad ideal para el análisis?" Después de todo, cuando uno lo concluye, a veces quizá descubre en él que lo que uno deseaba era precisamente lo que tiene.

Puede ser, pero tengo mis dudas.

¿En sí la pregunta no implica el malestar ligado al deseo de cualquier replanteo general? ¿Qué iría uno a hacer a un diván, si no fuera para volverse *otro*, es decir, uno mismo?

Lo primero que se desprende de ello es una pérdida de la inocencia respecto del sonido huero de las vaguedades, desde el momento en que todo consiste en

generosidad, caridad o libertad: ya no se puede hacer de cuenta que no se sabe que en ese juego los dados están trucados.

Y a cuántos habré visto lavar sus culpas con una acción pública, a la cabeza de marchas que surcan las calles, con pancartas entre loas a la no violencia y la paz en este u otro sitio, que apenas llegan a sus casas llenan salvajemente de magullones a sus hijos, golpean a sus mujeres y muelen a patadas al perro. Generosidad aplicada a la conciencia universal y diluida hasta el grado cero del enunciado que la sustenta.

Imposible no ver el sadismo que se oculta tras el discurso acerca de la caridad, el poder detentado, por sobre quien no tiene nada, gracias a un puñado de pan, un colchón para pasar la noche, un tazón de sopa. En cuanto a la libertad, reivindicada por todos como el más preciado de los bienes, ¿verdaderamente quién la desea? Quien puede asumir sus riesgos mientras secretamente la mayoría aspira a una posición jerárquica dentro un grupo donde las relaciones se entablan a través de las órdenes dadas o recibidas, aquel que, de oficio, saca del juego el pensamiento —mi jefe decide en mi lugar— y excluye la responsabilidad: no soy yo, es el Otro.

¿Qué Otro? *Tal Otro...*

Cimentada sobre los riesgos que implica, la libertad —decir mierda o gritar "no"— requiere mayores cosas y sólo pertenece a aquellos que lo merecen porque, para conseguirla, están dispuestos a dejar la vida.

—¡Estoy harto, harto, harto!

—¿De qué?

—¡De no hacer lo que quiero!

Entró a mi oficina sin golpear.

Unos cuarenta y cinco años, quizá. Seguramente tomó algo para darse ánimo.

—¿Y qué querrías hacer?

—Crear y dirigir un servicio de *rewriting*.

—Concedido.

Duda un momento. La carga de la cólera que había ido incubando para enfrentarme —no es contra mi persona sino contra la función que desempeño— es demasiado violenta para disiparse de un segundo a otro.

—¡No se me paga lo suficiente!

—¿Cuánto ganás?

—Ocho mil.

—¿Y cuánto querrías?

—Diez mil.

—Pongamos quince. ¿Te va bien?

Sale caminando para atrás. Aturdido. Él había ido a restregar sus sueños contra la realidad. En un instante, *se hicieron realidad*. Está acorralado. ¿Cómo sigue eso? Una semana más tarde, su mujer, muy inquieta, va a anunciarme que él desapareció. Dos días después, se le vuelve a ver el pelo: después del éxito de su entrevista, fue a llenarse de alcohol a un hotel de las afueras. Nunca más hará la menor alusión a su promoción o al aumento.

—Tengo miedo de no poder crear más si me analizo.

—¿Por qué?

—Me volvería normal. ¿Cómo podría escribir mis poemas sin locura?

Confieso haber pronunciado, casi palabra por palabra, esas mismas frases.

Antes.

Una constante de la vida psíquica es que nadie tiende a privarse de su neurosis. Ella brinda demasiadas ventajas secundarias como para que uno se la saque de encima gracias al primer analista que se le cruza en el camino. Pese al deseo que ella sustenta, todas las argucias serán útiles para escaparse. "Comprobé—había dicho Lacan— que el psicoanálisis es un remedio contra la ignorancia; no tiene efecto alguno contra la imbecilidad (*connerie*)." Por definición, la imbecilidad no crea nada, a no ser imbecilidad. En consecuencia, ya el supuesto creador, con o sin análisis, seguirá creando o no sus imbecilidades de siempre —lo cual dejará a todo el mundo indiferente—; ya, en el caso en que realmente sea creador, seguirá creando, pero otra cosa, más allá, en un campo diferente, que habrá desbrozado la trocha del lenguaje en cuanto ella se fecunda con el "delirio" (el término viene de una metáfora propia de labriegos de Roma antigua).

Lira, el surco. Cuando un campesino, perdido en ensoñaciones tras su arado, inadvertidamente salía del surco, los demás, para avisarle, le gritaban: *De lira!*, te estás saliendo del surco.

Cuando irradia su propia energía, cualquier creación necesariamente se sitúa fuera del surco, pues la creación no puede proceder más que del *de-lirio*. En ello, por ese pliegue que infatigablemente devuelve al cauce del logos, el análisis, en vez de castrarlo, por el contrario abre el imaginario a nuevos registros inimaginables donde tendrá lugar la creación.

—¿Leyó a Lytton Strachey? —me preguntó Lacan.

—Nunca oí hablar de él.

—Escribió una cosa sorprendente, *Queen Victoria*.

No me lo hice repetir. Hice un rastrillaje por todos los lugares donde era posible encontrar ese libro. Sin resultado. Escribí al editor inglés. "Agotado." Pasó el tiempo, Años más tarde, cuando ya casi había olvidado ese título y el nombre de su autor, me encontré en el extranjero en lo de una amiga que acababa de instalarse en un departamento prestado por unos conocidos. Estábamos los dos acostados cuando bruscamente interrumpí la acción en curso: perdido en la cabecera de la cama, en un estante, en medio de otros libros viejos, acababa de ver *Queen Victoria*. Me apoderé de él como si se hubiera tratado del Santo Grial.

—¿Me lo podés prestar?

—No es mío.

—De todas formas me lo llevo.

Nada ni nadie hubiera podido impedirme robarlo.

Lo leí. Todavía lo tengo conmigo. Nunca entendí el entusiasmo de Lacan. Y si él deseaba que viera en ese libro una respuesta indirecta, por analogía, a un problema planteado en ese momento por el trabajo que yo realizaba en su estudio, ignoro cuál pueda ser.

De eso sólo conservaba una certeza: aunque desemboquen en metas cuyo objeto de momento permanece hermético para nosotros, las cosas —siquiera en las circunstancias más extrañas— sólo llegan cuando ellas merecen suceder.

13

Lo peor es que uno sobrevive. Y que si esa supervivencia tiene un sentido, este sólo puede aparecer en una fulguración en el preciso momento en que la vida se nos escabulle.

"La vida —dijo Lacan—, como un mal trago vergonzoso, por cuanto no muere y uno no muere de ella."

¿Quién murió por causa de la vida?

Verdugo de todos los demás, cada uno de nosotros inflige el sufrimiento y sufre por ser soslayado, perseguido, mal amado, incomprendido.

La muerte del Gordo me sofoca.

En un momento de nuestra relación sentí con toda la violencia de mi instinto animal que él deseaba matarme.

No puedo hacer sentir, con palabras, la certeza absoluta que me habitó durante ese período. Ella procede de lo irracional.

¿Hay algún modo para expresar el miedo?

Con todo, algunos días tenía miedo de que la mirada me traicionara.

Por haber tenido la experiencia en nuestros asaltos

de box, sabía que su fantástica masa de menhir era invulnerable. En un ring, uno está protegido por las reglas. Basta con levantar una mano para que termine el juego. No así en la vida, Morfológicamente, el Gordo no estaba hecho para golpear —la densidad de su potencia atenuaba la sequedad de sus golpes—, sino para aplastar, para triturar. Si se hubiera utilizado una barra de hierro para noquearlo, se habría torcido sobre su nuca sin más efecto que una picadura de avispa.

Mi primer libro acababa de publicarse. Los dioses me acompañaban. Para no dejarlo de lado de mi feliz sorpresa, quise asociarlo a proyectos en común.

Encaramos, sin optar por ninguno en especial, varios volúmenes de divulgación psicoanalítica con la idea de hacer accesibles algunos conceptos lacanianos vueltos más herméticos aun por la logomaquia tanto de sus contrincantes como de sus turiferarios: ¿manejarlos con seguridad no equivalía a investirse, con poco esfuerzo, de la sombra de su saber?

Los pedantes doctorados estaban a la orden del día con su exhibición de *jerga*.

Sentíamos la tentación de ponerlos en evidencia por medio del tema de los *delirantes del todo-anda-bien*, que se ahorcan riendo, pues, ya se sabe, la vida es perfecta. También queríamos hacer más accesibles a un público hambriento pero excluido el abordaje de los cuatro Discursos —Histérico, del Amo, del Analista, Universitario—, la función del matema *a* (léase "objeto a minúscula") en la articulación de la falta, propiciar en la terminología lacaniana el abordaje de un concepto tan coriáceo como la realidad (si se la nombra, es *imposible*), mostrar qué se ocultaba detrás de las frases que habían generado escándalo cuando él las había enunciado, "La mujer no existe" (tachado: *quoad matrem*: 'hasta el momento en que es madre'); "No hay relación sexual" (tachado: *quoad castrationem*), "Mi prueba no incide sobre el ser, excepto para hacerlo nacer de la grieta que produce estar en trance de decirlo", etc., en una palabra: desbrozar un campo para que cada cual, tras haberlo transitado, pudiera regresar a las fuentes munido de una frágil brújula. Si se tiene en cuenta sus palabras: "Si alguien entendió, seguramente estaba equivocado."

¿Por qué quienes deseaban acceder a él habrían sido mantenidos al margen de ese coto de caza por quienes sabían que el saber es un poder? Conservar... Conservar para reinar... No dar, no hablar, no cagar... Al no cagar, el *infans* hace cagar fuego a su madre, que le implora que le ofrende sus preciados excrementos y mediante esa *retención* anal —que también se actúa en relación con el padre—, aunque fuera a costa de reventar, adquiere poder sobre ella: en una operación estructuralmente idéntica, el Vaticano se las había ingeniado para mantener en secreto durante cuatro siglos el cero importado a Roma por los matemáticos árabes que lo habían inventado.

Se adivinará en provecho de quién se desenvolvía la más módica transacción. Por un lado, el campesino que había hecho uno a uno la cuenta de sus centenares de huevos antes de sumar el precio de cada uno durante horas; por el otro, el togado al que, para dominar el juego, le bastaba con hacer una multiplicación instantánea añadiendo a la cantidad inscrita ese cero mágico que, situado a continuación de ella, la multiplicaba por diez, por cien, por mil.

Del cero, el Gordo y yo pasábamos a los orígenes del sistema decimal directamente derivados de una mera constatación anatómica: ¿acaso no tenemos diez dedos?

Sólo nos restaba estructurar todo lo anterior.

—¿Puede decirme si está de acuerdo con mi definición del saber?

—Dígamela... —dijo Lacan.

—Ver... el *ello*.

Reflexión, suspiro, negativa.

—No puedo aceptarla...

Llevé al Gordo ante mi editor.

Creo que su comportamiento empezó a cambiar en ese instante. El no tenía más que una idea en la cabeza: hacerse de un capital suficiente para dejar París y cambiar de aire; finalmente había llegado su oportunidad. Los contables nos habían dado algunas cifras respecto del anticipo de nuestra futura colaboración. Yo me había ocupado de que fueran convenientes; y lo eran. Pero, incansablemente, él rumiaba su monto, buscando la hendija por la que, olvidando que éramos dos subidos al mismo barco, *se la* iban a dar.

¿Cómo explicarle que el editor, a quien yo imaginaba complaciente a mi respecto, sólo había tenido que aceptar el monto para ceder a lo que desde su perspectiva probablemente no fuera más que un *capricho de autor*, cuyo primer libro había vendido bien?

Me callé.

Volvía una y otra vez a la carga e incluso antes de que hubiéramos firmado lo que fuere hablaba, con un tono de resentimiento agresivo, de abogados, causas, juicios. Con amargura, yo me daba cuenta de que en

vez de acercarnos, el proyecto que yo había hecho nacer para quebrar su aislamiento moral parecía, por el contrario, separarnos cada vez más. Poco antes de su muerte —cuyo secreto me reveló Lacan con una brevedad que me fulminó de indignación, sorpresa y melancolía—, intenté comprender los motivos de su viraje: ¿cómo había podido, después de haberme visto trabajar como me había visto, considerar lo repentino de mi buena suerte como una nueva injusticia que, al consagrarme rey de un día para el otro, lo habría herido de rebote?

Imaginé motivos exteriores. Después de agotarlos casi todos, incluso me pregunté —para llevar las últimas hipótesis hasta el absurdo—, si detrás del apetito brutal de ese consumidor de mujeres no se disimulaba una pulsión homosexual respecto a mí.

Pero, también en ese caso, estaba en un callejón sin salida: de suponer que esa fuera la explicación, ¿cómo habría dado cuenta de la ruptura que se produjo en él de un día para otro con el anuncio de sucesos de cuya concreción él esperaba su salvación?

Quedaba el miedo que me inspiraba.

No podía abstenerme de volver a pensar en la carta en que Gauguin cuenta a Schufennecker cómo en Arles, mientras estaba sentado ante una ventana, *algo* le había dado el alerta: se había dado vuelta bruscamente y había visto a Van Gogh, de pie ante la puerta abierta, que lo contemplaba con un aire extraño, mientras sostenía una navaja en su mano.

Mi malestar ante su presencia se volvió tan insoportable que me las arreglé para espaciar nuestros encuentros. A su pedido, le combiné una entrevista con el propie-

tario de un centro de talasoterapia donde quedaba por cubrir una vacante de médico clínico (hacía tiempo que él quería colgar los hábitos y ya no ejercer como analista). Del mismo modo, viajó a Provenza, para estudiar la posibilidad de instalarse en aldeas que le señalé.

Hasta el día en que me anunció que había descubierto una minúscula estación balnearia en la costa normanda, donde iba a abrir un nuevo consultorio.

En tres días, malbarató su departamento, destinó su delirante cambalache a un guardamuebles, atiborró de libros dos baúles militares —cada volumen, leído y releído, estaba colmado de fragmentos subrayados una y otra vez con regla—, metió algunas cosas en una mochila de la marina y se esfumó.

De él me quedaba una gran laja pulida por el mar, en los tiempos en que éste cubría los viñedos de Châteauneuf-du-Pape.

Un día que discutíamos, él maquinalmente la había adornado con un llamativo dibujo abstracto que se ordenaba alrededor de una mancha negra de la que partía, como para escapar mejor, una multitud de estrías rojas: a la inversa de un laberinto provisto de salida, cada una de ellas tenía la particularidad de obstaculizar el paso de las demás.

Ninguna salida.

Pasaron algunos meses. Hablábamos por teléfono de cuando en cuando. Él acababa de divorciarse. Yo trabajaba en mi tercer libro.

Una tarde, después de un viaje a Ginebra, le llevé a Lacan dos cajas de sus "Punch Culebras"; las rechazó con la mano.

Tanto como explicaciones, me abstuve de pedirle

que me repusiera el dinero gastado. Los conservé un tiempo y después los regalé a amigos; así que él había dejado de fumar...

Durante los años de juventud, nadie sabe que es joven.

Lo sabrá más tarde, al ir envejeciendo: sabrá que lo fue sin haberlo sabido cuando lo era.

La juventud es un invento de viejos.

A la inversa de la realidad, que desaparece cuando uno la nombra, la juventud no existe más que gracias a las palabras que la evocan.

En cuanto tal, sólo es concebible cuando ya no está presente, en negativo, en condición de *ausencia*. No fumar más, no tomar más, no correr más, no amar más, tantas castraciones que nos despojan con cuentagotas, para prepararnos mejor para la muerte de aquello que era la vida.

En esa época Lacan ya decía: "El significado que me ha vuelto, según parece se designa '*label*-Lacan'. Ese asunto me acucia desde hace bastante tiempo. *La belle Lacan* no puede dar más que lo que ella tiene (*que ce qu'elle a*)." Le quedaban el té de las cinco, los visitantes que se apilaban en la escalera, el renombre que aumentaba a la par que el cansancio, los rumores.

Recientemente, al enterarse de que yo estaba escribiendo este libro, un periodista me contó que en sus comienzos, sus jefes le habían pedido que revisara la basura de algunos hombres célebres, Lacan incluido: ¿qué querrían encontrar?

—¿Y qué descubrió?

—Las cáscaras de sus huevos pasados por agua. Siempre los rompía por la parte más ancha.

—La parte más ancha...

—Y cartas, paquetes de cartas de amor tirados a la basura, y hasta sin abrir.

—¿Cómo puede saber que eran cartas de amor?

—Las abrí yo.

Siempre se nos ofrecen como ejemplo algunos *patterns* de triunfo, equilibrio, sabiduría.

Desde ya, todo es falso.

So pena de asfixia, ninguno de nosotros puede deslizarse en el molde concebido para otros. El sueño confesado de mis padres era que yo fuese profesor de dibujo —era una forma de limar las asperezas de mi devoradora pasión por pintar, encauzándola en una operación de sustitución semántica en que el término "profesor" —una *situación*— pasaba un borrador sobre eso que tenía de peligrosamente aleatorio el sustantivo "pintor": una *aventura*.

Yo estaba en deuda con mi familia: el nombre del padre, el amor, la educación, el dinero, los estudios... Para librarme de ella, acepté por un tiempo acceder al deseo de ellos. Bajo la denominación halagüeña de "profesor adjunto", tan poco profesor y tan adjunto, y de ese modo me encontré de subalterno en un liceo durante un año mortal que pasé soñando con América. Un día de concurso en que me hice la rata, abrazado a la mujer que yo amaba en el (tan bien llamado) Pont des Arts vi que llegaba al extremo del puente el viejo B., uno de los responsables del liceo, afligido, pese a la primavera que había nacido en esa siesta plácida, con su sombrero negro y el lúgubre echarpe violeta que jamás abandonaba. En el momento en que escribo estas frases, capto la gran densidad de símbolos fúnebres: "el viejo B.", "afligido", "negro", "lúgubre", "violeta".

Eso se debe a que las formulo con la mirada de mi juventud, esto es, en una *ruptura de escala*.

A los diez años, tuve un institutor de apellido Blanc.

Un gigante bueno, cuya dulzura y autoridad me habían impresionado mucho, tanto como para que hoy recuerde su nombre. Veinte años más tarde, mi padre, encontraba a un enano en la calle, y se encargó de presentarnos uno al otro.

—¿Te acordás del señor Blanc?

Nada cambia, o tan pocas cosas. Lo que varía es la mirada que uno cruza con el Otro, mirada que fija la imagen de aquel: el señor Blanc siempre había sido un enano. La impresión de su altura inaudita había quedado grabada en mi memoria sólo porque en ese instante de mi infancia yo era todavía más enano que él.

En cuanto al viejo B., ¿realmente era tan lúgubre, o la rebeldía de mis veinte años me hacía percibirlo de ese modo?

Nos vimos al mismo tiempo; demasiado tarde para escaparme. Dejé a mi dulce rubia —Eros—, fui directo hacia él —Tánatos— y a medida que iba hablando empecé a improvisar; me puse a contar una extravagante historia de dolores de panza que me habían forzado a desertar del aula magna donde mis funciones deberían haberme tenido atornillado.

—Cólicos atroces...

Durante el transcurso de mi análisis, en algunas oportunidades mi metabolismo quedó patas arriba. Cosas de lo más raras cuyo sentido yo intentaba, con gran

frecuencia en vano, desentrañar, Por ejemplo, me despertaba varias veces seguidas con diferencias de segundos, a las *once horas once minutos* (*onze heures onze*).

¿Por qué las once y once? Hizo falta que jugara un buen rato con los significantes, aislar las "O" en que olfateaba la sombra de la castración, leerlas como "cero", intentar articular las sílabas en distinto orden: nada; todavía no entiendo por qué. Esa vez, ni el propio Lacan me fue de ayuda alguna. O bien sucedía que yo, que nunca me acosté antes del alba, me dormía como una marmota antes de medianoche. A veces, como cansadas de ser dilucidados pese al delirio de su contenido manifiesto, mis sueños se presentaban ante mí con la lozanía de un matema inédito, dos letras, un signo (N / punzón de / O) que inevitablemente me remitía a la cifra del destino que yo habría debido padecer.

El Gordo llegaba al final del suyo.

Aunque yo lo hubiera adivinado, ¿cómo retener a un amigo que empieza a deslizarse fuera de la vida? Nunca me atrevería a escribir lo que sigue en una novela, por miedo a que se me achacara un exceso de coincidencias: en ese género, a falta de verdad, cada detalle debe ser *verosímil*.

Es evidente que lo que pasó entonces no lo fue.

Yo escribía ese tercer libro. Estaba muy atrasado, en relación con las fechas de publicación que habíamos previsto. Una tarde, una amiga de mi compañera vino a cenar a casa. Al notar mi nerviosismo, me propuso ir a terminar mi trabajo al departamento que ella tenía en la costa normanda. Ya se habrá entendido que, de entre mil, era el minúsculo villorrio donde ejercía

el Gordo. Las galerías vidriadas, que se continuaban en una terraza, daban al mar.

Saqué mi máquina de escribir e intenté concentrarme para reanudar los hilos de mi historia.

Estábamos en el mes de febrero. En la aldea casi surrealista a fuerza de su desolación, la totalidad de las residencias de verano estaban cerradas.

¿Había otras? ¿Quedaba algún indígena con vida?

Esa misma noche, cené con el Gordo. Volví a encontrar en su casa algunos elementos de su decorado habitual: la inmensa mesa de roble lijado, un sillón de tono verde, las armas, las espadas.

Y seguía en su soledad, que parecían acentuar el silencio, el desierto de las calles anodinas que se perfilaban al brillo duro de faroles que iluminaban la nada.

Yo hojeaba algunos de sus libros, siempre subrayados con regla, con violentos trazos rojos o negros, como si él hubiera querido hacer entrar por la fuerza en sí mismo aquello que habría podido ayudarlo a sobrevivir.

—Me cago en todo. Esto no va a ninguna parte. Querría volver a París como médico contratado por Salud Pública.

—¿Me estás jodiendo?

—Para nada. Algo automático en que yo no tenga que pensar. La Seguridad Social. ¿Tenés algún conocido ahí?

—Sí.

—¿Vos te ocupás de todo?

—Sí.

Yo tenía un amigo, más tarde muerto trágicamente, de quien dependían todos los servicios de salud pública en Francia. Con sólo poner su firma al pie de un

expediente, él podía hacer que se cumpliera el sueño del Gordo. Me prometí a mí mismo llamarlo al día siguiente.

Entre tanto, le había avisado a Lacan que me ausentaría dos o tres semanas, el tiempo justo para hacer frente a mi urgencia.

Él había hecho su mueca, sin protestar demasiado.

El Gordo tomaba mucho. Hacía fondo blanco; no importaba de qué estuvieran llenos los vasos: él tragaba con un gesto automático.

—El somnífero más viejo del mundo —decía, y guiñaba un ojo.

O bien:

—Es hora de la mamadera.

Lo cual era más revelador respecto de su carencia que una larga parrafada.

Pero ya no había leche materna. Después de la muerte de su madre, guardó luto durante seis meses con un trozo de cinta violeta prendido del revés de su saco.

Otra vez, mientras me mostraba un Colt 45 Magnum amorosamente engrasado, me contó que a veces por la noche jugaba a la ruleta rusa. Una tarde pasó por casa. Se hicieron las tres de la mañana, y seguíamos discutiendo. Me vi obligado a explicarle que mi libro no iba a salir si yo no entregaba indefectiblemente el manuscrito un mes más tarde.

El departamento estaba azul de humo.

Él necesitaba hablar. Yo percibía su sufrimiento.

—Escuchame: está este amigo mío de París. Él te espera dentro de ocho días. Está todo arreglado. Vas a tener el puesto que vos querías a partir del primero de junio. Mientras tanto, no me jodas: tengo que terminar. Me quedan tres semanas, nada más. Te pido que me entiendas. Después, todo el tiempo que quieras.

—Esta bien. Me voy.

Cerré la puerta detrás de él, fui a abrir la ventana y salí a la terraza a respirar. A excepción de la luz tajante de los faroles, que dibujaban círculos donde resaltaban los relieves de la arena y la espuma de las olas que iban a morir a la orilla, la noche era total. Me quedé inmóvil un minuto, al tiempo que llenaba los pulmones de aire fresco. Nunca voy a olvidar lo que vi.

Bruscamente, dos pisos más abajo, se recortó la silueta del Gordo sobre la arena que él surcaba a grandes zancadas con su andar pesado de gorila. Ahora bien, su edificio no estaba, como el mío, al borde del mar, sino del otro lado de la calle.

Eran más de las tres de la mañana. Él me estaba dando la espalda.

Lo vi alejarse por la playa hasta que lo tragó la noche. Él había nacido pidiendo ayuda a los gritos.

Su grito mudo llenaba mis oídos.

Con el corazón estrujado, volví a mi máquina.

Unos días más tarde, regresé a París para dedicarme a mis últimas páginas. El Gordo había estado algunas horas para encontrarse con mi amigo. Lo habían recibido como a una eminencia, y le habían confirmado, como estaba previsto, que podría entrar a trabajar el primero de junio. Tranquilizado en ese aspecto, me zambullí en mi texto. Él me llamó un par de veces más, me agradeció, me dijo que estaba contento, que "todo andaba bien"

"Los delirantes del todo-anda-bien"...

El título que habíamos proyectado juntos hoy ad-

quiere toda su resonancia trágica. Yo estaba tan sumergido en mi trabajo que nada me dio el alerta, a no ser, una mañana, la sorpresa de no haber tenido noticias de él en ocho días.

Me apoderé del teléfono: nadie contestaba.

Al día siguiente, abrí una carta de su mujer. Completamente embotado, la leí y releí temblando: "A. murió. Se pegó dos tiros en la cabeza."

Dos.

A la hora de la siesta, entré al despacho de Lacan. Él jugaba con unos piolines. Lo observé un momento.

—¿Sí...? —dijo.

—¿Sabe qué le pasó a A.?

Tuve que tragar saliva para que eso saliera de mi boca.

—Se suicidó.

Silencio de Lacan.

—¿Oye lo que le digo?

Me sorprendió la agresividad de mi voz, al tiempo que mi cuerpo era invadido por una oleada de sangre cargada de hielo.

—¡Le estoy diciendo que se suicidó! ¡Dos tiros en la cabeza...! ¡Dos!

Imperturbable, Lacan seguía sin emitir sonido, anudando y desanudando sus hilos de distintos colores.

Estallé.

—¿Ese es todo el efecto que le causa? —grité, lleno de ira.

De pronto, como alguien que está harto de oír imbecilidades, me desafió con la mirada y me escupió con el mismo tono de cólera fría:

—¿Qué otra cosa quería usted que hiciese?

VII

Ética

14

No hay más ética que la propia de la plasmación del deseo.

El resto es literatura. La letra que le sirve de soporte, de suponer que se la haya identificado, en la medida en que no desemboca en la puesta en acto, no tiene incidencia alguna sobre la realidad: seguirá siendo *letra muerta*. Mucho antes de poder expresarlo, y aun menos de elaborar mis posibilidades de vivirlo, yo presentía el mío. Ahora que puedo dar nombre a las distintas facetas de lo que sucedió, establecer a posteriori la trayectoria a la que se vincula, causas y efectos, cosa que antes seguía siendo invisible para mí, me doy cuenta de que no varió ni una coma desde la infancia: aprender, amar, disfrutar, crear, comprender, sin olvidar el derecho que reivindico por higiene mental, que da vida al resto y lo hace valioso, a estar loco de vez en cuando.

No tengo un gusto especial por los recuerdos: al asomarse demasiado al pasado, uno cae en él. Pese a eso, recientemente no tuve más alternativa que abrir esas cajas apiladas hace tantos años en un guardamuebles. Con estupefacción encontré los cuadernos en que du-

rante la adolescencia anotaba los sueños que me servían de futuro: ya todo estaba allí. Así, descubrí que todo lo que viví desde entonces y sigo viviendo hoy ya había soñado vivirlo.

Una imagen tendría que haber servido de enlace en mi memoria.

Era febrero. París se cubría de barro, de frío, de mugre y de nubes. Una noche me encontré en un puerto del Mediterráneo, en verdad ya no sé cuál, ni en qué país; pero era ese tipo de lugar en que incluso en diciembre la luz del invierno se parece al verano.

¿Era, quizás, en Grecia? ¿O en Túnez?

Sólo recuerdo una puesta de sol. Yo paseaba por ese muelle, bordeando los barcos amarrados a lo largo del malecón. Todo era hermoso, apacible, y tan calmo que, con respecto al furor de las ciudades y a la fragilidad de la vida, me resultó evidente la idiocia de estar en otro lado, la futilidad de cualquier carrera. Es preciso decir que en ese momento de mi existencia, ya había visto demasiado de la escisión de personajes con poder que habían *triunfado*: embriagados de cansancio tras las luchas trucadas en su desenlace, justo en el momento en que pensaban tener que cosechar sus frutos palmaban tontamente.

De aburrimiento, de angustia, de automatismos: *habían tenido, no eran*. Habían creído que tenían todo, y sólo habían poseído lo que estaba a la venta. Tan pronto como aparecían los primeros síntomas de la *carencia-de-ser*, aprendían, demasiado tarde, que habían perdido su hálito de vida por correr detrás de una impostura.

Esas velas y ese sol que se iba haciendo rojo me recordaban, sin importar cuál sea la nada o la perfección

de lo que nos espera *después* —¿pero acaso no es lo mismo?—, como la muerte lleva las de ganar, esa ley que era mía, tomar sin demoras lo que la vida nos ofrece. De haber tenido una prosapia, habría deseado que en su blasón estuviera inscrita esta divisa: "Nunca es tarde cuando la dicha es buena."

Es más, en procura de *saberlo*, no hay que ignorar cuanto tiene para ofrecernos, y, una vez que lo sabemos, *poder* tomarlo, estar dispuesto a pagar por ello el precio de un abandono, de un sacrificio, de una muerte.

La nuestra.

En otros términos, matar simbólicamente a aquel que uno fue, para que de ese modo se distingan las facetas de lo *dado* de la infancia y lo *conquistado* de la madurez. Como nos lo prueban los bebes octogenarios o los vejetes de veinte años que cada uno de nosotros tiene oportunidad de encontrar día a día, la palabra en nada se vincula con la edad, sino con la aptitud de un individuo, que finalmente se ha vuelto libre, autónomo en su pensamiento, es decir, *sujeto* de y por sí mismo —y ya no de imponderables externos de su trabajo, de un discurso o del dinero que recibe— de amar, decidir, asumir.

Dichas acciones no derivan de lo *dado*: se instauran con una transición. Así tener que despojarse de ese yo antiguo —operación que se encuentra tan lejos como indaguemos en la memoria de todas las culturas y el sentido oculto de los mitos, ritos de iniciación, folklores o cuentos de hadas—, pudrirse sin madurar equivale a perecer por esa pudrición y morir sin renacer; ello nos fuerza a atravesar umbrales donde inevitablemente tiende celadas el sufrimiento.

Recurrentes, similares en muchos aspectos a los estadios pregenitales oral, sádico-anal, genital que, de no ser superados en el momento en que *deben* serlo, lesionarán gravemente las oportunidades de evolución posterior. O a la posición del embrión que implica su muerte segura si al cabo de nueve meses no es expulsado de la indecible perfección del vientre de su madre.

"Si sobrevivimos, tiene que deberse a algún motivo." Estoy convencido de que Dolto nos hablaba del *instante*, en la gratificación de lo que lo trasciende, amor, belleza, goce. Y con eso se vinculaba aquel puerto, parecido a todos los del mediterráneo donde habían nacido las grandes obras de arte y del pensamiento cuya armonía nos colma como el día en que fueron creadas. En sí, la vida me resultaba demasiado copiosa de posibilidades como para cometer el pecado de no gozar en el *instante* de ese *instante*, formado de esas mil nadas de las que, llegado el día, me arrancaría mi propia aniquilación, cuya ineluctabilidad me empujaba, sin dejar de diferenciarlos, a conjugar placer —lo que uno añade a la vida— y goce —lo que uno sustrae a la muerte—.

Precisamente, tenía una de esas "nadas" ante mí.

En el momento en que lo vi, sentado en el puente de su velero blanco, a contraluz, bajo ese sol que enrojecía e inflamaba los mástiles de los barcos, alisaba el mar en calma y coloreaba de ocre tenue todo ese blanco que se extendía por las faldas de las colinas cubiertas de cipreses, también él de punta en blanco, voluntariamente excluido del mundanal ruido, aquel donde cada cual alegremente destripaba a su prójimo, leía el *Times* mientras uno de sus marineros, sin perder la sonrisa de los labios, le servía un vaso de whisky.

Lo dicho.

Eso no iba a ir muy lejos, quizá; pero me dije, en oposición a todo el padecimiento simultáneo que secretaba el planeta, a las tristes procesiones de la imbecilidad, del racismo, del odio, de la avaricia y de la envidia, que ese desconocido poseía la clave del mundo, por más que en su vida no debía gozar más que de ese preciso instante. Él había logrado ubicarse en una órbita intemporal, en ese punto del espacio al que alude Borges en "El Aleph", donde de pronto se encabalgan presente, pasado, futuro hasta no formar más que una amalgama reducida a una singular vibración de luz percibida a cierta hora del día desde cierto ángulo de cierto lugar, cierto peldaño de una escalera en cierto barrio de cierta ciudad.

Una metonimia de la que no se puede dar cuenta, pues en ese sitio donde no operan los sentidos, nada se ofrece, nada se *siente*, no hay abordajes intelectuales, sino que en cambio se abre a la percepción intuitiva en el estremecimiento de su acuidad.

Los sentidos: ese era el mejor ámbito de donde yo podía abrevar y ofrecer, captar la esencia de mi existencia y el verdadero sentido de mi goce de los sentidos. Eso era lo que me había aportado Lacan: un dominio sobre lo que me preexistía, me sobreviviría y pertenecía a todo el mundo, además del acceso a un saber sensual que yo poseía sin saberlo en una puesta en práctica permanente pero que en lugar de ser un fin en sí, se abría a otra cosa cuyas barreras habituales me impedían aprehender por completo su plenitud. Yo desconfiaba tanto de su poder que, durante ese época en que ejercía un trabajo regular, solía privarme de músi-

ca y de pintura. Si hubiera oído una sinfonía o mirado un cuadro, me habrían faltado fuerzas para volver, y tenerlas todas conmigo, a la malsana tormenta inmóvil de una oficina.

"A mayor infamia, mayores logros."

Habrá que creer que en esos tiempos yo no era lo suficientemente canalla. No es que más tarde lo haya sido —desde luego, la chanza de Lacan sólo tiene que ser tomada en un segundo grado, en su sentido de irrisión—; pero mi repugnancia a decir *no*, por pereza, me incitaba a mi pesar a transformarme en verdugo de aquellos a quienes no hubiera querido causar sufrimiento alguno. Deseando evitárselos, yo continuaba con la mentira o el silencio que echaba sal sobre la herida, reabrían la llaga: para no causar daño, con una lentitud infinita, yo asesinaba más, como si hubiera dado muerte dos veces.

En cierto período de mi vida, todavía demasiado joven, pasé un tiempo en que, repartido entre dos mujeres —una de ellas ignoraba la existencia de la otra; la segunda estaba perfectamente al tanto de mi relación oficial con la primera—, yo hacía todo dos veces: doble Nochebuena, doble fin de semana, doble cena, doble mentira. Hasta el día en que empezar de nuevo —después de las masas finas y el café— a tragar alcauciles o salmón me pesó en el alma aun más que en el estómago. Con el corazón en revuelta, me juré que, sin importar el precio ni las consecuencias, en lugar de jugar con la verdad y asestarla a quien me hiciera frente, la iba a utilizar como el filo de una espada, para que decidiera en mi lugar acerca de mi propio destino. Después de tantas mentiras, el falso coraje de decirla me

investía, según yo creía, de un nimbo de héroe, mientras que en la práctica, al decirla, no hacía más que delegar en el Otro las opciones que mi cobardía me impedía adoptar.

En esa dialéctica en que, de la mano de la confesión, entraba en juego la presencia de un tercero, ¿qué era lo más "infame"?

¿Mentir, y conservar una especie de statu quo provisorio —retroceder para tomar más impulso— o decir la verdad que iba a provocar un estallido inmediato?

Uno debería leer a Platón más seguido:

—Yo tengo una mujer, a la que adoro —dice el joven Hipias—. Pero mi amante me vuelve loco de placer. ¿Tengo que abandonar a mi mujer para vivir con mi amante o renunciar a mi amante y quedarme con mi mujer?

Después de un instante de reflexión, el oráculo cae de boca de Sócrates:

—Hagas lo que hagas, te arrepentirás.

Cuando leí esa frase por primera vez, me doblé en dos de la risa. No había de qué reír: la pregunta quedaba sin respuesta. Sin embargo, esa no-respuesta, al echar luz sobre nuestra culpabilidad latente, era en sí una respuesta magistral, pues la angustia, legada como herencia por nuestro estatuto de seres hablantes, no es un fenómeno ligado a un instante de nuestro estado como individuos: es *propio de la estructura*...

Como la *carencia*.

Parte integrante de la cadena simbólica significante de la que derivamos nuestro advenimiento como sujetos, angustia y carencia son nuestra dotación desde que el hombre habla. Y, ya que sólo se funda sobre el

lenguaje, su abertura es, consecuentemente, inevitable para el conjunto de la especie humana: saberlo permite resignarse; admitirlo alivia su carga.

Así, la mirada del Otro, en cuanto posee de destructivo, se posa sobre nosotros. También su palabra, no bien es injusta.

Ahora bien, nadie goza por mí, nadie sufre por mí, ni muere por mí: ¿por qué sumar entonces la herida de una mirada que condena, el desgarro de una palabra que desprecia?

Rey, ciruja: entre lo que es y lo que podría ser, la frontera es tan frágil que un solo instante puede abolirla.

Como si cada acción de nuestra vida se dedujera metafóricamente de lo indudable de nuestra muerte, todo en nosotros no es, sin embargo, más que una busca crispada orientada a otras *certezas* ilusorias: fortuna, honra, posiciones, poder, que serán barridas por el juego de azares. A su vez, el lenguaje participa en la mentira colectiva, pervirtiendo el sentido de los términos hasta hacer que digan —¿o qué es un seguro de vida si no un modo de asegurar la muerte?— lo contrario de lo que significan.

Con Lacan, aprendí a dar nombre a las cosas. Como nunca retrocedía ante una palabra, me resultaba difícil, en la medida en que valía la pena que se la defendiera en nombre de una ética, batirme en retirada ante una situación. Al no tener más miedo de las palabras, ¿cómo hubiera podido temer las cosas?

Hoy sé que tarde o temprano las palabras, reprimidas, nos atrapan y nos atraviesan: aunque sea en el momento de nuestro último suspiro, cada uno de nosotros paga en bloque todo lo que le queda en la columna del debe. Ese hombre envidiado, riquísimo y famoso, en torno al cual se desarrollaba mi primera novela, quien en su lecho de muerte pronunciaba, en un acceso de lucidez amarga, su propio epitafio: "A fin de cuentas, sólo fui bueno para ganar dinero."

Y el vacío...

El lugar del vacío, el manejo y el éxito del vacío.

El rol preeminente del vacío en la articulación de la vida social... ideas vacías, vacío de los personajes, de las relaciones sociales, de las conversaciones, de los debates, vacío del discurso político, de las ideas, de los símbolos, ¿cómo no plantearse el problema de la *función del vacío*?

¿Por qué esa desproporción entre el éxito de una idea, una película, una moda, de la filosofía del momento o de un escrito cualquiera con respecto al vacío del que son portadores?

El éxito que tengan, por cuanto es uno de los elementos constitutivos de la psiquis, a la que lo une aquello que lo vincula al espectro de la castración, sólo proviene precisamente de ese vacío: *donde debería haber algo, hay nada.*

Cuando uno quiere exorcizarlo, vuelve a caer en ello. En efecto: el *vacío de estructura* debe enmascararse con una multitud de *estructuras de vacío*, también ellas llenas de vacío, cuya lógica más mortal, que revela a posteriori la escisión original que la causa, será *saltar al vacío.*

Yo acababa de entrar en mi décimo año de análisis.

A años de distancia, decirlo me hace sonreír por la inevitable pregunta que esa confesión provoca: "Diez

años... ¿pero cómo es posible?" Yo mismo sería incapaz de dar una explicación.

Simplemente, no los vi pasar.

Al igual que no había antinomia entre mis visitas a Lacan y la vida "normal": yo amaba y trabajaba como todo el mundo, *y* también existía Lacan. Nunca me había planteado el interrogante de cuánto tiempo duraría el trabajo que había iniciado bajo su tutela. Entre tanto, por más que mis datos anagráficos sumaran diez años más, yo me sentía más joven. Y también más viejo. Llamativa mezcolanza en que coexistían los tiempos de la infancia y del hombre. En mi relación con Lacan, las tensiones habían cedido. Ya no más dramas. Sólo quedaba mi deseo de saber qué me arrastraba, como en *Las mil y una noches*, de una hora a otra, de un día a otro, de un siglo a otro. Entretanto, de modo imperceptible, mis centros de interés habían cambiado. No añoraba nada de lo que había vivido, pero hubiera sido incapaz de revivirlo. Ya no me gustaba lo que me gustaba y, de un modo extraño, desde que me causaban menos miedo, conocerme mejor me había generado más curiosidad por los demás, me había hecho más receptivo, más indulgente ante la estupidez: no hay malentendidos, no hay más que malentendidos.

Yo también sabía que no hay otro auténtico *poder* que el del talento, porque no se pierde ni se desgasta.

Del mismo modo, había invertido algunas proposiciones respecto a las cuales la impostura social, la costumbre colectiva, la educación y la cultura nos hacen pensar que tienen un orden inmutable.

Con eso quiero decir que en vez de sujetar mis deseos a mis medios, decidido a pagar el precio, me había resultado preferible *crear los recursos para mis deseos*, partir del deseo para multiplicar su vida, antes que ajustar sus deseos al limitarlos a lo *dado* de la vida. Todavía me hacía falta darme cuenta de que la finalidad del deseo no es colmar la carencia sino, por el contrario, que la carencia es causa del deseo.

Al saberlo, ¿por qué no intentar vivirlo?

Excepto escasas concesiones hechas en nombre de la amistad, el deber o la necesidad, es bastante excepcional que yo no me encuentre bien donde me encuentre. Por un motivo muy simple: si ese fuera el caso, ya estaría en otro lado.

Lo mismo sucede con cualquier acción en curso —cómo podría quejarme, si yo elegí dedicarme a ella— o con aquellos con los que estoy: de no haber tenido ganas de estar con ellos, tomaría aire con cualquier otro.

Por fuera de la palabra empeñada, que me fija a un sitio, supongamos que estoy viviendo en Dublín y la palabra *Pacífico* brota de mis labios: en el tiempo que me lleva pronunciarla, ya estoy en un taxi camino al aeropuerto. Lógica de una ética en que al poder a veces transformar el deseo propio en realidad inmediata no queda excluido que a su vez la realidad lo designe a uno como víctima y se torne pesadilla.

Toda la diferencia consiste en la existente entre *elegido* y *padecido*.

Ya se habrá comprendido que el análisis lleva a *padecer* lo menos posible aquello que es *evitable*.

Quedan las nostalgias, los duelos, los accidentes en el trayecto.

Queda la lluvia. Queda la muerte, y queda la palabra.

"Nada perturba, si se habla de ello", dijo Françoise Dolto, casi como eco del "A mayor infamia, mayores logros" de Lacan. Lo infame es precisamente no hablar al respecto.

A un punto tal que la única nostalgia que enuncio pertenece al orden del lenguaje: no haber dicho a quienes yo amaba, mientras que la muerte nos vence a cada instante, que los amaba.

Un amigo leyó algunas de estas páginas en el transcurso de su escritura.

Lo sorprendió que en ellas yo a veces hable de la muerte.

Pero, si uno ama vivir, ¿cómo silenciar su existencia, cuando su negación equivale a la negación de la vida?

En cuanto la ubica bajo el signo del límite, fija su precio y da su peso al goce, esa porción de intensidad arrancada a la muerte, y al arte, la enigmática parte de eternidad que uno le roba.

Yo viví cada día de mi vida como si hubiera estado por morir cinco minutos después.

Sigo haciéndolo.

Apasionado por las virtudes del exceso —como dichas y desdichas—, cultivo el desequilibrio, sabiendo muy bien que el término medio no se encuentra en el centro, sino *en los márgenes, en la periferia*, allí donde, como no hay cosa alguna escrita, cada cual, si lo desea y puede, puede inscribir en el lenguaje de su deseo lo que le guste de su historia.

Cualquier estrategia fija; nada de lo anteriormente previsto encanta; y, no bien yo estaba en órbita, no me

di reposo, más que el de evadirme de ello para romper mis certezas.

—Usted tiene mucha razón —decía Lacan.

En la calma de su gabinete nada dejaba adivinar las luchas que él sostenía en el exterior para cortar de cuajo el ataque de los enanos a los que su genio hacía demasiada sombra.

Un día, circunstancias exteriores ligadas a mi vida privada me forzaron a precipitar un viaje.

Como de costumbre, yo no había previsto nada. Sin embargo, cuando estuve en su presencia, le anuncié que volvería a verlo al día siguiente pero que después ya no volvería.

Él pareció tan sorprendido de oírmelo decir como yo mismo de haberlo formulado. Estoy seguro de que estábamos tristes.

Nos miramos un buen rato. Yo no tenía cosa alguna para agregar. Él no hizo comentarios.

La historia de amor llegaba a su fin.

Al concluir una travesía que había durado diez años, el barquero *(passeur)* había llevado sano y salvo al pasajero-de-paso a otra orilla.

El día siguiente era el día del adiós.

El sentimiento que me agitaba estaba hecho a la vez de afecto y de *desapego*: mientras, tres días antes, lo ignoraba, *sabía* que ya nada tenía que hacer allí.

Lacan me estrechó la mano. La puerta se cerró.

Y nunca más volvería a verlo.

Al salir al patio me crucé con dos pacientes, reconocibles por su mirada que no captaba nada visible; subían a su consultorio con aires furtivos.

El castaño había crecido, Era invierno, Me encontré una vez más en la Rue de Lille.

Pasaron varias estaciones...

Una mañana, en mi casa de Irlanda, me despertó la mujer con la que compartía mi vida.

—Acabo de oír la radio —me dijo—. Murió Lacan.

Cubiertas de helechos malva, las colinas de Wiclow esparcían ante mis ojos sus suaves redondeces.

Bajé, quebré unas ramas de acacia y las tendí a las ciervas que pastaban en un corral.

Ya sólo me quedaba instalarme en lo provisorio que yo había construido.

Hasta que la muerte me eche de allí.

Índice

I. Pacífico 11

II. Genealógico 27

III. Alfabético 51

IV. Anecdótico 97

V. Dialéctica 145

VI. Mayéutica 191

VII. Ética 221

Esta obra se terminó de imprimir durante
marzo de 2005 en los Talleres Gráficos "Planeta Offset",
Saavedra 565, Buenos Aires, Argentina.

Diseño de tapa
Leandro Salgado

Una temporada con Lacan es el testimonio de Pierre Rey sobre sus diez años de tratamiento con el famoso psicoanalista francés. Con la autenticidad del periodista que ya era y la capacidad descriptiva del narrador literario en que se convertirá merced al análisis, el autor logra, a través de las diferentes escenas, corrientes o excepcionales, en torno al consultorio de la calle Lille número 5 (el robo de un bastón, las largas horas en la sala de espera, y, por supuesto, las geniales intervenciones del maestro), un nítido fresco del estilo clínico de Jacques Lacan.
Con más de sesenta mil ejemplares vendidos en las dos primeras semanas desde su aparición, el relato que hace Pierre Rey de su análisis y de los efectos y avatares de éste se ha convertido en un texto imprescindible para quienes se interesen por la creación artística, la escritura o el psicoanálisis.

LV Letra Viva

Av. Coronel Díaz 1837
(1425) Buenos Aires, Argentina
Tel. (5411) 4825-9034
letraviva@arnet.com.ar

LV Letra Viva

ISBN 950-649-102-X
9 789506 491024